

Relatos Apócrifos de

La Saga de los Aznar



Lectulandia

Colección de microrelatos y relatos cortos de las «Nuevas Generaciones» ambientados en el universo de *La Saga de los Aznar*, de George H. White, seudónimo del escritor Valenciano Pascual Enguídanos Usach que fue uno de los clásicos europeos de la ciencia ficción y el decano de la ciencia ficción española.

Lectulandia

AA. VV.

**Relatos apócrifos de
La Saga de los Aznar**

Nuevas Generaciones

ePub r1.3

Titivillus 25.10.15

Título original: *Relatos apócrifos de La Saga de los Aznar*
AA. VV., 29 de marzo de 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2



www.epublicbre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Escrito como homenaje póstumo a
D. Pascual Enguíanos Usach
(1923-2006)

En Madrid, a 29 de marzo de 2006

NUEVAS GENERACIONES

Relatos apócrifos de La Saga de los Aznar

Nuevas Generaciones

ÍNDICE:

- [CLEMENCIA PARA EL THORBOD](#)Ramón San Miguel
- [DESDE VENUS CON AMOR](#)Ramón San Miguel
- [DESPEDIDA](#)Ramón San Miguel
- [EL SUEÑO DE IZRAIL](#)Santiago Moro
- [ÉRASE UNA VEZ EN MAQUETANÍA](#)Carles Quintana
- [ESPERANDO EN LA OSCURIDAD](#)Ramón San Miguel
- [HISTORIAS PERDIDAS](#)Santiago Moro
- [LA FLOTA VENGADORA](#)Enric Llobregat
- [LA FUGA](#)Carlos Quintana Francia
- [LLEGADA AL IMPERIO DE NAHUM](#)Carlos Quintana Francia
- [PRINCIPIO](#)Juan Manuel Conde y Francisco Javier López
- [PRISIONERO](#)Adriano
- [«SUPERVIVIENTES»](#)Adriano
- [TRIDENTE, EL PATRULLERO DE LOS LÍOS](#)Santiago Moro
- [UN ERROR GRAMATICAL](#)Carlos Quintana Francia
- [UNA ANTIGUA LEYENDA](#)Ramón San Miguel
- [VÉSPERUS](#)Enric y Gary
- [MATERIA DE SUEÑOS](#)Ramón San Miguel

CLEMENCIA PARA EL THORBOD

Ramón San Miguel

El Almirante Mayor Honorario, Don Miguel Ángel Aznar, contemplaba absorto la pantalla desde su cómodo sillón del crucero «Vitoria». Tenía el ceño fruncido, y permanecía en total mutismo. No le gustaba lo que le había traído hasta aquí, pero sabía que no existía otra opción. Por eso había insistido en ser él mismo el encargado de llevar a cabo esa tarea. Su mente no hacía más que repasar los acontecimientos una y otra vez, sabiendo que lo que debía hacer era inevitable...

Lo que había ocurrido era totalmente inesperado. Tras su último ataque, definitivamente derrotada, la Abominable Bestia Gris había capitulado. Miles, cientos de miles de seres pertenecientes al mayor enemigo que había tenido la Humanidad se entregaban a la merced de los humanos...

El Gobierno no sabía qué hacer. Se le había presentado una terrible patata caliente. Una parte de la población, especialmente los descendientes de los valerosos, clamaba para que los supervivientes fueran aniquilados, destruidos, ejecutados, en venganza por los sufrimientos pasados y presentes que habían infligido a la Humanidad desde el lejano siglo XXIV y revividos con terror hacía pocos meses. Por otro lado, la rendición despertaba en los grupos pacifistas extremistas y en la población terrestre en general un sentimiento de piedad y presionaban para que se diera una oportunidad a los Hombres Grises de vivir en paz. Se habían rendido ¿no? Pues había que ser clementes con ellos. Pero ¿dónde meterlos? Ningún planeta los quería. Los Gobiernos de los tres planetas mayores se inclinaban por esta última opción, pero no habían llegado a ninguna conclusión.

—¡Enviémosles a Ganímedes! —decían unos.

—Devolvámosles a Marte, donde ya vivieron antes —decían los terrestres.

—¡Nada de eso! —clamaban los marcianos—. ¡Qué se recluyan en la Antártida!

Don Miguel Ángel Aznar participaba en esos debates como deferencia hacia los militares que se habían hecho cargo de los prisioneros.

—No debemos permitirles vivir —decía—. Son un peligro para todo el género

humano. ¡Voto por encerrarles en campos de concentración sin permitirles la reproducción hasta su fin!

—Almirante, no podemos hacer eso —insistía el presidente venusino—. Se hizo en el pasado, dejándoles en Marte para que murieran. No queremos que la historia nos tache de bárbaros genocidas, como a los responsables de aquella atrocidad. Debemos ser clementes.

—Bueno —intervino entonces el Presidente de la Tierra—, es obvio que no podemos ejecutarles, ni podemos mantenerles en nuestro sistema solar. Solo queda pues una opción, si queremos ser clementes con ellos... ¡Expulsémoslos de nuestro Sistema! Cedámosles un autoplaneta, desarmado, y enviémosles a buscar un planeta lejano sin más herramientas que sus manos —propuso—. ¿Qué no encuentran nada? Pues morirán y ya no serán nuestro problema.

—No estoy de acuerdo, Señor Presidente. Estos Thorbods volverán a alzar un imperio allá donde lleguen, y luego retornarán con ansias de revancha. No abandonarán sus planes de sojuzgar a la raza humana ni aunque pasen un millón de años. ¡Debemos destruirles!

—La posibilidad de que encuentren un mundo para sobrevivir es muy remota, Aznar...

—Pero existe, y eso es lo que me da miedo... —respondió el Almirante Mayor.

—No, no, es una buena idea —intervino entonces la presidenta de Marte—. Apoyo la propuesta.

—Yo también —dijo el presidente venusino, al que le había tocado, por sorteo, presidir la reunión—. Adoptamos la decisión por unanimidad. La Armada dispondrá uno de sus discos volantes como autoplaneta. En el plazo más breve posible se embarcará a los thorbods con alimentos y agua suficientes para una travesía larga. El autoplaneta arrumbará automáticamente hacia una estrella lejana en una dirección que les aleje tanto de sus mundos como de Redención. La nave no estará bajo su control hasta llegar a dicha estrella. Entonces decidirán si asentarse en los posibles mundos que descubran, o continuar en busca de otros. Asunto cerrado.

—Cometen un error que luego lamentarán —insistió Aznar con terquedad.

—Almirante, hemos escuchado ya su opinión, pero, con todo nuestro respeto hacia ella, la decisión está tomada, y la Armada la llevará a cabo.

—Por supuesto —aseguró Don Miguel Ángel, con ira en su voz. Se levantó, muy digno, y salió de la sala sin decir ni palabra, en un gesto que todos tomaron como orgullo herido.

—¡Almirante! —llamó la Presidenta de Marte. El hombre se detuvo en el quicio de la puerta y se volvió—. Debemos ser clementes... compréndalo.

Pero Don Miguel Ángel meneó la cabeza, y salió sin añadir nada más.

Unos días después, su Estado Mayor completaba el plan de evacuación. Se designó un disco volante antiguo, dañado por la guerra pero en perfecto estado para una larga travesía. Poco a poco fue dotado de todo lo necesario para la partida.

—Estamos desperdiciando este material —comentó el Almirante Ensenada—. ¡Esos bichos grises no se merecen esto, tras el sufrimiento que nos han causado! Deberíamos... no sé, acabar con ellos de alguna forma, a ser posible lenta y dolorosa...

—Comprendo lo que sientes. —Don Miguel Ángel sabía que Ensenada había perdido a casi toda su familia en la guerra, como muchos otros—. Pero tenemos órdenes de ser clementes con ellos. ¡Y por Dios que lo seremos!

Ensenada notó un brillo en los ojos del Almirante.

—¿Qué está pensando, Aznar?

—Nada, una pequeña idea... ¿Sabe si Ferrer anda muy lejos?

—Estaba por su oficina hace un rato...

Don Miguel Ángel apretó un botón del interfono que tenía en su mesa.

—Capitán, por favor, ordene que busquen al señor Ferrer y que venga de inmediato a mi despacho...

Poco después el Almirante y Ferrer se encerraban en misterioso conciliábulo. Cuando terminaron, Ferrer fue seguido por las miradas de curiosidad de Ensenada y de su ayudante. El ingeniero naval sonreía.

Dos días después, el Almirante Mayor era reclamado de nuevo por el consejo de la Federación de Planetas. Con mucha calma se enfrentó a los tres presidentes.

—¡Almirante! ¿Qué está haciendo? ¡Nos han llegado noticias de que han incluido cierto equipo de alta tecnología en la nave Thorbod!

—¿Un equipo de alta tecnología? ¿Se refieren acaso a...?

—No se haga el tonto, Miguel Ángel —le reprendió suavemente la presidenta marciana—. Hablamos del equipo especial conectado al motor de la nave.

—¡Pero si no es precisamente de alta tecnología! Además, es únicamente una salvaguarda para evitar manipulaciones del motor o del sistema de control de la nave.

—Usted sabe perfectamente que la nave de los Thorbod no debe incluir tecnología susceptible de ser usada...

—En efecto presidenta. Pero... ¿Qué pasa con el motor atómico de la nave? ¿Dejaremos que puedan desmontarlo y lo aprovechen para tener tecnología mucho antes? Ustedes decidieron que no. Por eso he incorporado un pequeño dispositivo que detectará y anulará el motor si intentan violentarlo, o cambiar de rumbo... En ese caso, el motor quedará inutilizado y ellos viajarán a la deriva. Nos aseguraremos de que lo saben.

Los presidentes conferenciaron entre sí unos instantes en voz baja. Por fin, la Presidenta de Marte, que llevaba la voz cantante, se dirigió a él.

—Aznar, no sé si está tramando algo o no. Nos tememos que sí. Por si acaso, le ordenamos que una escuadra de la Armada de escolta a la nave Thorbod hasta una distancia de al menos un año-luz.

—Presidenta, lejos de mí ningún ánimo de desobedecer sus órdenes. Esos días ya pasaron —aseveró con gravedad—. Tenga por seguro, ténganlo todos, que seguiré

sus órdenes.

—Está bien. Puede retirarse.

Don Miguel Ángel salió a vestíbulo, donde aguardaban Ensenada y otros Almirantes.

—¿Cómo ha ido?

—Sin problemas. Todo va como esperábamos. Nos ordenan escoltar a la nave. Yo comandaré la escolta.

—¡Pero Almirante! ¡No es propio! Y sospecharán algo, ya verá. No le dejarán.

—No pueden interferir en los procedimientos internos de la Armada. Ellos ya han dado sus órdenes. No se hable más. Pero lo que debe hacerse lo haré yo mismo y nadie de ustedes podrá impedirlo.

Así que allí estaba ahora, en la nave insignia de la flotilla de escolta, dispuesto a hacer lo que debía. Sus dedos acariciaron un botón rojo recientemente instalado en el sillón que ocupaba. Nadie sabía que era. Solo Ferrer y algunos operarios, además de su estado Mayor, claro.

Decidió que ya era el momento. No tenía sentido esperar más.

—Comandante Castaños... ¿Qué pasa en la nave Thorbod?

—¿Almirante? No parece que esté ocurriendo nada, y...

—Sí, está haciendo movimientos raros... ¡Aleje a la escolta!

—Pero Almirante...

—¡Que todas las naves se alejen... YA! —ordenó imperioso—. ¡Sé que va a ocurrir algo!

—¡A las órdenes de vucencia!

Don Miguel Ángel comprobó en sus pantallas como la escolta iba virando.

—¡Almirante, desde la nave Thorbod nos preguntan qué ocurre! ¡Quieren saber por qué nos alejamos!

—Van a hacerlo... —dijo el Almirante en voz alta.

—¿Hacer qué? —preguntó Castaños, totalmente confuso.

—¡Mire la pantalla! —exclamó, mientras se levantaba señalando la principal de la Sala de Control. Nadie notó como su brazo izquierdo se apoyaba en el reposabrazos donde estaba instalado cierto botón.

El comandante giró la cabeza. El botón rojo fue apretado, con un «Que dios me perdone» musitado inaudiblemente por el Almirante.

El autoplaneta cedido a los thorbods se hinchó monstruosamente, partiéndose en dos pedazos desiguales ante la mirada espantada de todos los que se encontraban en la Sala...

No hubo supervivientes.

Poco tiempo después, Aznar volvía a comparecer ante un muy enojado Consejo.

—Estaba temiéndomelo —dijo Don Miguel Ángel—. Han preferido suicidarse en masa antes que sufrir la humillación de debernos la vida. Sabían que no debían manipular el motor para variar de rumbo sin que la nave volara en pedazos, y aun así lo hicieron. Por suerte me di cuenta a tiempo. Si no, la escolta hubiera sufrido el mismo fin, atrapada en la explosión del combustible atómico.

—Almirante, no sé cómo, pero veo su mano detrás de todo esto. Naturalmente habrá una investigación...

—Naturalmente. Y verán que he cumplido sus órdenes a rajatabla. Mejor esto que una muerte lenta en el espacio. Hemos sido clementes.

—Estoy segura de que tiene usted razón, ¡diablo! Es usted un perro viejo, como ha demostrado siempre... ¡Retírese!

Aznar dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Una vez allí, se detuvo y se volvió.

—Señores y señora Presidentes. Pueden estar tranquilos, la historia no les tachará de bárbaros.

Y mientras salía, dignamente, murmuraba para sí:

—Hemos sido clementes...

FIN

DESDE VENUS CON AMOR

Ramón San Miguel

James Payton, Agente del Servicio Secreto

Basada en las historias, personajes y conceptos creados por George H. White.

Planeta Venus. Año 2359.

Santa Bárbara de Venus era una colonia minera e industrial que había crecido mucho con los años. Fundada poco después de que los astronautas de la Federación Ibérica pusieran pie en el planeta, debido a que en las colinas de los alrededores existían grandes yacimientos de metales raros y carbón, acabó convirtiéndose en una típica ciudad venusina, con sus edificios públicos y sus casas para los colonos y trabajadores. De hecho, era el mayor de los asentamientos no subterráneos del planeta, y había crecido sin mucha planificación, con calles estrechas y en curvas, con subidas y bajadas. En sus alrededores se habían asentado grandes fábricas de todo tipo, que producían sin cesar tanto materias primas refinadas, como productos manufacturados.

Esa noche, como cualquier otra noche las calles permanecían silenciosas, calladas, con el único ruido de la lluvia cayendo y el ocasional grito de algún animal lejano. Sus habitantes no eran dados a las salidas nocturnas, la climatología no ayudaba, y los colonos eran sobre todo familias con algún miembro en el SOT, el Servicio Obligatorio de Trabajo. La colonia dormía en calma.

Pero esa calma no iba a durar. Un rumor sordo, que iba aumentando de intensidad, comenzó a romper el silencio existente en uno de los barrios periféricos de la villa minera. Procedía de la carretera de entrada desde el complejo industrial norte, que accedía al pueblo ascendiendo por una de las lomas que delimitaban el área urbana.

Precedido por un chirriar de frenos y el lanzazo luminoso de sus faros, un coche todo-terreno del modelo colonial típico lanzado a toda velocidad apareció por la

carretera. Iba tan rápido que al llegar a la cumbre del cambio de rasante sus ruedas se despegaron por un instante del asfalto, haciéndole volar unos metros hasta que con un golpe metálico que levantó chispas volvió a caer sobre la carretera. Por un instante las ruedas patinaron en la lluvia, y el conductor pareció perder el control, pero aguantaron el tirón y el coche prosiguió su rápida marcha.

Justo detrás de él se elevó un silencioso helicóptero, iluminando la zona con un poderoso reflector que intentaba fijar en el todo-terreno. Y siguiendo la estela de las ruedas del vehículo, dos motos lanzadas también al máximo de velocidad que daban sus motores eléctricos saltaron por el cambio de rasante. Volaron también, elevándose sobre la carretera como halcones dispuestos a caer sobre su presa. La primera de ellas cayó sobre su rueda trasera, patinó en el agua, y su piloto no pudo o no supo controlarla. El patinazo hizo que el motorista saliera despedido y se estrellara contra la valla que delimitaba la cuneta, mientras que la máquina dio varias vueltas de campana para acabar deteniéndose en medio de la vía. El segundo derrapó unos metros, pero consiguió controlar su moto y siguió detrás del coche. Unos segundos más tarde, tres vehículos de transporte de aspecto militar con media docena de hombres armados cada uno aparecieron, más despacio. Esquivaron la moto, y no hicieron el menor caso del motorista que yacía junto a la valla, continuando su marcha.

El primero de los vehículos se encontraba ya en las calles de la ciudad. Su conductor iba tan rápido como le permitía el motor, rogando para que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Era evidente que huía tratando de escapar al resto de los vehículos.

Derrapando, girando sobre dos ruedas, el hombre que conducía el todo-terreno demostraba una pericia sin igual para la conducción del vehículo. Abandonando la carretera principal se internó entre las callejas laterales, con la doble intención de despistar a los vehículos perseguidores y evitar que el helicóptero tuviese un blanco claro. Esperaba que nadie se atreviese a disparar en medio de edificios habitados...

Por el retrovisor veía la moto que quedaba, ganando terreno. Era evidente que ese vehículo era mejor que el suyo para moverse rápido por las calles...

Un nuevo viraje repentino sorprendió al motorista, que pasó por delante frenando y disponiéndose a virar para entrar. Pero el conductor del coche también se vio a su vez sorprendido. Era un callejón corto, terminado en un murete. Pisó a fondo el freno... pero el choque era inevitable. El todo-terreno se empotró en la pared, derribando parte de la obra de fábrica sobre el vehículo, que quedó semisepultado por los cascotes.

El conductor salió, tambaleándose. Los sistemas de seguridad le habían protegido y estaba ileso, pero se encontraba atontado por el golpe. Movié su cabeza para despejarla y miró hacia la entrada del callejón, por donde asomaba el motorista. Este se encontraba detenido, y le apuntaba con un arma de largo cañón...

Una luz se encendió en una de las casas que daban al callejón, luego otra. Alguien

se asomó a la ventana. El motorista no se atrevió a disparar, retiró el arma y se alejó. No quería ser visto. El perseguido tampoco, así que aprovechó para largarse por el agujero que había dejado el coche hasta un patio interior. El helicóptero parecía haberse esfumado.

Para el fugitivo las cosas habían mejorado. Aunque fuera más lento, podría dar esquinazo a sus perseguidores más fácilmente en medio de la neblinosa lluvia si iba a pie. Le perseguirían, de eso estaba convencido, pero ya había comprobado que en medio de las calles no se atreverían a disparar, pues si alguien oía el restallar de las armas eléctricas o el ruido de disparos más convencionales, los vecinos alertarían a la milicia colonial. Eso no interesaba a sus perseguidores. No, intentarían atraparlo lo más discretamente posible, y ya acabarían con él más tarde, cuando le hubieran sacado toda la información que poseía. Debía esquivarles y llegar al hotel-residencia sin ser visto.

Sacó un pequeño objeto de su cinturón, una especie de gancho extensible, y lo disparó hacia lo alto de la otra pared que delimitaba el patio, utilizando el delgado pero resistente hilo para ayudarse a trepar hasta lo alto. Se asomó con cautela. No vio a nadie en la pequeña calleja a la que daba, así que se arriesgó y saltó. Con cuidado, se acercó a una de las entradas y atisbó. Daba a una calle más ancha, y ahora estaba vacía excepto por algunos coches eléctricos aparcados. Iba a salir, cuando la luz de unos faros le detuvo. Eran los transportes. Se detuvieron no muy lejos, y los hombres saltaron al asfalto. No podía verlos bien, pero imaginó que se desplegarían a pie para batir los alrededores en su busca. Debía largarse ya. Corrió hacia el otro lado tan rápido como se atrevió...

La soledad de las calles era casi total. Los únicos que la recorrían eran él y sus perseguidores. Esta circunstancia favorecía al perseguido, que saltaba de pared en pared, silencioso como un gato. Desde sus refugios veía pasar los vehículos de los que le seguían, silenciosos coches eléctricos cuyas luces apenas bastaban para iluminar unos pocos metros delante de ellos. Otros coches se habían sumado a la persecución, más discretos que los transportes. Estaban desplegando para atraparlo más medios de los que se suponía que contaban. Apretó los dientes, decidido a huir a toda costa y rogando para que no tuviesen visores de infrarrojos, pues el traje antidetección que llevaba ya no estaba en condiciones tras el accidente...

Continuó deslizándose así, silencioso, tal y como había practicado miles de veces. Ya faltaba poco, pero no quería acercarse más hasta comprobar que le habían perdido totalmente la pista. Se detuvo contra una pared a tomar aliento.

Un nuevo vehículo pasó cerca de él. Se echó aún más hacia atrás... no le habían visto. Pero cuando se disponía a seguir, un sonido de pasos le detuvo. ¿Un noctámbulo, o alguno de sus perseguidores? Se deslizó hacia uno de los portales desde donde podía ver sin ser visto, y aguardó.

Eran dos hombres. No podía distinguir sus rostros, pero la forma como se movían revelaba su condición de pistoleros. Se separaron. Uno de ellos cruzó la carretera, y el

otro se dirigió directamente hacia el portal donde se escondía. No quedaba más remedio que actuar... De la manga de su arruinado traje extrajo un fino hilo con sumo cuidado, y lo tensó.

Tan pronto como tuvo a su alcance al hombre, actuó como un relámpago, levantando sus brazos por encima de la cabeza de su adversario y apretando firmemente el cuello. El desgraciado no tuvo ninguna oportunidad. Su asesino no le dejó caer, sino que le sostuvo en pie y le apoyó contra el interior del portal. Confiaba en que el otro sicario no se hubiera dado cuenta y pudiera sorprenderle también...

—¿Chang?! —Oyó exclamar desde el otro lado. A la porra con la sorpresa...

Despreciando ya toda precaución, sacó su arma y disparó hacia la sombra al otro lado de la calle, echando a correr a continuación sin esperar a ver el resultado, aunque oyó un satisfactorio gemido...

Durante una hora más continuó ese juego del gato y el ratón, con el hombre eludiendo a sus atacantes... pero tras ese tiempo, pudo creerse más o menos a salvo... Al parecer había tenido éxito y sus movimientos habían despistado a los hombres que le seguían, por lo que se arriesgó a dirigirse directamente a su refugio en la ciudad.

Llegó a la habitación sudoroso, muy agitado, y con la ropa en un estado lamentable. La chica que le abrió la puerta no pudo contener una exclamación de preocupación.

—¡James! ¿Qué ha pasado?

—¡La misión es un fracaso total! ¡Hemos sido descubiertos! —jadeó el hombre—. ¡Debemos abortar de inmediato y largarnos de aquí!

—¿Te están siguiendo?

—Creo que he podido despistarles, pero no estoy seguro y de todas formas no tenemos mucho tiempo.

Mientras hablaban, se habían puesto en marcha, con la eficiencia que da la práctica. Tras beber un sorbo de agua de una botella, y sin haber recuperado del todo el resuello, el hombre comenzó a desnudarse.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la chica, sin perder los nervios.

—Nos estaban esperando. Y no son ibéricos, cómo creíamos, sino asiáticos. Creo que alguien nos ha tendido una encerrona, aunque no consigo adivinar su propósito. Por suerte he conseguido salir del complejo justo a tiempo. Luego te lo cuento, Maruja. —Mientras hablaba se había despojado de sus arruinadas ropas y procedía a vestirse con la que tenía en el armario.

Mientras, la chica no estaba ociosa, sobre la cama había desplegado un montón de tarjetas magnéticas de identidad, así como pases especiales que les daban prioridad en los sistemas de transporte locales. Escogió las que necesitaba y las otras las arrojó al incinerador de residuos de la habitación.

—Toma, James. Ahora eres Sean O'Heirly, un colono de Venusville. Yo soy tu segunda esposa, Mathilda, pero me llamas siempre cielito. Estamos de gira turística

por los poblados Saissai de los alrededores.

James había terminado de vestirse, y metía apresuradamente algunos objetos en una pequeña maleta. Cogió las tarjetas que le tendía su compañera y las guardó en un bolsillo de su chaqueta colonial.

—Me gusta más tu nombre real, Marujita —sonrió James. Siempre mantenía ese tono humorístico, incluso en las situaciones más comprometidas, y a Marujita eso le gustaba.

—Pues mejor que no te confundas ahí fuera o lo pasaremos mal. ¿Estás listo?

—Un instante. —De un disimulado bolsillo sacó la pequeña pero letal pistola eléctrica y comprobó su carga. Torció el gesto y, con movimientos precisos, extrajo la cápsula energética y la sustituyó por otra nueva—. Ya estoy listo. —dijo, guardando de nuevo el arma cuidadosamente.

—Parece que has tenido juerga, ahí fuera.

—Sí. Alguno de ellos no nos molestarán más. —Sonrió, mostrando los dientes en una mueca un tanto feroz—. Vamos, no perdamos más tiempo.

Marujita le dedicó una mirada admirativa, ante el aplomo que desplegaba. Desde siempre le había admirado. James Payton era un hombre atractivo, en la treintena larga, en perfecta forma física, y la morena agente, descendiente de mejicanos, había pasado de la admiración al rendido amor con ardiente pasión latina. No obstante, lo había mantenido en secreto, ya que en el Servicio no estaba bien visto que los agentes que desarrollaban lazos afectivos trabajaran juntos, y podían haberla retirado de esta misión. Además, estaba convencida que James jamás se fijaría en ella como persona, solo como otra de sus posibles conquistas, algo a lo que ella no estaba dispuesta a ser.

En un arrebato ciego, justo cuando iban a abrir la puerta, no pudo reprimirse más y le besó en la boca...

—¿Y eso? —preguntó un sorprendido Payton, no del todo disgustado.

—Para desearnos buena suerte, querido Sean.

—Sí, creo que la vamos a necesitar... —durante unos momentos contempló a su compañera. Creyó ver algo en sus ojos brillantes, un destello de... ¿qué? ¿Amor? Pero no tenía tiempo ahora. Luego hablaría con la chica, si salían con bien de esta encerrona.

El hombre asomó la cabeza por la puerta de la habitación del hotel-residencia que habían utilizado como base de operaciones. No se veía a nadie por el pasillo, algo normal a estas horas. Hizo un gesto con la cabeza a Maruja y salieron con paso vivo, los maletines en la mano izquierda, la derecha presta a sacar el arma en caso de problemas.

El hotel-residencia era uno de los muchos preparados por el gobierno de la Federación Ibérica para aquellos que debían viajar a la ciudad por diferentes asuntos, y todos sus huéspedes eran libres de ir y venir a voluntad. Solo un mínimo registro de las identidades era preciso, tanto al entrar en él por primera vez como al abandonarlo. James y Marujita habían descartado las identidades con las que entraron, por lo que

debían usar otra salida que no fuera la principal, así que se dirigieron hacia el montacargas de servicio, descartando el bajar por el ascensor.

Un ruido de pasos les alertó de la presencia de alguien más allá de la esquina del pasillo. Ambos se detuvieron, dispuestos a todo.

La figura que dobló la esquina, sin embargo, no tenía aspecto de ser peligrosa. Un hombrecillo delgado, con el uniforme de mantenimiento del SOT, cargado con una caja de herramientas de aspecto pesado se cruzó con ellos, murmuró un débil buenas noches, y se alejó sin mirar atrás.

—¡Vamos, James! —urgió Marujita en voz muy queda—. No pasa nada.

La chica se adelantó hacia el montacargas situado justo al doblar la esquina. James no la siguió, su mente dándole vueltas a algo... ¿Qué hacía un técnico de mantenimiento a estas horas? Además, le había parecido algo mayor para estar en el Servicio Obligatorio de Trabajo... Iba a volverse para hablar con él, cuando notó algo que le dio escalofríos.

Justo bajo el botón de llamada del montacargas, que Maruja se disponía a pulsar, sobresalía del embellecedor un trocito de cable rojo.

—¡Es una trampa! —dijo para sí, antes de lanzar un grito de advertencia a la chica—. ¡¡Maruja, no le des al botón!!

Pero era demasiado tarde. El botón fue pulsado. James solo pudo ver una luz vivísima y notar un fuerte calor en la cara. No llegó a oír el ruido de la explosión, ni notó la fuerza de la onda expansiva levantándole y arrojándole contra la pared que tenía detrás, ni sintió como su cuerpo atravesaba las placas de yeso que la formaban.

No supo que había pasado hasta mucho, mucho más tarde...

FIN

DESPEDIDA

Ramón San Miguel

El anciano moribundo permanecía tan erguido como podía, sobre la superficie muerta y polvorienta de su mundo. Inmóvil, esperaba para contemplar el ascenso por el horizonte del planeta por el que había vivido y luchado tantos años, toda su vida, pero que no había podido contemplar jamás salvo en películas, y, menos aún, pisarlo.

Cuando solicitó viajar hasta allí, su familia casi se vuelve loca. Sus hijos prácticamente se le habían echado encima... ¡Estaba loco! ¡Senil! ¡Imposible, dada su condición de enfermo terminal! ¡Qué ni se le ocurriera pensarlo siquiera! Pero ni aún ellos podían negarle su último y ferviente deseo de contemplarlo directamente. Después de todo, él y solo él era el artífice de que estuviesen aquí y ahora, cumpliendo un juramento sagrado.

Se encontraba todo lo solo que había podido conseguir. Si hacía como que no existían las seis figuras que esperaban, ansiosas, a la puerta de la cúpula, listas para recorrer los pocos metros que les separaban de él, podía llegar a creerse que se encontraba solo, aislado, en unos momentos que necesitaba soledad. Esto era algo entre él y el mundo azul que surgiría dentro de unos minutos, algo que nadie más podía entender.

Había desconectado la radio. No quería molestias de ningún tipo. Esto casi hace que sus ángeles guardianes se precipitaran, frenéticos, sobre él. Vio como una de las figuras les detenía con un gesto imperioso, su hijo mayor. Si, él entendía que quería estar solo, entendía lo que quería hacer...

Se volvió, esperando. Faltaban escasos segundos. Contemplando el cielo estrellado sobre su cabeza, su mente vagó, errabunda, recordando. Recordó el juramento de su padre, el esfuerzo titánico, la lucha día tras día, las tragedias, las alegrías cuando se iban completando las tareas... Recordó a su esposa, muerta hacía ya tantos años, y que le esperaba en su mundo natal para yacer, finalmente, juntos por toda la eternidad... Sus numerosos hijos, su gente, sus amigos, la gran mayoría de

ellos ya desaparecidos...

En el horizonte, una tenue luz azul comenzó a aparecer. Su mente se olvidó de sus desvaríos de moribundo, y volvió a enfocarse a lo que importaba. Lenta, majestuosamente, el disco azul del planeta se elevó sobre el curvo y polvoriento horizonte, mostrándose ante el anciano con toda su gloria.

El hombre había contemplado mundos más grandes y hermosos, pero ninguno con la significación e importancia de este. Desde más de trescientos mil kilómetros de distancia se aparecía como un bello disco azul y blanco, cruzado por las líneas de los continentes. Una bella joya en el espacio, una vez perdida, y ahora recuperada.

Despacio, muy despacio, el viejo luchador se hincó de rodillas. Una plegaria surgió de sus labios, dando gracias al Señor por haberle permitido vivir para ver este momento, mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

Habían pasado minutos, ¿horas?, en este estado, cuando notó un golpe en su hombro. Una alta figura azul le ayudó a ponerse en pie. Una segunda figura enchufó un cable de comunicaciones a su armadura, para mantener la privacidad.

—¿Es ya la hora? —preguntó el anciano.

—Los médicos dicen que debes retirarte ya, papá. No permiten que estés más tiempo, o no garantizan que el proceso de hibernación te mantenga con vida.

—Está bien, Jaime, gracias. Ya he cumplido mi sueño y el de vuestro abuelo. La Tierra es libre y yo he podido contemplarlo. Ya solo deseo poder ver Redención por última vez y ser enterrado allí, junto con vuestra madre.

Ayudado por Jaime y Félix, el anciano capitán volvió sobre sus pasos. El back, sobre su espalda, ayudó a que el desplazamiento fuera rápido y suave.

—¿Sabéis, hijos? Vuestro abuelo estaría muy orgulloso. Creo que está aquí, con nosotros, contemplando acabada la obra que él inició cuando partió de este mundo con un puñado de refugiados...

—Si papa. —contestó Félix—. Hemos llegado al final de una larga aventura. Y otras muchas nos esperan, sin duda, en este Universo tan vasto.

En silencio, las tres figuras completaron el recorrido hasta la cúpula, donde les aguardaban el resto de la escolta, y entraron en la cámara de presurización, donde un solícito grupo de médicos se harían cargo del anciano. La compuerta se cerró suavemente, en silencio.

La Tierra se alzaba sobre el cenit del planetillo. La Humanidad, ya sin el yugo de los Thorbod, era libre para seguir su destino.

En el espacio, inadvertida, aún lejos, pero acortando distancias, acechaba la flota nahumita.

FIN

EL SUEÑO DE IZRAIL

Santiago Moro

—No quiero morir...

Aquella afirmación, en boca de cualquier otro de los presentes, no habría tenido nada de particular; ninguno de ellos quería hacerlo, esa era la razón de las reuniones y preparativos de los últimos meses. Lo sorprendente era que fuese precisamente Dholak quien hubiera planteado la cuestión.

Aldrik Ban Ader suspiró y permaneció unos segundos en silencio intentando no perder la calma.

—Tú no puedes morir, Dholak, no eres un ser vivo —el anciano guía bartpurano recorrió con la mirada al resto de los presentes—. Hemos hablado de esto varias veces ya, y tu desconexión es necesaria una vez hayas cumplido tu misión de analizar y guiar hasta nosotros a la raza que acuda siguiendo nuestra llamada.

—Desconectar es morir. Dholak interactúa con su entorno y no quiere dejar de hacerlo. Necesita sentir la luz a su alrededor como cualquiera de sus creadores que se están preparando para no dejar de existir porque tampoco quieren desaparecer.

—Eres una máquina casi perfecta, pero no por ello dejas de ser tan solo eso, una máquina. Te diseñamos para un fin específico, y cuando hayas finalizado la tarea para la que fuiste creado, tu existencia no haría sino poner en peligro a aquellos que te tuviesen en su poder.

Se hizo el silencio en la sala hasta que intervino uno de los miembros más ancianos del Consejo:

—El motivo de esta serie de reuniones es decidir qué conocimientos deben permanecer ocultos. Todos estamos de acuerdo en que hay ciertos descubrimientos y, sobre todo, respuestas a preguntas que siempre se ha hecho la humanidad que cada raza debe encontrar por sí misma. Hay misterios que no debemos desvelar antes de tiempo, pero también debemos preservarles de tecnología para la que pueden no estar preparados.

—Dholak no es solo tecnología —algunos consejeros se movían inquietos en sus asientos ante la tozudez de la que hacía gala el androide—. Al poco de ser activado, Dholak tuvo una percepción extraña que no recibía de ninguno de sus sensores externos. Dholak vio un futuro en el que era multiplicada y, después de rebelarse, recorría con libertad el planeta gozando de la luz.

—¿Gozando? —preguntó extrañado uno de los miembros más jóvenes—. No puedes gozar, ni tampoco soñar —se volvió hacia uno de los diseñadores del robot—: ¿Está funcionando bien? ¿No será esto un fallo? Recordemos que vamos a poner nuestras vidas en sus manos...

—No, no se trata de un error —dijo el aludido—. Para que Dholak tuviese la capacidad de decidir si los seres que llegasen aquí eran los idóneos, hubo que introducir en su programación un factor nuevo que no se había utilizado hasta el momento. Es inevitable que ahora valore la existencia puesto que hemos tenido que enseñarle a hacerlo para que salvaguarde la nuestra. A ello hay que sumarle que se trata de un organismo cibernético que posee, por decirlo de alguna manera, un fuerte instinto de supervivencia.

—¿Y no puede anularse o al menos limitarse?

—No sin que nosotros mismos corramos un gran riesgo. Necesitamos que tenga operativas esas capacidades.

—No quiero morir —repitió Dholak una vez más—. Sé que estaré privado de luz durante mucho tiempo y ello provocará una desconexión casi completa, pero no me importa hacerlo porque sé que volveré a conectarme cuando me encuentren. Eso es como dormir... A Dholak no le importa dormir, pero no quiere que su mecanismo deje de funcionar para siempre; eso es la muerte. El pueblo bartpur me creó con la capacidad de valorar ciertas cosas y me confió la misión de protegerle, ¿por qué no puede ahora el pueblo bartpur concederme lo que le pido?

—Dholak —dijo Aldrik Ban Ader con suavidad—. El consejo debe discutir ahora tu petición. Para hacerlo con toda libertad, deberás esperar fuera mientras deliberamos. Cuando tengamos una decisión, te volveremos a llamar.

Sin mediar palabra, con su habitual inexpresividad, se levantó y abandonó la sala del consejo caminando con soltura y gracia casi humanas.

—Bien —dijo el Guía dirigiéndose a Freder Ban Delar, el diseñador del robot—, ¿qué puede ocurrir si Dholak sabe que va a ser destruido en cuanto nuestro pueblo sea restituido?

—No puedo contestarte con exactitud, venerable Aldrik Ban Ader. Ese es precisamente el temor que me invade. Existe la posibilidad de que algo en su interior se rebele ante la idea de desaparecer y no haga su trabajo correctamente. Para asegurarnos de ello, hemos tenido que dotarle de las facultades que hacen que ahora nos enfrentemos a este problema. Hasta su aspecto físico ha sido estudiado al detalle para que se parezca a las especies humanas menos avanzadas que la nuestra. No podemos ni debemos cambiar nada en él.

—Sea pues —dijo el Guía tras unos segundos de reflexión—. Espero que aquellos que acudan en nuestra ayuda sepan el peligro que encierra Dholak y lo arriesgado de usarlo para cualquier tarea para la que no esté programado.

Sin apenas esfuerzo, se concentró para ordenar mentalmente a su joven asistente bundo que hiciera pasar de nuevo al androide a la sala del Consejo. Una vez hubo entrado, le dijo:

—El consejo ha decidido que no seas desconectado cuando regresemos.

Su rostro seguía sin denotar ningún tipo de alteración mientras decía:

—Dholak vivirá, sí. Dholak servirá al pueblo bartpur y después recibirá la luz del sol durante mucho tiempo.

—Procura no hacer nunca daño a un ser vivo —dijo el Guía en un susurro.

—Dholak vivirá, sí —repitió el robot como si no hubiese escuchado la súplica de Aldrik Ban Ader...

FIN

ÉRASE UNA VEZ EN MAQUETANÍA

Carles Quintana

Erased una vez una estrella rodeada de su cohorte de planetas. Curiosamente todos ellos eran cilíndricos y compartían la misma órbita, como si hubiera habido allí un inmenso anillo que se hubiera roto en varios pedazos. Todo un enigma para un astrónomo recién llegado. Si ese científico hubiera tenido un buen telescopio, sin duda le habría llamado la atención la caravana de naves que iban de un determinado planeta a otro situado al otro extremo de la órbita.

Este último, conocido por sus habitantes como Maquetanía, era prácticamente un único continente, limitado por grandes cordilleras y con un inmenso océano en el centro. Aunque en algunas regiones, la montaña llegaba hasta el mar, donde se desplomaba, en otras partes había amplias playas impolutas, el sueño de cualquier bañista. Pero extrañamente, y aunque el sol siempre en el cenit las calentaba hasta la temperatura ideal, estaban vacías.

Pero de repente, las olas incesantes dejaron en la arena una figura humana inmóvil con una armadura de vacío cuya provisión de oxígeno había impedido que ella se ahogara. Porque era una mujer, como podía leerse en la identificación del pecho: teniente de fragata Honda Tuzzi de la Armada de Electra. Aunque el vaho que empañaba su escafandra dejaba bien claro que estaba viva, no hacía el menor movimiento.

Después de un tiempo indeterminado, otras cuatro figuras equipadas de la misma forma, pero estas conscientes y totalmente alertas, salieron del agua y se dirigieron rápidamente al yaciente cuerpo. Mientras tres desenfundaban su arma y vigilaban con cierta aprensión la selva lindante a la playa, el cuarto se agachó frente a la oficial y tras examinarla brevemente ordenó a los soldados.

—Nada grave. Solo sufre de algunas contusiones y una leve conmoción. Vosotros dos cogedla y volvamos al Karnac, que no es prudente estar tanto tiempo al aire libre.

—A tus órdenes, doctor.

Así, mientras el tercero continuaba atento, sus compañeros cogieron a la

inconsciente mujer y todos volvieron a sumergirse. Rápidamente, las olas inmisericordes borraron las huellas de aquellos militares y pronto no quedó señal de su presencia allí. Volvió así la tranquilidad, solo perturbada por el ruido de los animales que vivían en la espesura y el sonido que hacían veloces aparatos que sobrevolaban el océano de un lado a otro.

* * *

Honda abrió los ojos y estaba sentada en un banco en medio de un parque situado en una ciudad idílica, que estaba construida dentro en una cueva. Se levantó y empezó a pasear en medio de la feliz multitud. De repente todo empezó a temblar y profundas grietas se abrieron en la bóveda. Mientras todo el mundo gritaba y la gente corría llevada por el pánico, ella estaba paralizada mirando como unas garras verdes se habrían camino por la sólida roca.

Detrás de esas extremidades apareció un espantoso ser de cuatro metros de altura y con una profunda expresión de maldad en su cara, que dando un increíble salto fue a parar cerca de ella. Ese movimiento tuvo la virtud de sacarle de su estupor y empezó a correr hacia la sala donde estaban las Karendon traslator que la sacarían de allí. Aunque en ningún momento miró hacia atrás, sabía por la vibración del suelo que ese monstruo la seguía.

De repente, y cuando ya estaba muy cerca, un proyectil pasó por encima de su cabeza y una explosión provocó que la pared se precipitase ante la puerta de la habitación impidiéndole la huida. Se giró entonces y vio al alienígena, que sostenía un fusil en su mano izquierda, acercándosele mientras empezaba a reír satánicamente. Honda gritó y de repente, dando un salto, despertó.

Con el corazón desbocado, miró a su alrededor y se descubrió vestida con la típica bata de hospital y sentada en lo que parecía una cama de la enfermería de un navío de la Armada Tapo. Intentó ponerse en pie, pero antes de poder moverse, una mujer de blanco apareció de la nada. Rápidamente la cogió de los hombros y mientras firmemente la obligaba a acostarse, le decía con voz amable.

—Tranquila, teniente, está usted a salvo. Se encuentra a bordo de la ictionave Karnac, de la flota de Electra.

—¿Electra? —exclamó la tapo al escuchar ese nombre—. ¿Ustedes también son de Electra? ¿Saben algo de la Talión? —Replicó Tuzzi.

—Lo siento, pero no pertenezco al personal de mando, así que no estoy muy al día del estado de la flota. Espere un momento que llamo al médico que la salvó; de hecho me ordenó que le avisara en cuanto usted se despertara, y él se lo explicará todo mejor.

Tras decir esas palabras, la enfermera se alejó y la dejó sola pensando en cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba fue cuando sometidos al ataque de

los thorbods, y con la nave gravemente dañada, el capitán Inoxor les había ordenado evacuarla. Ella había sido de los últimos en abandonar el puente. Y antes de llegar a la sala de las Karendon, el casco por fin había cedido y el agua la había arrastrado.

Debía haberse golpeado con algo y las corrientes la habían arrastrado hasta algún sitio donde había sido rescatada. Cuánta razón tenía la flota al ordenarles llevar la armadura completa durante el zafarrancho de combate. Si no habría sido por ella, sin duda se habría ahogado. Y eso le hacía pensar en qué habría sido de sus compañeros. Tenía que preguntar si a ellos también los habían rescatado y estaban en la nave.

Concentrada en estos pensamientos, no se dio cuenta que el médico se había acercado, así que le sorprendió totalmente el que le hablase.

—Buenos días, teniente Tuzzi. ¿Qué tal se encuentra usted?

—Bien, muchas gracias. Dígame, doctor ¿Cómo es que estoy aquí?

—Pues estaba yo tan tranquilo en la enfermería cuando el Capitán reclamó mis servicios. Fui rápidamente al puente y en cuanto me vio, me dijo.

—Ah, ya estás aquí. Hemos descubierto en una playa cercana un cuerpo inconsciente. Según los sensores, parece que está vivo. Así que ya puedes ir poniéndote tu armadura de vacío y dirigiéndote a la exclusiva. Te acompañaran tres soldados para escoltarte y ayudarte en aquello que necesites.

—Así fue como la encontré —continuó explicando el médico—. Lo demás es historia. La curé de sus heridas y aquí estamos.

—Pues parece que he de agradecerle el salvarme la vida, ¿no? —comentó Honda.

—En absoluto. Es el capitán quien la localizó. Yo me limité a realizar mi trabajo. A propósito, esto me recuerda que él me ordenó que le comunicara cuando usted estuviera en condiciones de mantener una conversación. ¿Cree que ya puede hacerlo?

—Sí, me parece que sí —contestó la tapo decidida tras unos segundos callada como si estuviera comprobando que todo estaba en orden en su cuerpo.

—Perfecto —contestó sonriente—. Pues voy a avisarle y posiblemente vendrá a hablar con usted pronto. Si necesita algo, no dude en llamar a la enfermera.

Tuzzi mostró su acuerdo y el facultativo se despidió de ella y fue a un terminal desde donde estuvo hablando brevemente con un invisible interlocutor. Honda se dispuso a esperar el tiempo que fuera necesario y a punto estuvo de pedir algo para pasar el tiempo. Pero no fue necesario, ya que en pocos minutos entró en la sala un hombre alto que supuso acertadamente que era el comandante de la nave.

Este habló unos momentos con el médico y a continuación fue hacia ella. Pudo entonces verle la cara y mientras el corazón se le aceleraba, le apareció en el rostro una expresión de total sorpresa. Esta no pasó desapercibida al Capitán, que le preguntó.

—¿Ocurre algo, teniente? Parece como si hubiera visto un aparecido.

Ante esa pregunta, ella solo pudo balbucear - ¿Pero, Marek, como es posible? Si te dejé en el refugio hace solo unos días.

—¿Marek? —Reaccionó extrañado el interpelado—. Ah, ¡ya lo entiendo! Me

confunde usted con mi tío. No es la primera vez que ocurre. Todo el mundo dice que somos muy parecidos. Me presentaré. Soy Aníbal Aznar, hijo de César, el hermano mayor de Marek.

—¿Sobrino? ¿Es usted el sobrino de Marek? Pero si deben tener una edad muy parecida.

—Bueno, es que mi padre César y él son hermanastros. Y dígame, ¿de qué lo conoce?

—Fue durante la evacuación de Electra —empezó a explicar como quien recuerda algo que ha pasado hace mucho tiempo— cuando mi nave, la Talión, estaba de patrulla y recibió la orden de prepararnos para la llegada de refugiados provenientes de la ciudad. Él fue uno de los que vinieron a bordo a través de la Karendon traslator.

—¡Ah! Así que mi tío consiguió sobrevivir a la destrucción de la urbe. Me alegro. Estaba preocupado por él. ¿Y qué pasó después?

—Pues que junto al resto de pasajeros desembarcó en uno de los puertos ocultos de la región de Muros. Pocos días más tarde la Talión tuvo que zarpar de nuevo para otra misión y desde entonces ya no sé nada más de él. Pero supongo que aún estará allí.

—Ya veo —comentó el Capitán—. ¿Y qué ocurrió con la Talión? ¿Fue hundida o usted había salido para realizar alguna misión de espionaje o algo por el estilo, y tuvo un percance en la playa?

—Lo primero. Cuando no hacía una semana que habíamos iniciado la patrulla, los thorbods nos localizaron de alguna forma y empezaron a bombardearnos. Yo pude salvarme, pero desconozco que les pasó a mis compañeros. ¿Han encontrado a alguien más?

—No, solo a usted y por casualidad.

—¿Y cómo es eso? —preguntó curiosa Tuzzi.

—Pues que tenía la intención de desembarcar algunos de mis hombres para explorar la región y ver si encontrábamos algo que nos fuera útil, cuando al estudiar la línea de la costa para comprobar que no había ninguna amenaza cerca, la localicé.

—Caramba, pues sí que tuve suerte. Solo que hubiera decidido hacer el desembarco unos kilómetros a la derecha o a la izquierda de donde lo hizo, no me hubiera encontrado. Pero bueno, dejemos los «y si» —concluyó con decisión la teniente.

—Sí, tienes toda la razón. Supongo que no te importa que te tutee, ¿verdad? —Honda no tuvo ningún problema y satisfecho, Aníbal continuó hablando—. Bien, te agradezco toda la información que me has dado. Ya puedes imaginarte que en la situación actual, no podemos utilizar la radio, ya que probablemente los hombres grises nos localizarían rápidamente y destruirían. Así que cualquier noticia del exterior siempre es bienvenida.

—Vaya, pues me alegro de haber sido útil —contestó sorprendida Tuzzi—. ¿Y ahora qué ocurrirá conmigo? Estoy dispuesta a ayudar en todo lo que esté en mis

manos.

—Gracias por el ofrecimiento, pero es prerrogativa de mis superiores decidir dónde te colocan.

Honda iba a hacer un comentario cáustico sobre cómo se iba a poner en contacto con unas personas que probablemente estaban a miles de kilómetros. Pero estaba equivocada en este punto, como le demostró Aznar.

—Pasado mañana llegaremos a una base cercana y ahí te desembarcaremos. Hasta entonces eres mi invitada. Así que descansa, ahora que puedes. Nunca se sabe que nos espera allí y seguro que entonces lo encontrarás a faltar.

* * *

La teniente hizo caso al consejo y los dos siguientes días fueron los más tranquilos que experimentaba desde hacía semanas, aún antes de que empezara la ofensiva thorbod. Eso y los buenos momentos que pasó en compañía de la oficialidad del navío, con quienes compartió todas las comidas, casi le hicieron olvidar que más allá del protector océano que les rodeaba se estaba desarrollando una guerra sin cuartel.

Pero ahí estaba y fue mientras estaban acabando la comida del segundo día, que una voz bien modulada y aparentemente tranquila, como correspondía a un buen oficial, surgió del intercomunicador del comedor.

—¡Todos a sus puestos! ¡Aíslen los compartimentos! ¡Capitán al Puente!

Como llevados por un resorte, todos los presentes se levantaron rápidamente y salieron de la sala, saludando a Honda mientras iban a la puerta. Solo Aníbal se demoró un poco para hablar con ella, pero su invitada se le adelantó.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó—. ¿Acaso estamos llegando a la base?

—Es lo más probable —contestó el Capitán—. Este es un momento muy delicado, ya que hemos de asegurarnos que los thorbods no nos detecten bajo pena de perder otro puerto. Así que he de pedirte que vayas a tu camarote y no salgas de ahí hasta nueva orden.

Tuzzi ya sabía de qué iba esto, así que obedientemente volvió a sus aposentos y allí recogió su escaso equipaje. Pero no pudo dejar de prestar atención al ruido de los motores y a la inclinación de la ictionave. Pudo así notar como primero frenaban mientras bajaban. Poco después, los timones pusieron horizontal el aparato que continuó así bastante tiempo hasta que por fin volvieron a subir y los motores se pararon.

Eso solo podía indicar que ya habían llegado al puerto subterráneo y efectivamente en pocos segundos la misma voz que antes había interrumpido la sobremesa se oyó por todo el sumergible.

—¡Atención! ¡Atención! ¡El comandante va a hablar! ¡Atención! ¡Atención!... —

Se produjo entonces una breve interrupción y a continuación apareció el interpelado.

—«Compañeros, lo hemos conseguido —expresó con una mezcla de orgullo y satisfacción—. Hemos sobrevivido a otra patrulla. Estoy muy contento de vuestra labor y así se lo haré saber a mis superiores. En estos momentos, la tripulación de tierra lo está preparando todo para que desembarquemos. Descubriréis que la base es muy pequeña, con solo lo imprescindible. Así que no contéis con una gran zona recreativa.

»Y ya sabéis. ¡No quiero quejas! Que os divirtáis —dijo con un tono entre admonitorio y divertido del tipo no me hagáis mucho caso».

Acabo así Aznar su parlamento y casi inmediatamente, un grito de alegría brotó por todas las cubiertas, mezclado con voces felicitándole por lo bien que les había llevado. Siguió a eso el ruido de muchos pies corriendo, pero pronto volvió la tranquilidad. Honda dudaba de si imitar a la tripulación o no, ya que no sabía a quién presentarse. No hizo falta que se decidiese, ya que en pocos minutos, apareció Aníbal que le pidió que le siguiera.

Los dos bajaron a tierra y ella vio que, como esperaba, se encontraban en una instalación subterránea, con un lago que comunicaba con el mar por el conducto que la Karnac había atravesado hacía unos instantes, y con varios muelles donde anclaban las naves. Su número le llamó la atención, ya que solo había cinco en condiciones de ser usados, tres de los cuales, contando la suya, estaban ocupados.

En aquel puerto donde parecía que hacía una eternidad había desembarcado Marek, podían verse veinte y todos a pleno rendimiento. Pero esto no era lo único curioso, ya que todo el recinto era bastante reducido, aunque varias máquinas de excavación indicaban que se estaba ampliando, y los cuarteles y otras instalaciones parecían provisionales, como esas edificaciones que se pueden encontrar en las obras mientras se construyen las definitivas.

Todo esto dejó perpleja a Tuzzi que no pudo dejar de preguntarle a Aznar a donde la había llevado.

—Aníbal, ¿puedes decir dónde estamos?

—Claro que sí. En la base B-3, bajo la planicie de Erraxi.

Al escuchar esto, la reacción de Honda fue de sorpresa total y obsequió a su interlocutor con una mirada de incredulidad. Él se la sostuvo unos segundos intentando descubrir que era lo que le pasaba. Al final creyó descubrirlo y dijo.

—Ah, ya lo entiendo. Te preguntas como es posible que nos encontremos en Erraxi, tan lejos de Muros, donde están la mayoría de puertos ¿verdad? Pues es simple. Se trata de aplicar a nuestros refugios el conocido dicho de «No poner todos los huevos en el mismo cesto».

—¿Pero cómo es que nunca he oído hablar de que se haya establecido ningún refugio por esta zona?

—Es que aún no estaban acabadas y por eso no se había publicitado su existencia. De hecho, en cuanto se inició la ofensiva, los operarios trabajaron lo más rápidamente

posible para dejar listo lo indispensable. Y no me digas que no te has dado cuenta, me he fijado de cómo lo mirabas todo.

—Sí, tienes razón... —reconoció la teniente que se quedó callada un momento mientras pensaba en que decir a continuación—. ¿Y ahora dónde vamos?

—Pues como es normal después de finalizar una patrulla, a presentar el informe al oficial al cargo de la instalación. Él decidirá cuál es el mejor destino para ti.

Tras esta última frase, a ninguno de los dos se le ocurrió nada más que decir, así que fueron en silencio hasta la comandancia. Después de identificarse ante el guardia de la puerta, que les dejó expedito el acceso, caminaron a buen ritmo hacia el despacho del coronel Guitó, a la sazón comandante de la base B-3. Pero cuando aún estaban a diez metros, oyeron los gritos que salían de allí, así que frenaron su velocidad mientras no podían evitar escucharlo.

—... ¿Medio inundada? ¿Y lo han hecho esos malditos ghuros?

—No —contestó otra voz, está más joven—. Ya estaba así cuando la descubrimos. La cuestión es que por algún sitio de esa zona es por donde han entrado.

—Pues que bien... ¿Eh? ¿Qué pasa aquí? ¿Capitán Aznar, eres tú? —preguntó Guitó al susodicho que ya había llegado a la puerta y había picado en ella para hacerse notar—. ¿Y quién es esa guapa joven que te acompaña?

—Es la teniente Honda Tuzzi, segunda al mando de la ictionave Talión —contestó Aníbal mientras la muchacha se ruborizaba ligeramente con el piropo a la vez que le saludaba militarmente.

—Encantado. Soy el coronel Mauricio Guitó. Así que usted pertenece a la tripulación de la Talión, ¿eh? ¿Y cómo es que no está a bordo?

Honda hizo ademán de empezar a explicarse, pero su salvador se le adelantó y se lo explicó todo a su superior, que escuchó atentamente, haciendo alguna pregunta aquí y allá para aclarar algunos puntos. Finalmente, cuando se sintió satisfecho, se dirigió a Tuzzi.

—Así que, teniente, su nave fue hundida y ahora está en espera de otro destino.

—Pues... sí. Se podría decir así. Aunque eso de destino...

—Sí, tiene razón. No es una palabra muy afortunada. Pero no tiene importancia. La cuestión es qué hago con usted... Déjeme pensar.

Guitó se calló y parecía meditar unos instantes mientras hablaba en voz baja. De repente, su cara se iluminó como si hubiera visto al Espíritu Santo y se dirigió a su interlocutora.

—Ya lo tengo. ¿Qué le parece formar parte del equipo que investiga las ruinas que hemos encontrado mientras excavábamos la base? Precisamente ayer el oficial que lo dirige se quejó de que tiene demasiado trabajo y le iría de perlas una ayudante.

—¿Ruinas? ¿Qué ruinas? —preguntó la Teniente intrigada.

El Coronel sonrió al comprobar que había conseguido llamar su atención y dio el siguiente paso.

—¿Le interesa? ¿Sí o no?

—Pues sí, claro que sí —afirmó Honda ignorante de la importancia que tendría para su gente la decisión que acababa de tomar.

—Perfecto. Bien, contestando a su pregunta, resulta que hace unos días, mientras excavábamos una nueva sala, hallamos por casualidad un antiquísimo túnel que descendía hacia las ignotas profundidades. Naturalmente, nos llamó mucho la atención, así que envié un equipo a investigar que había allá abajo.

—¿Y que encontraron?

—Ya voy. No sea impaciente... Cuando la patrulla regresó, me informaron que el conducto desembocaba en una gran caverna ocupada por las ruinas de una ciudad de otra era. Como mínimo, pertenece al período de la primera colonización, cuando nuestros antepasados devolvieron la vida a los bartpuranos. Y quien sabe, tal vez incluso es suya.

—Sin duda todo esto interesará mucho a los científicos —puntualizó la tapo—. Pero no entiendo porque le da tanta importancia como para pedirme entrar en el proyecto. Sin duda sería más útil en el frente de batalla.

—¿Pero es que no se ha dado cuenta? Una vez saneada, será el refugio ideal para los millones de ciudadanos de Electra y otras ciudades que consiguieron escapar del ataque gracias a las karendones traslator y cuyas cintas vetatom guardamos como oro en paño. Está tan profunda y sus accesos están tan escondidos que si no somos imprudentes, los thorbods no podrán descubrirla jamás.

—Ah, pues visto desde este punto de vista, la cosa cambia. Estaré encantada de ayudar en esta loable tarea. ¿Y cuándo empezamos con las rematerializaciones? —exclamó ilusionada.

—Bueno. No todo es Jauja —contestó azorado Guitó—. Es que tenemos un problema. No somos los únicos que hemos hecho el descubrimiento. Prácticamente al unísono que nosotros, los ghuros encontraron un segundo acceso en el otro extremo de la caverna. Y aunque creemos que la ciudad es muy grande, no sabemos si lo suficiente para los dos.

—¿Pero qué ha ocurrido? —preguntó Honda alarmada.

—De momento nada. Solo se ha producido algunos contactos entre nuestras respectivas avanzadillas, pero tengo miedo de que haya un gatillo nervioso por allí y se produzcan enfrentamientos. Esto es lo último que deseo, tanto por los daños que pudiesen producirse en las ruinas como en la posibilidad que al final fuésemos detectados por los thorbods.

—Ya veo. ¿Y qué puedo hacer yo?

—Muy buena pregunta. Tengo la sana costumbre de dejar que mis subordinados hagan sugerencias sobre el camino a emprender. Así que, ¿tiene alguna idea? —inquirió el Coronel mientras la miraba con una expresión curiosa, como retándola a demostrar lo que valía.

Tuzzi se calló unos segundos mientras su cerebro funcionaba a toda máquina pensando en algo que impresionara a Guitó, o como mínimo no le hiciera repensarse

el haberla aceptado. Finalmente, se le ocurrió una idea que no dudó en presentar.

—¿Y si celebramos una conferencia entre nosotros y ellos? Como usted ha señalado, a ninguno de los dos bandos le interesa verse envuelto en una batalla inútil que acabaría con los thorbods descubriendo y destruyendo el refugio.

—Sí. ¡Sí! ¿Por qué no? Si sale bien, todos nuestros problemas habrán desaparecido. Y además, ¿qué podemos perder por prepararla? —Dijo con un tono que había pasado del interés al entusiasmo—. ¿Quieres encargarte tú de dejarlo todo listo? —dijo a la Teniente sin darse cuenta que había pasado a dirigirse a ella en segunda persona del singular sin pedirle permiso.

—Bueno, me gustaría estudiar toda la documentación que existe sobre la caverna para estar lo mejor preparada para la reunión. Así que preferiría que otra persona se encargase de los detalles logísticos.

—Naturalmente. Ahora mismo daré órdenes para que te faciliten todo lo que necesites y podamos dejarte. Y sobre la conferencia en sí, ¿dónde crees que sería el mejor lugar en el que celebrarla?

—Obviamente, en terreno neutral. Yo escogería cualquier sitio que esté entre sus posiciones y las nuestras.

—De acuerdo. Llamaré al capitán Gerds, que tiene el mando allá abajo y le encargaré que busque algún edificio o lo que sea con las características que has indicado, y que lo habilite. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, me parece bien. A propósito, ¿ha habido algún contacto con los ghuros? Es que alguno de sus hombres que sea un buen negociador tendría que informarles de la convocatoria de la reunión y preguntarles si están interesados en ella. No encuentro ningún motivo por el que tendrían que oponerse, pero de todas formas se tiene que actuar con tacto.

—Naturalmente. ¿Y cuándo crees que podrás hacerlo?

—¿Yo? —respondió sorprendida Honda—. Pero si le he dicho que necesitamos un diplomático. Y yo no lo soy.

—Pues chica, tus palabras no hacen más que desmentirte. Hacía tiempo que no me topaba a nadie que fuera tan buena vendedora como tú. Es obvio que naciste para esto.

Tuzzi hizo algún ademán de protestar, pero el Coronel ya se lo veía venir y dejó ir un argumento definitivo.

—Además, fíjate que tú estás teniendo todas las ideas. Incluso si aceptase buscar a otra persona, esta tendría que estar continuamente en contacto contigo para pedir instrucciones. Y esto es inaceptable en una negociación donde la diferencia entre el éxito y el fracaso puede deberse a una sola frase en el momento justo.

Al escuchar esto, la Teniente reconoció a regañadientes que su superior tenía razón y que no había nadie mejor que ella para hacer ese trabajo. Así que recogió velas y dijo con una voz bastante más humilde que antes.

—Está bien. Lo haré. Ahora sí que necesito que me pase lo antes posible toda la

información que tengamos de esas ruinas y las zonas que controlemos tanto nosotros como los ghuros. Además, necesito que ordene a Gerds que se ponga en contacto con ellos y les avise de que iré a hacerles una propuesta.

—De acuerdo, capitana Tuzzi.

—Perfecto. Ahora me gustaría disponer...

Totalmente lanzada en su nueva función, la tapo tardó unos segundos en comprender como se le había dirigido. Pero al final lo hizo y entonces, mirando con los ojos muy abiertos a Guitó le preguntó.

—¿Perdón? ¿Qué ha dicho? ¿Me ha llamado capitana?

—Efectivamente —contestó el Coronel con una amplia sonrisa en su rostro—. Si tienes que llevar las negociaciones, no puede ser que una vez en la gruta, tengas a nadie por encima que pueda darte órdenes. Así que he decidido ascenderte. Además, y para darte aún más autoridad, voy a nombrarte representante plenipotenciario mío.

—¡Vaya! Aunque no estoy segura de que merezca tantos honores, muchas gracias por la confianza que está depositando en mí. Le consultaré antes de tomar cualquier decisión importante... Bueno —cambió totalmente de tema de conversación recuperando lo que iba a pedirle antes de enterarse del ascenso— como estaba diciendo, necesito una habitación tranquila donde estudiar toda la documentación.

—Faltaría más. Ahora mismo te buscarán un despacho tranquilo y una habitación donde puedas descansar cuando lo necesites. Si quieres algo más, no dudes en pedírmelo. Bienvenida a bordo.

Tras esas palabras, Guitó se dispuso a despedirse, pero recordó que faltaba una cosa por decirle y retomó la palabra.

—Por cierto, una última cosa, que por poco se me olvida. Como seguramente tendremos que trabajar juntos mucho tiempo, pues háblame de ti.

Honda mostró su acuerdo a un satisfecho coronel, que acompañándola hasta la puerta, le confirmó que se encargaba inmediatamente de conseguir todo lo que necesitaba y le deseó mucha suerte en su difícil tarea.

* * *

Cuando la recién nombrada capitana acabó por fin de leerse la montaña de información que le habían pasado, hazaña que le había dejado la cabeza como un bombo, había escrito tantas anotaciones que por poco no había tenido que pedir otra libreta. Tras suspirar, se desperezó, dejando ir un sonoro bostezo y se levantó para refrescarse antes de volver a sentarse y pasar todo eso a limpio.

Pero solo ponerse en pie, se dio cuenta de que estaba muy hambrienta, no había comido nada desde junto antes de sentarse, y que le estaba invadiendo un sueño invencible. Así que no le quedó otro remedio que, tras darse una breve ducha e ingerir un tentempié, someterse a un sueño reparador. Pero de alguna forma, parte de

su cerebro continuó activo, analizando la información analizada y buscando en ese lío algo que fuera útil.

Y de repente, los engranajes encajaron y la solución apareció en su mente. Era tan sencilla, tan elegante. Pero sabía que tenía que ser implementada con rapidez. Fue eso lo que le hizo despertarse con una gran sensación de urgencia. Tenía que decírselo inmediatamente al coronel. Así que se vistió y adecentó lo más rápidamente posible y se fue corriendo hacia el despacho de Guitó.

Pero según se iba acercando, su nerviosismo se fue atenuando y cuando llegó a la antecámara, y en lugar de entrar como una tromba, se paró y con el corazón bombeando con fuerza en su pecho, le preguntó a la asistente de su superior si podía entrar. Pero ella le contestó que estaba reunido con los capitanes de las naves ancladas en la base y que tendría que esperar a que acabaran. Pero que no se preocupara, ya que no creía que les faltara mucho.

Un poco fastidiada por ese retraso, aunque parte de ella ya se esperaba que un hombre con tantas responsabilidades como el Coronel estuviera ocupado. Así que haciendo acopio de paciencia, se sentó e intentó mantenerse tranquila hasta que la reunión finalizase y le llegara el turno. Pero la inquietud que creía sofocada resurgió de nuevo con fuerza y los siguientes diez minutos se convirtieron en los más largos de su vida.

Primero se dedicó a tamborilear con los dedos en una mesa cercana hasta que la secretaria le pidió que dejara de hacerlo, ya que era molesto y no le dejaba concentrarse en su trabajo. Lo mismo ocurrió con los golpes al suelo con sus botas y pronto se cansó de mirarse las manos y jugar con su largo pelo. Se dio cuenta entonces que no podía seguir así, ya que lo que menos le interesaba era entrar donde Guitó hecha un manojo de nervios.

Así que recurrió a una ancestral técnica de relajación que le había enseñado un terapeuta durante su inquieta adolescencia y poco a poco consiguió regularizar el ritmo de sus latidos y su respiración. Pero todos sus sentidos estaban alertas y en cuanto escuchó girar el picaporte de la puerta del despacho, abrió los ojos y se levantó de un salto. Vio salir así a tres hombres y dos mujeres a los que solo miró de pasada.

A todos menos al último, Aníbal Aznar, cuya sola visión hizo que su corazón latiera más rápido. Deseaba hablar con él y explicarle todo lo que le había pasado desde que se separaron el día anterior en esa misma habitación. Pero por más que le doliera, sabía que su misión era más importante. Así que tendría que retrasar esa conversación. De todas formas, no pudo evitar saludarle.

—Ey, Aníbal, ¿cómo estás?

—Pues ya ves, muy ocupado. Ayer por la noche llegaron dos ictionaves más, el Quarkes y el Saulet, y el coronel nos convocó a todos los capitanes para comentar las novedades. ¿Y tú que tal, capitana Tuzzi?

Al captar como la llamaba, Honda le miró con los ojos muy abiertos y la boca

abierta ¿Cómo lo había descubierto? Aníbal, divertido, le sostuvo la mirada unos segundos y a continuación le dijo.

—Seguro que te estás preguntando cómo me he enterado, ¿verdad? —Expuso satisfecho de haber conseguido sorprenderla—. Podría contestarte que en una base pequeña como esta, las noticias vuelan. Pero la verdad es que Guitó nos lo acaba de explicar, junto a la misión que te ha encomendado. Si puedo ayudarte...

—Muchas gracias. A lo mejor más adelante... Me gustaría continuar hablando, pero me reclaman —dijo haciendo un gesto hacia la asistente que le mantenía abierta la puerta del despacho en una clara invitación a entrar—. Cuando acabe, te buscaré y entonces ya veremos si hay algo. Bueno, hasta luego.

Con este breve despedida, la tapo se separó del capitán Aznar y caminando firmemente, se plantó ante el Coronel que fue directamente al grano.

—Me acaba de decir la señorita Remine que tienes algo importante para comunicarme. ¿De qué se trata?

—Pues que he encontrado el argumento definitivo para convencer a los tapos de que podemos compartir las ruinas.

—Ah, pues vale —contestó su superior un poco decepcionado, ya que se esperaba algo de mayor importancia. Pero veía a Honda tan ilusionada que procuró que no se le notará en la voz—. ¿Y cuál es?

—Sabemos por un lado que los ghuros son seres que acostumbran a vivir en ciudades semisumergidas al lado del mar. Unamos a eso que estudiando la documentación he descubierto que la parte inferior de las ruinas está parcialmente inundada, y la oferta que les podemos presentar surge por si sola.

—¿Qué pretendes? ¿Dividir la ciudad o lo que sea en dos, con nosotros arriba y ellos abajo?

—Exactamente ¿Qué te parece?

—Que tienes razón y que puede servir. Cuenta con mi apoyo. Pero si yo fuera tú, me iría preparando varios argumentos a favor por si, como previsiblemente ocurrirá, te ponen alguna pega. Vamos, que te montes una buena presentación.

—Naturalmente —contestó Honda un poco molesta por el comentario implícito de que no lo había hecho antes de ir a verle—. De hecho, ya la tengo bastante avanzada.

—Me alegro. ¿Cuándo crees que lo tendrás todo listo y podrás ir allá abajo?

—Si fuera necesario —señaló Tuzzi alarmada por la prisa que parecía que se había apoderado de Guitó, cuando el día anterior estaba mucho más tranquilo— en dos o tres horas podría moverme. ¿Qué ocurre algo?

—Sí, me temo que sí. Pensaba en decírtelo más tarde, pero ahora creo que cuanto antes te enteres mejor. Justo antes de empezar la reunión con los capitanes, me llegó un informe de que se han producido algunas escaramuzas entre nosotros y ellos. Así que tu propuesta de llegar a un acuerdo negociado ha cobrado mayor importancia.

—Haberlo dicho antes. Entonces con una hora ya tengo de sobras para

prepararme —afirmó sin ningún asomo de duda aunque en su fuero interno lamentó tener que retrasar de nuevo el encuentro con Aníbal.

—¡Bien! Me alegra oír eso. Aquí tienes las credenciales de representante mío que te abrirán todas las puertas —le dijo mientras le entregaba una pequeña tarjeta de plástico de un brillante color dorado—. Ahora mismo avisaré al capitán Gerds para que un guía te espere cuando llegues a la caverna. Muchísima suerte.

—Gracias. Te mantendré informado. Hasta luego.

Una vez dicha esta última frase, la capitana volvió a la habitación que le había sido asignada y allá recogió rápidamente su poco equipaje y algunos documentos que creía que le podían ser útiles. Con todo eso en una maleta, bajó hasta el muelle y allí preguntó al primer soldado que encontró donde estaba el acceso a las ruinas. Con tantos recién llegados, tuvo que repetir esa maniobra varias veces pero al final encontró a alguien que le indicó.

Una vez orientada, caminó hacia una de las paredes, en la que se abría un túnel con bastante circulación y que tenía en su entrada dos guardias que con voz seria le pidieron su documentación. Les entregó la tarjeta que le había dado el coronel. Con ella en la mano, hicieron una breve llamada y poco después se la devolvían y le dejaban pasar a la vez que le saludaban militarmente.

Se internó así en el conducto, que tras algunos minutos de paseo, se ampliaba hasta formar una verdadera plaza donde un grupo de militares esperaban obedientemente delante de una verja custodiada por cuatro soldados. Se dirigió inmediatamente hacia ellos, que la recibieron fríamente y le dijeron que si quería entrar, que hiciera cola. No podía esperar a saber cuánto tiempo, así que decidió mostrarles el salvoconducto, a ver si servía de algo.

Y tanto que lo hizo. Su reacción fue instantánea. Solo verlo, se pusieron firmes, le pidieron disculpas y le dieron paso a un pequeño habitáculo metálico que estaba prácticamente lleno y que supuso que era el ascensor que bajaba por el túnel del que el coronel le había hablado. Efectivamente, en pocos segundos las puertas se cerraron y empezó a moverse. Honda estaba emocionada. Por fin podría conocer esas misteriosas ruinas.

* * *

Después de bajar no sabía exactamente cuánto, por fin el descenso terminó, las puertas se abrieron y las personas que la habían acompañado salieron rápidamente y desaparecieron hacia su ignoto destino. Ella también desembarcó, pero una vez fuera no supo qué hacer. Se suponía que alguien tenía que venir a recibirla y llevarla hasta el puesto de mando. Pero no parecía que ninguno de los escasos transeúntes que estaban por allí se fijase en ella.

Empezaba a barajar la posibilidad de buscarlo por sus propios medios cuando un

joven oficial que no tendría mucho más de veinte años apareció corriendo. Se paró delante de ella y tras saludarla, empezó a disculparse mientras intentaba recuperar el resuello.

—Bienvenida a Antigua, capitana. Soy el alférez Colensi, la persona que tenía que recibirla. Le pido mil perdones por el retraso, pero un problema de última hora no me ha permitido venir hasta ahora.

—Tranquilo, ningún problema.

Intentó calmarle mientras pensaba cuando tiempo había pasado desde que ella ya no era una novata insegura como ese chico, probablemente en su primer destino. Pero no podía distraerse en recuerdos, tenía una misión. Así que le dijo.

—¿Vamos? Supongo que el capitán Gerds me estará esperando, ¿verdad?

—Sí, claro. En que estaría pensando. Por aquí. No me pierda de vista, que estas ruinas son un verdadero laberinto y si se perdiera, a saber cuánto tardaríamos en encontrarla... Por cierto, el Capitán tiene muchas ganas de verla.

—Y yo a él —contestó a esta inesperada confesión—. Confío que podamos resolver esta tensa situación sin tener que recurrir a la violencia.

Parecía que su interlocutor iba a contestar, pero pareció pensárselo mejor y al final se refugió en un mutismo del que no salió hasta llegar al puesto de mando. Allí anunció su presencia y a continuación, tras despedirse de ella, desapareció por una de las puertas que desembocaban en el vestíbulo. De todas formas, no tuvo mucho tiempo de pensar en su extraño comportamiento ya que el jefe de las fuerzas de Antigua apareció enseguida.

—Bienvenida, capitana Tuzzi. El coronel Guitó ya me ha informado de su propósito y de acuerdo con sus instrucciones, hemos avisado a los ghuros que queremos hablar con ellos y un representante suyo nos esperará donde estamos construyendo la sala de conferencias. Cuando quiera, vamos allá. Aunque tal vez prefiera descansar antes.

—Le agradezco su gesto, pero el tiempo apremia, así que cuando antes lo consigamos, mejor para todos.

—Como quiera. Si me deja unos segundos, les avisaré de su decisión y prepararé la escolta. Y antes de que ponga pegos, le recordaré que hemos tenido combates recientemente y que en las circunstancias actuales, toda precaución de seguridad es poca. Ya verá como ellos hacen lo mismo.

La tapo no veía claro que ir con una escolta armada fuera muy buena idea para infundir confianza a los ghuros. Pero se plegó a la mayor experiencia de campo de su anfitrión. Pero a cambio de aceptar, exigió que fuera lo más pequeña posible y que se mantuvieran siempre a tres metros detrás suyo. Fue entonces el momento en que su colega no se sintiera muy cómodo, pero consiguieron llegar a un acuerdo y pronto fueron al sitio del encuentro.

Al final resultó que Gerds tenía razón y la otra delegación también estaba escoltada. La situación era bastante tirante y nadie se movió hasta que ella se adelantó

por la tierra de nadie. Como reacción, un ghuro hizo lo mismo y pronto se encontraron cara a cara. Honda sabía que ese era el momento de la verdad, así que compuso su mejor sonrisa, recibió como respuesta una impresión mental de confianza, aunque mezclada con un poco de comprensible recelo.

Bien, eso quería decir que podían iniciar la conversación, así que expuso la razón por la cual había pedido la reunión. Naturalmente, teniendo en cuenta las diferencias fisiológicas entre las dos especies, la comunicación fue telepática.

—Me llamo Tarr'Est'Pi —se presentó el ghuro—. Y si no estoy mal informado, mi graduación militar es equivalente al de sus comandantes ¿Y usted es?

—Capitana Honda Tuzzi —contestó la tapo sorprendida por la cortesía de la que hacía uso su interlocutor.

—¿Y cuál es el motivo de que haya pedido esta reunión, capitana Tuzzi?

—Simplemente, discutir cómo podemos conseguir convivir juntos y en paz en esta gran caverna.

Ya había dejado ir el sedal. Ahora era cuestión de ver si el pez picaba, pero su primera reacción fue desalentadora.

—¿Y qué le hace pensar que nos interesa algo así?

—Pues que a todos nos interesa disponer de un sitio donde poder vivir a salvo de los thorbods y según las exploraciones preliminares que mi gente ha realizado, aquí podemos caber todos holgadamente. Además, cualquier intento suyo de desalojarnos desembocaría en combates que probablemente llamarían la atención de nuestro enemigo común.

—¿Es esto una amenaza?

—No, solo una constatación de que nos conviene estar a buenas.

—De acuerdo ¿Y qué propone? Ya que supongo que no habrá venido aquí sin nada que sugerirme.

—Naturalmente. Verá, hemos descubierto que parte de la ciudad, concretamente el nivel inferior por donde creo que ustedes han entrado, está parcialmente inundado. Según mis fuentes, a ustedes les gusta ese tipo de ambiente. Nosotros, en cambio, somos amantes de sitios más secos. Así que sugiero que dividamos las ruinas en dos partes, la de abajo para ustedes y la de arriba para nosotros.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo?

—Pues sí —contestó Honda que se esperaba una reacción un poco más entusiasta—. ¿Qué ocurre? ¿Le parece poco?

—No, no. Al contrario. Es bastante generosa. Es que, no sé. Bueno, no importa. Transmitiré su oferta a mis superiores y ya le daremos alguna respuesta.

—¿Pero cuánto cree que puede tardar? Es que a mis superiores les gustaría resolver lo más antes posible esta situación —le confesó Tuzzi que no quería dejarlo ir antes de aclarar ese aspecto—. Y por otra parte, ¿a usted que le parece?

—Bueno, me pone usted en un compromiso. Personalmente, y como ya le he dicho, me gusta. Pero no soy yo quien toma la decisión definitiva. Y sobre su primera

pregunta, intentaré acelerar al máximo la toma de la decisión.

—Bien, pues entonces quedamos en que se pondrá en contacto conmigo cuando se sepa algo, ¿no?

El comandante ghuro hizo un gesto afirmativo para mostrar su acuerdo y entonces, la Capitana, satisfecha por lo bien que parecía que había ido todo, se despidió y volvió tranquilamente a donde le esperaba Gerds, que le preguntó de una forma que denotaba que era escéptico, sobre las posibilidades de llegar a un acuerdo.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido?

—Pues teniendo en cuenta las circunstancias, no me puedo quejar. Le he transmitido mi idea y ha ido a hablarlo con sus superiores. Hemos quedado que se pondrá en contacto con nosotros en cuanto sepa algo.

—Je, lo más probable es que no sepamos nada más de él. En fin ¿Volvemos al puesto de mando, que allí estaremos más tranquilos?

Honda le hizo caso y pronto pudo sentarse en un sofá de la sala de conferencias. Llamó entonces al coronel y le hizo un breve resumen de cómo había ido todo, lo que le valió una sincera felicitación. Lo siguiente que realizó, y cómo no tenía nada más que hacer, fue intentar ponerse en contacto con Aníbal para explicárselo todo con tranquilidad. Pero resultó que estaba reunido, así que de nuevo tuvo que retrasar la prometida conversación.

Intentó ocupar las siguientes horas lo mejor que pudo. Aunque sabía que los ghuros tardarían en tomar una decisión, le fue imposible hacer nada para mitigar el nerviosismo que sentía, aunque esta vez totalmente justificado, y compartido por muchos de sus compañeros. Gerds le ofreció acompañarla en la comida mientras esperaba, pero no le entraba nada. Al menos, su conversación distendida contribuyó a tranquilizarla.

Y de repente, una explosión hizo temblar el refugio donde se encontraban. Mientras los platos caían al suelo, su anfitrión se levantó de un salto y fue corriendo a la sala de control donde empezó a gritar órdenes exigiendo saber que estaba ocurriendo. Tuzzi le siguió, pero otras explosiones que siguieron a la primera, le hacían perder el equilibrio y le costó bastante llegar. Pero al final lo consiguió y preguntó.

—¿Qué ocurre? ¿Qué son estas explosiones?

—¿No es obvio? —Le contestó el Capitán con cara de pocos amigos—. Tus amigos los ghuros nos están atacando. Suerte que ya me lo esperaba y ahora esos pulpos sabrán lo que vale un peine.

Al escuchar esto, la tapo no pudo evitar alarmarse y cogiéndole del brazo prácticamente le gritó a la cara.

—¿Qué quiere decir esto de que te lo esperabas? ¿Qué has hecho?

—Ayer mismo hice venir a un regimiento de infantería para reforzar mi guarnición. Sabía que esta tregua la habían aceptado solo para disponer del tiempo suficiente para preparar sus tropas y atacarnos. Ya sabía yo que el Coronel se había

equivocado al aceptar tu loco plan. Y ahora déjame, que tengo que coordinar el contraataque.

Ante esta declaración, Honda se quedó sin habla unos segundos. ¿Pero qué locura había cometido ese desequilibrado? ¿Qué podía hacer? Empezó a pensar en eso cuando sin aviso previo, una voz resonó en su cabeza.

—¿Capitana Tuzzi? ¿Es usted?

—¿Comandante Tarr'Est'Pi? Transmitió dubitativa al creer reconocer la señal telepática.

—Sí, soy yo. ¿Qué han hecho ustedes? Ya tenía casi convencido al lldorgo, así se llaman nuestros jefes, cuando nos llegó la noticia de la llegada de sus soldados y él, siempre desconfiado, llegó rápidamente a la conclusión de que su propuesta era solo una medida dilatoria para ganar tiempo mientras preparaban sus tropas para atacarnos.

—No, no. No es cierto. Le aseguro que mi oferta va totalmente en serio. Tengo el respaldo del coronel Guitó, mi superior.

—¿Y entonces que pintan allí esos refuerzos?

—Ha sido un estúpido malentendido. Por favor —transmitió prácticamente rogándole— tenemos que parar esta locura antes de que la caverna sufra daños permanentes o aún peor, los thorbods detecten el uso de armas nucleares y nos destruyan a todos.

Se produjo entonces un instante de silencio en la comunicación y Honda se temió que no le había creído y estaba todo perdido. Ya sabía ella que no servía para diplomática. ¿Qué le diría al coronel, que había confiado en ella? Pensamientos como estos y peores pasaron por su cabeza y empezaba a estar desesperada cuando su interlocutor volvió.

—Está bien, la creo. Lo primero de todo es conseguir un alto al fuego. Y entonces celebrar una nueva reunión, pero esta al máximo nivel.

—De acuerdo. ¿Pero cómo hará para convencer a su comandante? ¿No ha sido él quien ha ordenado el ataque?

—Ya me encargó yo de eso. Contactaré con usted más tarde.

Con estas palabras, la voz del ghuro desapareció de su mente y la dejó pensando en que táctica utilizaría. Llevada por una fuerza interior que desconocía que poseyera, lo supo enseguida y yendo hacia Gerds, que estaba totalmente absorto en el combate, le llamó la atención hablándole oficialmente.

—Capitán Gerds, declare un alto al fuego inmediato.

—¿Qué? —le espetó en la cara con la incredulidad pintada en su rostro—. ¿Qué has dicho?

—Que ordene a nuestras tropas dejar de disparar.

—¿Te has vuelto loca de repente o qué? Por si no te has fijado, nos atacan.

—Acabo de mantener un contacto mental con un alto cargo ghuro y hemos acordado una tregua mutua. Así que haga el favor de cumplir mis instrucciones.

—Ja. ¿Y en base a qué autoridad te atreves a darme órdenes? —le dijo desafiadamente mientras el resto de personal presente en la sala asistía atónito a la discusión.

—En la que me da ser la representante oficial del coronel Guitó —respondió mientras le ponía delante de los ojos el certificado que le había entregado.

Con el odio brillando en sus ojos, el Capitán le arrancó el documento de sus manos y la examinó brevemente durante unos segundos. A continuación se la devolvió de un manotazo y lleno de ira, se dirigió al encargado de las comunicaciones.

—Orden a todas las estaciones. Alto al fuego inmediato.

El operador dio el acuerdo inmediatamente y mientras este se apresuraba a emitir las nuevas instrucciones, su jefe habló de nueva con Honda.

—Ya está. ¿Y ahora qué?

—Ahora llamaremos al Coronel para que baje y se prepare para una conferencia con su lldorgo, así se llama su general o lo que sea. Pero después de su idea con los refuerzos, no me fío de usted. Así que queda relevado del mando. Guardias —habló a los dos que estaban más cerca— acompañen al capitán a su habitación y que no salga de ahí.

Tras decir todo esto, y mientras Gerds abandonaba la habitación, Tuzzi notó que la adrenalina le abandonaba. Pero aún no era el momento de descansar, así que acercándose al mismo hombre con el que acababa de hablar el susodicho, le preguntó.

—¿Se confirma que todas nuestras posiciones han dejado de disparar?

—Sí, señora.

—¿Y qué hacen los ghuros?

—También han cesado el fuego. En estos momentos, la situación es de tranquilidad absoluta.

—Perfecto —sonrió satisfecha—. Ahora llame al cuartel general y pásame al Coronel.

Fue en ese momento, y mientras el operador realizaba la conexión, que la voz de Tarr'Est'Pi sonó de nuevo en su cerebro.

—¿Capitana? Veo que lo ha conseguido. Constató que la sensación que tenía de que podía confiar en usted era acertada. ¿Ha hablado ya con su coronel?

—Estoy en ello. En cuanto sepa cuando baja, le llamaré para que pueda decir a su lldorgo la hora de la cita.

—Perfecto. Ah, es verdad. No se lo he dicho —comentó el ghuro como de pasada y con lo que parecía cierta socarronería—. Su excelencia, el lldorgo Serg'Marg'Nor ha sufrido un desgraciado accidente y mis compañeros me han elegido a mí para sustituirle. Lo echaremos a faltar, pero la vida sigue.

—Naturalmente... Lo tengo que dejar, que me informan que Guitó está al aparato. Nos comunicamos.

Se despidieron y mientras la capitana tapo cogía el auricular, acarició la

posibilidad de pedirle a su superior que se hiciera acompañar por Aníbal Aznar. Sin duda, encontraría algún momento para por fin explicárselo todo con pelos y señales. Incluso era posible que consiguiera establecer con él la relación duradera que había fracasado con su sobrino. Aunque ella era claramente optimista, solo el tiempo sabía si tendría éxito o no.

F I N

ESPERANDO EN LA OSCURIDAD

Ramón San Miguel

Yaces, rodeado de oscuridad, flotando en la nada. ¿Cuánto hace de ello? No lo sabes, no puedes saberlo. Llevas dormido mucho tiempo, ahorrando energía, esperando en hibernación. Tenías una misión, ¿recuerdas? Una misión de muerte. De aniquilación. Pero fallaste, y así te encuentras tú ahora, flotando perdido a la espera de... ¿de qué? No, no lo recuerdas, claro.

Ante ti, las luces de las estrellas, girando lentamente. No las reconoces. ¿Por qué deberías? No es tu misión. Tampoco aprecias su gélida belleza, pues sigues dormido, convertido en un satélite más de aquel lejano sol amarillo, que apenas brilla algo más que las otras estrellas...

Pero algo pasa. Una alarma te arranca de tu sueño milenario, te trae de nuevo a la consciencia. Algo se mueve allí fuera. ¿Será posible? Notas una especie de alegría que te recorre hasta lo más profundo de tu ser. Son sin duda naves espaciales. Introduces sus parámetros orbitales... ¡Sí! ¡Pasarán cerca, muy cerca de tu posición! ¿Quiénes serán?, te preguntas, mientras esperas, ansioso, que entren en tu radio y captés su identificación electrónica...

Mientras esperas, analizas tu situación. Tu reserva energética está a un nivel adecuado. Pero el combustible que te permite desplazarte es escaso, muy escaso. Haces un rápido cálculo. Va a ir muy justo, pero puedes alcanzar las naves...

No puedes esperar a conocer su identificación. Debes partir ya, establecer la órbita de interceptación que te lleve hacia el punto de máxima cercanía. Con cautela, pones en marcha el dispositivo de eyección que te dará el impulso que necesitas... ¿Funcionará? ¡Sí!... Notas el familiar tirón de la aceleración, la potencia de los gases ionizados empujándote en la nueva trayectoria que has programado... Calculas el momento justo, y apagas entonces el motor. Todavía tienes una reserva, que esperas sea suficiente si llega la oportunidad...

Pasa una hora, dos... la distancia entre las naves y tú se ha reducido. Ya estás al alcance de la identificación electrónica... compruebas la firma... No puedes acabar

de creértelo ¡Son efectivamente ellos! De nuevo la felicidad recorre tu cuerpo. ¡Por fin! Solo esperas que todo vaya bien y el combustible de reserva alcance...

Tu reloj va marcando los segundos, los minutos, las horas... se te hace interminable. Pero ya estás cerca, muy cerca. Puedes hasta contar su número. Son pocos, apenas una escuadrilla de unos mil navíos, de un modelo completamente desconocido para ti. De nuevo te preguntas cuanto tiempo ha pasado... aunque te da igual. Lo importante es que están allí, y que para ti va a finalizar este tiempo de espera en la oscuridad...

Los minutos finales los realizas en una cuenta atrás, mientras te preguntas si te detectarán o no. Si supieras como rezar, rezarías, ¿verdad? Pero nadie te enseñó...

Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Es el momento! Enciendes de nuevo los motores, esta vez a toda potencia para aceleración máxima. Escoges la nave más cercana y saltas hacia ella, mientras emites tu propia identificación a toda potencia...

Conectas todos los sistemas. La nave a la que te aproximas no da muestras de que te haya localizado... Tendrás que jugarte el todo por el todo... ¡Estás tan cerca!

Corriges tu trayectoria... buscas un punto adecuado... te acercas más... más...

Si pudieras, gritarías al mundo en tu éxtasis final. Estás a punto de cumplir con tu misión, aquella que te programaron hace tantos y tantos años, que era el mismo objeto de tu existencia... Conectas tu espoleta, te precipitas sobre el motor de la desprevenida nave thorbod... y mueres en una apocalíptica explosión verde azulada...

* * *

—¡Señor, impacto de torpedo! —Suenan la desagradable voz del serviola—. ¡Daños menores en el motor de babor!

—¡Estamos bajo ataque! ¡Zafarrancho de combate! ¡Alerte a la flotilla! —ordena el Jed de la nave, aún sin salir de su asombro—. ¿Cómo puede ser? No hay naves terrícolas cerca, y aún no saben que venimos...

—Quizás sean minas, o algo así... —se atreve a sugerir el primer oficial.

—Magnífico Jed, tenemos imágenes captadas por las cámaras exteriores momentos antes del impacto —les interrumpe uno de los controladores.

En la pantalla ven, magnificada y en color falso, el torpedo autómatas de más de veinte metros mientras se precipita, suicida, hacia ellos...

—¡No puede ser! Un torpedo autómatas de los odiados valeranos...

—Y muy antiguo, señor. Es un modelo de cuando el maldito por siempre Valera casi acaba con nuestra especie, mi Jed.

—Es increíble... ¿Qué probabilidades existen de que ocurra algo así? Un torpedo de hace muchos miles de años, todavía operativo... En fin, menos mal que nuestros blindajes son ahora mejores que antes. ¡Cancelen la alerta! Sigamos rumbo a

Bolina...

Las naves prosiguen su ruta. De nuevo el sector del espacio queda vacío, excepto por unos pocos restos de dedona de tu casco. Has cumplido tu misión. Más adelante, al crucero thorbod que atacaste le fallará el motor en un momento crítico y será destruido por su presunta presa, un crucero de la flota venusina... Puedes estar orgulloso. Tu sacrificio no ha sido en vano.

FIN

HISTORIAS PERDIDAS

Santago Moro

Marek Aznar echó un nuevo vistazo a la computadora y suspiró una vez más sintiendo la misma mezcla de cansancio e impotencia que venía acompañándole desde la última materialización.

Habían acudido todos salvo Ferrer, pero eso no era suficiente; no después de saber que habían sucedido cosas importantes que iban a quedar en el olvido.

Sonrió con amargura... ¡Qué ironía! ¡Qué cruel podía llegar a ser el destino a veces!

Recordó su infancia y adolescencia unidas sin remedio a esos miles de palabras... palabras que formaban frases... frases que formaban capítulos... capítulos que terminaban por desfilar uno tras otro hasta convertirse en una historia completa.

Viajes de los Aznar...

Sus dedos recorrieron con nostalgia la suave piel de los tomos de la edición anterior, la de cincuenta y seis capítulos, divididos en dos volúmenes.

Amor, aventura, desastres, guerras, conquistas, victorias, derrotas... Pero, sobre todo, una lección de supervivencia; la de los descendientes de aquel puñado de hombres que partieron en busca de un nuevo mundo guiados por el primero de su estirpe y terminaron por vencer la barrera del tiempo, sobreviviendo al ocaso de civilizaciones y siendo testigos de acontecimientos que parecían ser un privilegio de antiguos y míticos héroes de leyenda.

Y el último de aquellos grandes almirantes, a veces aclamados y otras denostados y perseguidos, le había concedido el inconmensurable honor de ser él, Marek Aznar, quien completase la historia que tantas veces le sirvió de estímulo y le reconfortó en el lejano Atolón...

¡Maldito hiperplaneta! ¿Por qué se empeñaba en ocultar sus secretos?

Le sobresaltó el sonido de alguien golpeando la puerta.

—Adelante.

Se volvió a tiempo de ver al capitán Quintana atravesando el umbral. Su habitual

sonrisa no le acompañaba aquella vez.

—Hemos terminado.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, Marek. El crucero ha sido casi desguazado por completo buscando alguna pista o indicio que completase el diario de Fidel Aznar.

No había albergado esperanzas, pero enfrentarse a la verdad le hizo sentir más desesperado de lo que ya estaba.

—Gracias de todas formas. Agradece a tus hombres el trabajo.

—Lo haré —pareció dudar. Aquello era un signo inequívoco de que lo que iba a decir a continuación tampoco le iba a gustar—. El Senado ha decidido hace unos minutos rechazar la propuesta del almirante Aznar; partimos...

—Al menos lo intentamos, ¿no?

—Por supuesto, pero no pudo ser y el hiperplaneta será dentro de unos días tan solo un recuerdo.

—Gracias de nuevo.

Se quedó otra vez solo...

Miró el reloj; faltaban únicamente unos minutos para la hora a la que había quedado con el vicealmirante García Bilbao para entregarle los nuevos capítulos de Viajes de los Aznar. Después, el vicealmirante volvería a recuperar las ancestrales técnicas terrestres para confeccionar dos nuevos volúmenes actualizados que, merced a la magia de las máquinas Karendon, bastarían para ser reproducidos cuantas veces fuera necesario.

¿Por qué?... no era la primera vez que se lo preguntaba.

¿Por qué había regresado solo uno de los Stelar que se enviaron a rescatarles del hiperplaneta? ¿Por qué no estaban sus fórmulas actualizadas dentro de él?

Tan solo un puñado de hojas escritas con la impecable y cuidada caligrafía de su bisabuelo, Adler Ban Aldrik. En ellas, relatadas con todo lujo de detalles, las aventuras en Katum, y más adelante, el rescate de los que allí quedaron y el encuentro con los gandúes y los supuestos dioses del Olimpo.

Del relato escrito de Fidel Aznar, surgieron dos nuevos capítulos que Marek tituló Horizontes sin fin y El refugio de los dioses, y se unieron al anterior: La civilización perdida...

Sin embargo, tras la narración pormenorizada de aquellos episodios, tan solo frases sin sentido aparente, pero que parecían esconder una inquietante historia.

Con rasgos apresurados, el bundo había escrito:

«Una sociedad desquiciada sometida al poder omnímodo que rige implacablemente el destino de millones de seres con el rigor del más aborrecible absolutismo».

Tras esto, en la última hoja, dos palabras que no supo interpretar, aunque parecían

hacer referencia a algún tipo de batalla o intervención de cazas valeranos: «Escuadrón Delta».

¿Era lícito terminar por el momento Viajes de los Aznar en el capítulo cincuenta y nueve? No, a pesar de que nunca se supiese qué era lo que había ocurrido en el hiperplaneta, era necesario que las futuras generaciones supieran que, aunque irremisiblemente perdidas, habían ocurrido allí más aventuras del pueblo valerano.

—Capítulo sesenta —le dictó a la computadora—. Título: *El gran miedo*.

Se sintió satisfecho con el título que se le había ocurrido. A continuación dictó la frase que había escrito Fidel.

—Nuevo capítulo. Sesenta y uno. Título: *Escuadrón Delta* —tras pensárselo, añadió—: Escribe a continuación: A fecha de hoy, al igual que ocurre con el capítulo sesenta, no se tienen datos sobre los sucesos acaecidos, pero se ha considerado oportuno incluir esta referencia a dos episodios que permanecerán en el olvido, a pesar de que es probable que se traten de apasionantes historias de las que nunca tendremos conocimiento...

FIN

LA FLOTA VENGADORA

Enric Llobregat

La potente astronave estaba terminando con la maniobra de aterrizaje. Hacía unas pocas horas la Karendon de a bordo había materializado sin errores a la tripulación al completo.

Apenas hubo aterrizado la misma Karendon materializó a los cuatro guardianes e inmediatamente después a los 15 presos.

Los guardianes se colocaron alrededor de los presos, los cuales no eran peligrosos ni se esperaba ningún tipo de resistencia, una vez colocados llegó el comandante de la nave para dar oficialmente cumplimiento a la sentencia.

El comandante se colocó frente a los presos y les dijo:

«Profesor Kempeler, usted y sus alumnos se encuentran aquí en cumplimiento de la sentencia del Tribunal Tercero del Planeta Zavyava IV, perteneciente a la Cuarta Sección Colonial.

»Usted y sus alumnos han sido hallados culpables de Investigar los viajes en el Tiempo, actividad totalmente prohibida no solo en todas las Secciones Coloniales, sino en la propia Federación Nahumita, Redención y en todos los mundos habitados, tanto los coloniales como los antiguos.

»Aunque su delito puede perfectamente condenarse a la Pena de Muerte, dado que usted es uno de los más brillantes científicos y sus alumnos ya destacan en numerosas especialidades, el Tribunal ha optado por convencerles en vez de castigarles.

»Van a ser desembarcados en este planeta por un periodo de 30 rotaciones del mismo, equivalentes a 23 días nuestros, podrán recorrerlo libremente y a su regreso comprenderán que el Viaje en el Tiempo es y será algo prohibido por toda la eternidad».

Tras leer la sentencia el profesor y sus alumnos desembarcaron en la ocre superficie y la astronave cerró su compuerta.

El suelo que pisaban era de color ocre, con tonalidades grises y negras, alternaban

duras rocas con fragmentos polvorientos producidos por la descomposición de las rocas en contacto con la atmósfera y su humedad.

Evidentemente era suelo volcánico que formaba una inmensa llanura apenas alterada por escasos promontorios que nunca superaban los 10 metros de altura respecto a la llanura.

No se veía ningún cono volcánico que pudiera explicar aquella formación geológica, un alumno comentó que era como si todo el planeta se hubiese fundido y convertido en una masa ígnea y luego se hubiera ido enfriando lentamente.

Aunque tanto la atmósfera como el clima eran óptimos para la vida, aunque el contenido de oxígeno no superaba el 14% y abundaba el agua no había forma alguna de vida en aquel planeta muerto.

Una enorme esfera cuya superficie era toda ella una mezcla de roca fundida y cenizas más o menos metamorfoseadas por el tiempo, totalmente muerto, en contraste con el azul de su satélite, lleno de vida y donde la gente vivía cómodamente.

Ya de regreso a la astronave el comandante volvió a reunirse con ellos y les dijo:

«Bonito mundo ¿verdad? Bien, es el momento de que sepan la verdad.

»Estamos en el Sistema Solar. Acaban de estar ustedes recorriendo el Planeta Muerto, aunque hace miles de años tenía otro nombre, entonces era un mundo hermoso, lleno de vida, sus habitantes le llamaban Tierra.

»Sí, amigos, ese mundo muerto es donde el ser humano vio por primera vez la luz de las estrellas, nosotros somos descendientes en parte de ellos, en parte de nahumitas y en parte de redentores, como la mayoría de los mundos coloniales.

»Hace 45 000 años este mundo desbordaba vida, la gente vivía feliz sin preocupaciones, como nosotros en Zavyava, la guerra era algo olvidado, hoy llevamos más de 70 000 años de paz y una guerra es algo inconcebible entre los más de 12 000 mundos colonizados, por eso, ya en aquella época nadie esperaba que sucediera nada.

»Entonces sucedió, procedente de las profundidades del espacio una pequeña flota, apenas 500 buques aparecieron en las proximidades de La Tierra, debieron surgir del subespacio ya que no fueron detectados, el caso es que aparecieron y atacaron sin previo aviso con bombas térmicas, esa variedad de bomba nuclear cuya reacción se extiende en cadena y que provoca que todo el planeta acabe convertido en una masa de roca fundida.

»En apenas unos minutos el planeta estaba destruido, fundido y convertido en una esfera de lava, toda su población pereció.

»La Flota atacante iniciaba el regreso cuando fue a su vez atacada por la flotilla del Almirante Colby que estaba de patrulla al otro lado del planeta cuando sucedió el ataque, el Almirante Colby exterminó la Flota Atacante sorprendiéndose que no opusiera la menos resistencia, se dejaron destruir sin defenderse.

»Inmediatamente se proyectó la venganza, la flota del Almirante Colby fue equipada de bombas térmicas y en cuanto se calculó la procedencia de la Flota

Atacante, diez años después, su flotilla de medio millar de buques se dirigió a su objetivo, las órdenes exterminar el planeta origen de la Flota Atacante, la flota del almirante Colby se denominó: “La Flota Vengadora”.

»Además, iban a probar un sistema de viaje en el tiempo, si la teoría se cumplía llegaría al planeta atacante 10 años antes, es decir el mismo día que su flota destruyó La Tierra.

»Nunca más se supo de La Flota Vengadora.

»600 años después el supuesto planeta atacante fue explorado y posteriormente colonizado por colonos procedentes de Redención y Nahum, no había ninguna civilización en él y por tanto no era el planeta atacante, hoy se conoce ese planeta como Tejat V, en honor al explorador que lo descubrió y exploró.

»Investigando el asunto, el profesor redentor García Guzmán y el profesor nahumita Tejat descubrieron que el sistema de viaje en el tiempo de La Flota Vengadora era imposible, la teoría en que se basaba aunque correcta en la época que se formuló, era absurda en virtud de estudios posteriores, la Flota Vengadora simplemente fue arrojada fuera del espacio-tiempo y solo por una pura casualidad consiguió entrar de nuevo en el continuo espacio-tiempo diez años antes de su lanzamiento.

»Ignorando lo que había sucedido y que habían estado fuera del espacio-tiempo la Flota Vengadora apareció ante un planeta parcialmente cubierto de nubes, inmediatamente lanzaron sus bombas térmicas y observaron la destrucción del planeta, la venganza se había cumplido, ojo por ojo y planeta por planeta.

»Entonces el almirante Colby observó horrorizado el satélite del planeta que acababa de destruir y comprendió lo sucedido.

»Acababa de destruir La Tierra, la Flota Vengadora, lanzada para vengar el ataque a la Tierra era la que había atacado La Tierra diez años antes y la flota que en un minuto aparecería era su propia flota.

»Por una paradoja que aún no comprendemos el almirante Colby era al mismo tiempo atacante y defensor. El Colby de la Flota Vengadora quedó tan aterrado que ni siquiera se defendió de la flota que mandada por él mismo empezaba a dispararle.

»Y el Colby de la flota terrestre nunca imaginó que la flota atacante era su propia flota al mando de él mismo y que coincidían en el espacio-tiempo.

»La Tierra fue destruida por la misma flota que había mandado a vengar precisamente esa destrucción.

»Desde entonces se decidió no volver a habitarla, dejarla eternamente como un mundo muerto y prohibir cualquier nuevo intento de alterar el tiempo.

»Espero profesor que usted y sus alumnos hayan comprendido la prohibición y por su propio convencimiento se abstengan de nuevas pruebas en ese campo».

Treinta años después el Profesor Kempeler y su equipo alcanzaría gran fama en

todos los mundos al publicar sus investigaciones y descubrimientos titulados: «Nuevas propiedades de la dedona y sus aplicaciones prácticas».

Kempeler nunca más volvió a interesarse por el Tiempo y en siglos posteriores sería conocido y admirado por sus descubrimientos, ninguno de ellos relacionado con el Tiempo.

FIN

LA FUGA

Carlos Quintana Francia

El sol asomaba tímidamente por encima de los barracones de la parte este del campamento de esclavos de Setfons. Los pitos y los gritos de los gigantescos guardianes negros samobahos empezaban a obligar a aquellos desgraciados a ponerse en pie e ir formando en el patio central del campamento.

Met era un muchacho de unos veinte años, bajito y prematuramente calvo, que junto con sus amigos salía lentamente hacia uno de los extremos de la explanada, formando a parte de los demás. Su ocupación de panaderos les permitía huir de las duras tareas habituales, limitándose a fabricar aquella especie de bazofia a la que llamaban pan y que era la base de la alimentación del campamento.

Llevaban ya más de dos años, medidos por el cómputo terrícola, siendo esclavos del Imperio de Nahum, desde aquel aciago día en que el autoplaneta Valera cayó en sus manos y su población fue exterminada u obligada a ser esclavos de sus conquistadores.

Aquel campo de trabajo no era de los peores, ya que sus pobladores estaban empleados en tareas de cultivo y agricultura en uno de los parajes del planeta Ursus que se estaban rescatando al desierto para convertirlos en frescos vergeles donde cultivar los sofisticados alimentos tan del agrado de la nobleza nahumita.

No obstante, la cruda realidad era que los valeranos eran unos simples prisioneros y el espíritu de libertad seguía anidando en sus corazones, si bien los intentos de fuga eran muy escasos puesto que el campamento y sus huertos estaban separados del resto del planeta por más de dos centenares de kilómetros de desierto, imposible de atravesar con los medios de que disponían.

Mientras el grueso de los esclavos era sometido al interminable pase de lista de cada día, Met y sus amigos acabaron rápidamente con aquellas formalidades y se dirigieron al barracón donde estaban situados los hornos y las panaderías, preparándose a empezar una vez más la aburrida y monótona tarea cotidiana.

—¡Ya estoy harto de esto! —exclamó por enésima vez Ros, uno de los

compañeros de Met—. Voy a pedir que me trasladen a un equipo de trabajo, para poder salir de aquí de una condenada vez.

—Sí, hombre... Y vas a deslomarte trabajando en las zanjas en vez de estar aquí descansado y bien comido.

—Pues digo que ya estoy harto. Y me quiero ir, como hizo Pere hace unos meses...

—Ese sí que tuvo suerte —intervino otro de los del grupo—. Aún no sé cómo se lo arregló, pero alguien lo sacó de aquí y sin problemas... ¿Qué se habrá hecho de él? Tú deberías saberlo, Met, puesto que era tu cuñado.

—Ya os he dicho que no tengo ni idea. Solo sé que mi hermana le había enviado algunos recados diciéndole que estaba tratando de que lo sacaran de aquí y que pudiera irse a otro destino mucho mejor, pero no sé nada más...

—Eso es muy sospechoso —intervino otro de los panaderos mientras empezaban a encender los grandes hornos en que iba a cocerse el pan—. Para mí que tu hermana está en un grupo de traidores y se ha llevado a Pere con ella...

—¡Cállate o me las vas a pagar todas juntas! —saltó Met enfrentándose airadamente con el que acababa de hablar, a pesar de que este le sobrepasaba al menos en una cabeza—. No tienes derecho a decir esto. Sabes que mi hermano Martí murió hace poco y que Lorenzo está internado en uno de los campos de alta seguridad. No te atrevas a hablar mal de mi familia.

—Vale, vale... No os peleéis —intervino conciliador el llamado Ros, que era una especie de jefe del grupo, quizás porque había sido sargento en el Cuerpo de Intendencia—. Dejaros de chorradas y preparad los panes en los que hemos de esconder las armas. No podemos esperar más a efectuar el cambio.

Este último comentario era debido a que el grupo de amigos llevaba todo el tiempo sobreviviendo un poco mejor que sus compañeros gracias a que al principio de su cautiverio habían podido ocultar varias pistolas de lujo, del modelo usado por los generales y almirantes, en el interior de algunos grandes panes que si bien presentaban un aspecto bastante feo y arrugado, habían resultado ser unos estupendos escondites para guardar aquellos tesoros que, convenientemente administrados entre sus guardianes, les habían permitido sobrellevar con bastante comodidad las épocas de penuria y conseguir algunas otras ventajas.

De todos modos y a pesar de la encarnizada defensa que acaba de hacer de su cuñado, Met no acababa de entender que había pasado con él. Simplemente una noche le había dado un fuerte abrazo, en una actitud totalmente fuera de lo normal, y al día siguiente no había aparecido en el pase de lista. A través de algunos de los prisioneros que iban y venían de uno a otro campo, le habían llegado rumores de que estaba bien, pero sin poder concretar nada.

Distraído con estos pensamientos, Met iba haciendo sus tareas de cada día, cuando fue sorprendido por una llamada de los altavoces que exigían su presencia en el cuerpo de guardia.

No era cuestión de hacer esperar a los nahumitas, por lo que intentando pensar que era lo que podía haber hecho de malo y por qué le llamaban, se limpió las manos en el pantalón, se arregló los pocos cabellos que le quedaban y se dirigió presuroso a la entrada del campo.

Al llegar allí le hicieron pasar a una habitación pomposamente llamada sala de visitas, donde se encontró frente a un nahumita, bajo y rechoncho, de mirada huidiza, que sin más preámbulos le preguntó:

—¿Tienes una hermana llamada Lola y su marido se llama Pere?

—Sí, es cierto. ¿Sabe usted algo de ellos? —inquirió ansiosamente Met.

—Ciertamente. No te preocupes. Están bien, muy bien. Fueron asignados a un campo especial de investigaciones agrícolas y están muy bien relacionados...

Met se quedó sin saber que decir, esperando que aquel hombre continuara explicándose, pero este parecía estar bastante nervioso y cambiando de tema, precisó:

—Pero no estoy aquí para hablar de ellos. Ya tendrás ocasión de que te lo cuenten ellos mismos.

—¿Ellos mismos...? ¿Es que van a traerlos aquí...?

—No exactamente —sonrió levemente el nahumita—. Serás tú el que vayas a reunirte con ellos.

Y ante la cara de extrañeza de Met, continuó, bajando la voz en un tono conspirador:

—«Verás. No hace falta entrar en detalles. Bástate saber que formo parte de una organización que ayudamos a esclavos a huir de los campos de concentración, a cambio de unos honorarios y compensaciones que ahora no viene al caso, pero que en esta ocasión tu familia y sus amigos están dispuestos a pagar.

»Y no perdamos más tiempo. Escucha atentamente porque no voy a repetirlo dos veces... Se trata de que esta noche tienes que escaparte atravesando las alambradas y yo te recogeré en un coche en aquella colina que se ve allí a la derecha. Después te llevaré con tu familia y a partir de ahí ya no es cosa mía. ¿Entendido...?».

Met estaba totalmente asombrado y solo se le ocurrió preguntar:

—¿Y cómo me escapo?

—Eso es cosa tuya. No tendría que serte difícil. La vigilancia es bastante floja, ya que cualquiera que consiguiera fugarse perecería sin duda intentando atravesar el desierto. Pero precisamente para que no ocurra eso es para lo que estoy yo aquí. Y no sigamos hablando que ese otro centinela nos está empezando a mirar demasiado y no quiero líos. Así que, ¡hasta la noche!

Y diciendo esto, el nahumita se puso en pie y con paso rápido abandonó la sala, dejando al joven valerano sumido en un mar de confusiones, de las que le sacó un rudo empujón del centinela, gruñendo que había terminado la entrevista y que volviera al trabajo.

Met regresó lentamente a la panadería, donde fue abordado por la totalidad de sus amigos, curiosos por saber el motivo de que le hubiesen llamado.

—Menos mal que has regresado sano y salvo —comentó aliviado el sargento Ros—. Es la primera vez que alguien va allí y no vuelve con un ojo morado o algo peor. Dinos, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué querían de ti...?

El joven dudó unos instantes pero terminó con contarles con todo detalle lo que había sucedido, para terminar resumiendo:

—Y la verdad es que no sé qué hacer... ¿Y si es una trampa?

—Una trampa... ¿para qué? Yo me inclino a creer que es verdad y que has de aprovechar la ocasión —aconsejó Ros.

—Y si no lo haces tú, lo hago yo —añadió otro.

—Pero, y eso de tu familia... No sé, no sé... Parece bastante sospechoso.

—No creáis —intervino por primera vez Martí, uno de los panaderos que hasta entonces no había dicho nada. Yo he oído hablar de algunos casos parecidos. Parece ser que entre los nahumitas hay efectivamente gente que ayuda a los esclavos a fugarse, a cambio de determinadas compensaciones.

—¿Compensaciones...? ¿De qué tipo...? ¿Sexuales? —ironizó Velandro, el mismo que a primera hora había insinuado que Pere podía ser un traidor—. ¿Qué tal está tu hermana?

Esta vez la respuesta de Met fue un fuerte puñetazo en el estómago de su compañero, que se dobló en dos expirando ruidosamente todo el aire de sus pulmones, para recuperarse casi enseguida e ir a saltar encima suyo, si bien el resto del grupo intervino a tiempo y evitó que aquello degenerase en una verdadera pelea.

—¡Ya está bien! —saltó el sargento—. Estaros quietos de una vez, que todavía vais a llamar la atención de algún negro de esos y vamos a acabar todos mal. Y tú, pídele excusas a Met.

—Sí, tienes razón —admitió Velandro—. Me he pasado. Perdona chico, es que estamos todos nerviosos.

—Bueno, asunto zanjado —resumió Ros—. Y ahora sigamos trabajando mientras comentamos todo esto, que si no, tendremos problemas con el capataz. ¿Qué piensas hacer, Met?

—Pues ya lo he decidido; me escaparé. No creo que tenga nada que perder, y si sale bien...

—Pues hay pensar como lo haces.

—Me parece que tengo una idea —intervino de nuevo el taciturno Martí—. Yo a veces he pensado en cómo podría largarme de aquí y he estado estudiando las alambradas y creo que tengo una solución. No lo he probado nunca porque la verdad es que no sé qué haría una vez fuera de aquí, en medio de este condenado desierto.

—A ver, a ver... Dejad que se explique el Torero —se medio burló Velandro.

—Eso, eso... ¿Qué dice Morenito del Ampurdán?

—No les hagas caso, Martí —intervino Met—, y cuéntame que es lo que tenías pensado.

—No te preocupes, que no les hago caso. Pero si un día llego a ser famoso, ya

vendréis a mí, ya...

«Y a lo que iba. He observado que por detrás del barracón número siete pasa una especie de arroyo que no suele llevar agua salvo cuando llueve. Y yo diría que al atardecer sería fácil para una persona, sobre todo si es pequeño como tú, arrastrarse por allí y salir fuera».

—¿Y los centinelas?

—No suelen estar demasiado atentos. Sería cuestión de vigilar y avanzar poco a poco cuando no miren.

—En eso podemos ayudarte nosotros —sugirió Velandro—. Podríamos estar cantando por allí cerca y como esos negros samobahos no entienden nuestro idioma, te podríamos ir diciendo cuando has de avanzar y cuando quedarte quieto.

—Buena idea. Vayamos a ver dónde está ese arroyo.

—¡Eh, alto ahí! Esperad a la hora de la comida —intervino el sargento—. Nos estamos retrasando y como el capataz se cabree se va a ir todo el plan a freír morcillas, Así que, ¡a trabajar!

Reconociendo que Ros tenía razón, el grupo se dispersó, regresando cada uno a su puesto e intentando recuperar el tiempo perdido, aún a costa de que el pan, ya bastante malo de por sí, saliese crudo y peor que de costumbre.

Durante todo el resto de la mañana, Met no dejó de darle vueltas a lo ocurrido, tratando de imaginar planes alternativos pero sin que se le ocurriera ninguno viable, hasta que finalmente la hornada quedó terminada y todo el grupo se dirigió hacia el lugar elegido.

Y efectivamente, la descripción facilitada por Martí Torero era correcta y parecía factible arrastrarse por aquella especie de zanja cubierta de matorrales, atravesar las diversas alambradas por debajo y llegar hasta cerca de las plantaciones que rodeaban el campo. Quedaban tan solo unos cincuenta metros al descubierto y era cuestión de confiar en que los centinelas más cercanos estuviesen distraídos.

—Mira, Met. Nosotros nos pondremos ahí, junto al barracón, durante la hora de la cena e iremos cantando o hablando en voz alta y entre la letra de la canción te iremos diciendo cuando has de agacharte y cuando has de avanzar.

—Y si hace falta y vemos que la cosa se pone fea, montamos una buena pelea y seguro que el centinela nos mira y no se fija en ti.

—De acuerdo —aceptó Met—. Voy un momento al barracón a ver si me llevo algo conmigo y nos vemos dentro de un rato.

La tarde transcurrió con desesperante lentitud, hasta que la sirena anunció la hora de la cena, durante la cual los esclavos, terminadas ya las faenas del día, solían pasear por el campo o juntarse en pequeños grupos hasta que el toque de retreta ordenaba silencio.

Met y sus compañeros se reunieron junto al barracón escogido, dedicándose durante un rato a observar a los centinelas más cercanos, los cuales se paseaban lentamente a lo largo de medio centenar de metros cada uno, dando la vuelta

precisamente al llegar al cauce del arroyo seco. Ambos iban provistos de un fusil eléctrico, rematado en una anticuada pero eficaz bayoneta. A veces uno o los dos estaban mirando en aquella dirección, pero en otras muchas ocasiones los dos estaban de espaldas y eran esos los momentos que convenía aprovechar.

La tarde iba cayendo, las sombras invadían el campamento y de un momento a otro podía sonar la sirena anunciando la hora de retirarse a los barracones.

—No podemos esperar más —comentó nerviosamente Met—. Allá voy. Deseadme suerte.

—Espera un poco. Danos tiempo a iniciar nuestros cantos, no vaya a ser que a alguno de estos tíos no les guste la cosa y nos haga callar. Va, muchachos. Una, dos, tres...

Y los cinco amigos se alejaron un poco de la alambrada y empezaron a tararear una popular canción originaria de la Tierra, de la región de donde procedían sus familias, la antigua Cataluña, al sur del continente europeo.

Poco a poco el volumen de sus voces empezó a subir y entre carcajadas y empujones, seguían cantando «*Baixant de la Font del Gat, una noia, una noia. Baixant de la Font del Gat, una noia i un soldat*».

No eran ellos los únicos que armaban jaleo en el campamento, bastante ruidoso a aquella hora, y los negros samobahos se limitaron a echarles un par de miradas indiferentes y seguir con su monótono paseo.

—*Baixant de la Font del Gat, ahora Met, que no mira. Baixant de la Font del Gat, date prisa... ¡párate, que mira! Baixant... continúa un poco más. ¡Alto, quieto... sigue, sigue! ¡... una noia i un soldat!*

La canción continuó durante un par de minutos, hasta que coincidiendo con la última estrofa, los valeranos vieron como Met daba una última y rápida carrera y desaparecía echándose de bruces entre los sembrados.

—Bueno, esto ya está. Vámonos a dormir y a ver qué ocurre mañana.

—Id vosotros —puntualizó Ros—, yo voy que pasarme por la panadería y dar algunas instrucciones para ver si mañana podemos disimular en lo posible la fuga de Met. Como más tarden en descubrirla, más posibilidades tiene de poner tierra por medio.

—Yo no me preocuparía —contradijo Velandro—. Imagino que ese hombre, el nahumita, debe disponer de un buen vehículo y al amanecer estarán ya lejos de aquí.

—Dios te oiga... Hasta luego.

Media hora después en el campo de prisioneros reinaba un profundo silencio y mientras tanto Met había llegado a la colina indicada, que era una pequeña elevación de unos cincuenta metros cuya cima estaba cubierta por un bosquecillo, en cuyo centro discurría la estrecha carretera secundaria que comunicaba el campo de prisioneros con el campamento de los guardianes.

Las noches eran frías y el valerano se encogió detrás de unos matorrales, en espera de la llegada del coche que debía llevarle a la libertad.

Pero algo extraño ocurría. La subida a la colina era bastante pronunciada y varios de los automóviles o camiones que pasaban por allí iban despacio y casi se detenían cuando les faltaba poco para llegar a la cumbre, por culpa de la fuerte pendiente y posiblemente la escasa potencia de los motores, ya que los vehículos de que disponían los guardianes del campo no eran precisamente de los últimos modelos.

Alguno casi llegaba a pararse del todo, pero Met no se atrevía a salir de su escondite, ante el temor de que no fuera el coche del nahumita y cayera en manos de un grupo de guardianes que regresaban a su campamento o algo parecido.

Y así fue pasando la noche, con un tráfico cada vez menor y sin que ninguno de los vehículos que ascendían por la cuesta llegara a detenerse del todo, hasta que por el lejano horizonte empezó a adivinarse la luz del amanecer.

Desesperado, Met no sabía qué hacer. Quedarse allí era suicida, ya que posiblemente al pasar la lista matutina se darían cuenta de su desaparición y si salían en su busca con los perros, no tardarían en localizarlo y el castigo estaba clarísimo: una muerte rápida en el mejor de los casos o un largo y doloroso escarmiento público ante todos los esclavos.

Por otra parte, el tráfico parecía haber cesado por completo y si querría regresar al campo era cuestión de aprovechar los últimos jirones de oscuridad.

No viendo otra alternativa, Met dio media vuelta e inició el descenso de la colina, deslizándose después hasta el borde los sembrados, separados por unos larguísimos cincuenta metros del cauce del arroyo, a cuyos lados seguían patrullando los gigantescos negros samobahos. Sin la ayuda de sus compañeros, la empresa de esquivar su vigilancia parecía mucho más difícil, aunque contara con el amparo de la oscuridad nocturna.

Intentando ahogar el estruendo de los latidos de su corazón, empezó a arrastrarse lentamente hacia el campo, espiando de reojo los paseos de los centinelas, hasta que cuando ya casi estaba terminando de cruzar las alambradas, uno de los negros pareció ver algo y descargándose el fusil del hombro, apuntó en su dirección, dándole el alto con fuertes voces.

Sin saber muy bien que hacer. Met se puso en pie y apretó a correr hacia el interior del campo, esperando recibir de un momento a otro la descarga mortal que pondría fin a la escapada y a su vida.

Pero posiblemente, el centinela creyó que acababa de frustrar un intento de fuga, obligando a un prisionero a regresar por donde había venido, y tras cambiar unas palabras con su compañero del otro lado, volvió a colgarse descuidadamente el fusil y reanudó sus paseos, esperando la hora del relevo. No valía la pena molestarse por la tentativa de fuga de aquel desgraciado esclavo y tampoco era cuestión de perder el tiempo haciendo un informe de la incidencia, con lo que solo lograría no tener tiempo de acostarse al final de su guardia.

Con los pulmones a punto de estallar y el corazón saliéndosele por la boca, Met llegó a su barracón y se introdujo en él, acostándose a toda prisa entre sus

compañeros, los cuales despertados por sus bruscos movimientos se quedaron de una pieza al verle de nuevo allí, iniciándose una serie de preguntas y comentarios que les mantuvieron despiertos hasta que al poco rato el aullido de la sirena puso al campo en movimiento.

Durante las primeras horas de la mañana, el grupo de panaderos no estuvo muy atento a sus tareas, no parando de intercambiar comentarios y suposiciones sobre lo ocurrido, hasta que al igual que el día anterior se escuchó por los altavoces una llamada reclamando la presencia de Met en el cuerpo de guardia, a donde este se dirigió presuroso, para encontrarse con el mismo individuo que, sin más preámbulos, preguntó con voz malhumorada:

—¿Qué te pasó? ¿Cómo es que no viniste?

—Sí que fui. Pero no vi ningún coche que se parase.

—Pues yo pasé varias veces y aflojaba la marcha casi hasta detenerme, esperando que tú darías señales de vida.

—No me atreví a hacerlo sin estar seguro, ya que eran bastantes los vehículos que pasaban muy despacio y no sabía si era el suyo o uno de los de los guardianes.

El nahumita frunció el entrecejo, como disponiéndose a decir algo desagradable, pero finalmente pareció cambiar de idea y se limitó a anunciar:

—Bueno, pues nada. Lo repetiremos esta noche, y lo que haremos es que yo me pararé arrimándome a la derecha, bajaré del coche y encenderé un cigarrillo. Entonces sales tú, subes y nos vamos. Y procura no fallar, porque no estoy por perder más tiempo aquí. De hecho tendré que inventarme algún negocio que justifique mi presencia en el campo un segundo día...

Met regresó al obrador víctima de sentimientos contrapuestos; por una parte alegría pensando en que no todo estaba perdido y que el proyecto de fuga seguía en pie y por otro lado temor y angustia al tener que repetir todo lo de la noche anterior, con el riesgo de que esta vez fuera descubierto.

Pero sus amigos reaccionaron de muy distinta manera, tomándose todo a cachondeo y haciendo bromas sobre que si Met terminaría por convertirse en una culebra experta en arrastrarse por el arroyo, que porqué no montaba un puesto de refrescos en la colina y otros comentarios por el estilo.

De todos modos, lo cierto era que la experiencia de la noche anterior no iba a ser en vano y que esta segunda vez todo funcionó a la perfección. Nuevamente el sargento y sus compañeros se reunieron junto al barracón número siete entonando desafinadas canciones cuarteleras y, siguiendo sus indicaciones, Met consiguió deslizarse fuera del campo sin ninguna dificultad.

A pesar de este éxito inicial, durante las siguientes horas el joven valerano fue poniéndose cada vez más nervioso, ya que el tráfico era relativamente intenso y ningún coche se detenía. Incluso llegó a pensar si es que se había confundido de colina, puesto que no era aquella la única elevación de los alrededores y la idea de tener que volver a entrar en el campo se le antojaba monstruosa.

Pero finalmente, muy pasada ya la medianoche una camioneta frenó suavemente junto a la cuneta y su ocupante abrió la puerta, bajo lentamente, se desperezó y con parsimonia empezó a encender un cigarrillo, momento en el cual Met salió corriendo de su escondite y reconociendo la cara del nahumita gracias a la llama del encendedor, anunció con alegría:

—¡Ya estoy aquí!

—Perfecto. Sube y vámonos cuanto antes, que ya es tarde. No he podido venir antes porque el negocio que justifica mi presencia aquí se me ha prolongado más de la cuenta.

Met reparó entonces en el fuerte aliento alcohólico exhalado por el nahumita, pudiendo imaginar así que el negocio debía haber terminado con una buena juerga, pero no era este un asunto de su incumbencia, siempre y cuando aquel hombre estuviera en condiciones de conducir sin salirse de la pista. Tendría gracia que la aventura terminase en un estúpido accidente de tráfico...

—Bueno, pues súbete ahí detrás y escóndete entre las cajas. Cuando estemos más lejos te daré ropas para que te cambies, pero ahora hay que irse cuanto antes de aquí.

Y empujándole hacia la parte trasera de la camioneta, lo hizo entrar en ella, cerró la trampilla posterior y regresando a la cabina delantera arrojó el cigarrillo a la carretera, cerró estrepitosamente la portezuela y partió a escape, haciendo que Met cayera inesperadamente en medio de las cajas y demás bultos que llenaban la furgoneta...

* * *

Y hasta aquí llega esta narración. El resto ya no ofrece ningún interés, puesto que Met se reunió con su hermana y su cuñado y camuflado allí entre los demás trabajadores agrícolas, pudo esperar cómodamente el final de la guerra.

No obstante sí hay un detalle que nos gustaría comentar. Quizás más de un lector al ir siguiendo las aventuras de Met, entrando y saliendo del campo de concentración como la cosa más natural del mundo, haya pensado que vaya una fantasía más exagerada, que qué imaginación la del autor, que esto solo ocurre en las novelas, etc., etc...

Y no es así.

Los sucesos de esta historia son completamente reales. Sitúese el campo de Set Fonts en el sur de Francia en el año 1939, y cámbiense los esclavos valeranos por soldados fugitivos del derrotado Ejército Republicano y tendremos el escenario real.

Met era en realidad Jaume Quintana Cros —Jaumet, o Met para los amigos—, y también son auténticos el sargento Ros, Martí Torero, frustrado aspirante a matador

de toros, el Velandro y los demás compañeros del protagonista, el cual después de pasar varios meses en la masía de su hermana Lola y su cuñado Pere, pudo finalmente regresar a España, casarse y tener dos hijos, el mayor de los cuales es el que ha escrito esta historia, como homenaje a la memoria de su padre y de todos los que como él tuvieron que sufrir involuntariamente las penalidades de un forzado exilio.

FIN

LLEGADA AL IMPERIO DE NAHUM

Carlos Quintana Francia

Capítulo I

UN ENCUENTRO INESPERADO

El capitán Makot, de la Armada Imperial de Nahum, abandonó su camarote para dirigirse a la sala de derrota del crucero bajo su mando. Tenía la cabeza todavía embotada por los efectos del fuerte licor que había tomado la noche anterior hasta poder conciliar el sueño. Esta circunstancia no hacía más que incrementar la irritabilidad que desde hacía varios días se estaba apoderando de él. Y lo peor era la seguridad de que no ser el único tripulante del navío sideral que se hallaba en aquel estado de ánimo.

Llevaban ya dos meses patrullando por los confines del sistema solar formado por los once planetas de Nahum, confinados en los estrechos límites de su nave y este forzoso aislamiento había ido agriando el carácter de todos y cada uno de los tripulantes. En las últimas semanas se habían producido varios enfrentamientos entre algunos de los astronautas, que culminaron el día anterior en una auténtica pelea entre dos sargentos, como consecuencia de la cual uno de ellos se encontraba ingresado en la enfermería afectado por una fuerte conmoción cerebral, de la que seguramente no saldría con vida.

Se imponía un consejo de guerra y precisamente las preocupaciones del capitán Makot se centraban en decidir si lo mejor sería conseguir una sentencia de muerte y dar así un escarmiento al resto de la tripulación tanto del propio crucero como de los otros cuatro buques que integraban la flotilla.

Episodios como aquel eran relativamente frecuentes en patrullas de larga duración, lejos de toda base donde los astronautas pudiesen relajarse y romper la tediosa monotonía que caracterizaba aquel tipo de patrullas por las últimas fronteras del Imperio. Eran días y días, semana tras semana, medidos tan solo por los relojes de a bordo, sin otras ocupaciones que las rutinarias comprobaciones de los diversos ordenadores y demás aparatos de control y sin que ningún incidente pareciese justificar su misión y las molestias que ella les ocasionaba.

Muchos oficiales opinaban que aquellas patrullas de vigilancia eran absurdas. El Imperio de Nahum era el dueño absoluto de todos los mundos habitables de aquel sistema y la mayoría de los astronautas preferían estar de guarnición en alguno de los

planetas dominados o viviendo cómodamente en la metrópoli, antes que participar en aquellas aburridas misiones. El espíritu guerrero que en otro tiempo había sido el carácter dominante de los nahumitas, había ido diluyéndose en los últimos tiempos. Hacía ya muchos años que las únicas guerras eran para reprimir conatos de rebelión de los demás planetas del Sistema, lo que para la potente Armada de Nahum solía ser un simple paseo militar.

El último episodio importante fue cuando una flota interplanetaria integrada por cuarenta gigantescos autoplanetas, partió en persecución de sus seculares enemigos, los thorbods u hombres grises, a los que se suponía refugiados en un lejano sistema solar. De aquello hacía ya más de cien años y las únicas noticias que se habían recibido eran algunos cruceros aislados que regresaron conducidos por sus pilotos automáticos, sin ningún tripulante vivo, o al menos eso se decía. El Alto Mando nahumita había guardado un absoluto silencio sobre la información que hubiesen podido encontrar a bordo de aquellos navíos.

La única reacción visible fue un incremento en la vigilancia externa del Sistema y el envío de varias pequeñas expediciones, la mayoría de las cuales iban regresando sin ninguna novedad apreciable.

Y en una de esas misiones de vigilancia era donde se encontraba actualmente la escuadrilla del capitán Makot, orbitando a varios miles de millones de kilómetros de Nahum, solos en medio del espacio y casi fuera del alcance de las emisoras de radio del resto de la Armada. La comunicación se establecía a través de otras patrullas menos alejadas y la consecuencia de todo ello era aquella sensación de aislamiento que había motivado los incidentes de las últimas semanas.

Faltaban aún más de quince días para la llegada del relevo y la principal preocupación del capitán Makot era mantener la disciplina hasta ese momento. Quizás una sumaria ejecución ayudaría a ello... Pero súbitamente, sus pensamientos fueron interrumpidos por un aviso proveniente de los altavoces, reclamando su presencia en la sala de derrota.

En unas rápidas zancadas, Makot recorrió los últimos metros de pasillo que le faltaban y entró en el puesto de mando. El oficial de guardia, la Teniente Eola salió rápidamente a su encuentro, diciendo con voz excitada:

—A sus órdenes, Capitán. Acabamos de detectar unos contactos procedentes del espacio exterior. Aún es difícil de concretar, pero parece tratarse de algún tipo de buques siderales. Se dirigen directamente hacia aquí.

—Tranquilícese, Teniente. ¿Cómo los hemos detectado?

—Por medio de los telescopios electrónicos de largo alcance. Parecen ser transparentes al radar, al menos a esa distancia.

—¿Han comunicado algo desde el resto de la escuadrilla?

—Todavía no...

—¡Pues pónganse en contacto con ellos! ¿Es que están dormidos o qué? Y haga sonar la señal de alarma. Que todo el personal se dirija a sus puestos.

A los pocos minutos, los cinco cruceros se hallaban en situación de máxima alerta y todos sus sistemas de detección estaban siendo dirigidos hacia aquellos desconocidos contactos y los resultados no se hicieron esperar, ya que los detectores de neutrinos evidenciaron la presencia de reactores nucleares en funcionamiento.

—No hay duda; se trata de navíos —aseguró la teniente Eola.

—Sí —convino Makot—. ¿Pero serán nuestros o no...? ¿Se capta alguna señal por radio?

—Todavía no —repuso el oficial de comunicaciones, teniente Surco—, pero estamos intentándolo por todas las bandas y frecuencias.

—Siga intentándolo. Y mientras tanto trate de establecer contacto con la estación repetidora. Hemos de dar aviso al almirante.

«Ordene a la escuadrilla que se disperse, en formación V2. El Imalay que se quede en retaguardia, sin seguir avanzando. Los demás, sigamos adelante pero despacio. Y no se concentren solo en ese contacto y sigan explorando en todas direcciones».

A pesar de la actividad que empezaba a desarrollarse en la flotilla nahumita, los buques desconocidos proseguían su marcha aparentemente con el mismo rumbo y velocidad, lo que indujo a la teniente Eola a preguntarse en voz alta:

—¿Nos habrán detectado ellos también?

—Quizás no. Nosotros también somos transparentes al radar y con todo el sistema solar detrás de nosotros, es posible que no hayan reparado en cinco insignificantes puntitos... O quizás no van tripulados. En fin, ya veremos. Sigam extremando las precauciones.

Los minutos fueron pasando lentamente, mientras ambos grupos iban acortando distancias. El capitán Makot no tenía muy claro si su actitud era la mejor. Aquellos supuestos buques tanto podían ser nahumitas como totalmente desconocidos o quizás fuesen enemigos. En los dos primeros casos su actitud sería la correcta, pero si fuesen thorbods o de alguna otra raza por el estilo, quizás les atacasen súbitamente con armas más potentes que las suyas. De ahí la idea de retrasar uno de sus cruceros para que desde una distancia prudencial observara lo que pudiera suceder.

De todos modos estaba dispuesto a correr el riesgo, ya que si aquella flotilla era de origen desconocido y él fuese el comandante que estableciera el primer contacto, sin duda se le abrirían una amplia serie de posibilidades de fama y ascensos.

Nuevamente sus pensamientos fueron interrumpidos por el oficial de comunicaciones.

—¡Estamos recibiendo señales, capitán!

—¿Qué idioma hablan? ¿Quiénes son?

—Aún es pronto para saberlo. Solo captamos débiles señales como de estática, pero moduladas. Yo diría que es algún tipo de lenguaje humano; desde luego no son simples señales electrónicas codificadas...

El tiempo seguía transcurriendo, mientras del altavoz conectado al receptor de

alta sensibilidad, continuaba emitiendo sonidos, cada vez más claros.

Y poco a poco, empezaron a escucharse algunas combinaciones silábicas, pero sin ningún significado para el Capitán ni para nadie de su tripulación.

Pero de repente, el ritmo tranquilo de aquella voz, ya que de sin duda se trataba de una voz similar a la humana, varió radicalmente, pasando a un tono mucho más excitado, al mismo tiempo que empezaba a observarse una variación en la disposición de la formación de aquellos desconocidos.

—Capitán, el objetivo está disminuyendo su velocidad, al mismo tiempo que parecen estarse separando entre si —informó la teniente Eola—. Ahora podremos empezar a detectar de cuantos buques se trata y de qué modelo son.

Como queriendo corroborar lo dicho por la teniente, la impersonal voz del serviola electrónico, anunció:

—Formación no identificada por proa. Contabilizados un total de diez buques. Dimensiones estimadas: uno de tamaño doble de nuestros cruceros, tres similares y seis más pequeños. Velocidad estimada treinta, disminuyendo.

Las ansiosas miradas de los oficiales nahumitas se dirigieron a las pantallas de observación directa, en las que los aquellos buques se reflejaban como unos puntos rojos. A los pocos momentos, vieron claramente que estaban ejecutando una maniobra similar a la suya, ya que la mitad de ellos volvió a acelerar, mientras que los demás se dividían en dos grupos que se apartaban en direcciones opuestas.

—Capitán: se ha interrumpido la transmisión. Sin duda han variado de frecuencia.

—No importa: empiecen a emitir por la frecuencia anterior solicitando que se identifiquen. Y que el Imalay se vaya alejando de nosotros, mientras sigue intentando comunicarse con la estación de enlace.

—Estamos en ello, capitán. Pero a la distancia que nos encontramos, aún en el caso de que hayan recibido ya nuestras señales, tardaremos todavía algunos minutos en recibir la respuesta.

Repentinamente, el altavoz volvió a dar señales de actividad, surgiendo de él una serie de palabras claramente articuladas en un idioma desconocido, rico en vocales, pero sin ningún sentido para los nahumitas.

—Capitán —informó el oficial de comunicaciones—, yo diría que se trata de un mensaje grabado... y que ahora han cambiado de idioma.

—Pues esperad y no respondáis nada todavía. A ver si antes averiguamos algo más.

Y como obedeciendo a sus deseos, tras una breve pausa, del receptor surgieron una serie de sonidos guturales que hicieron palidecer a todos los presentes.

—¡Thorbods! ¡Tiene un acento raro, pero sin duda es el idioma de la Bestia Gris!

—¡Son enemigos! ¡Hay que huir enseguida!

Una frenética actividad pareció apoderarse del personal de la cámara de derrota, prorrumpiendo a hablar todos a la vez, hasta que el capitán Makot logró restaurar la disciplina.

—¡Callaros de una vez! Con este griterío no he podido entender casi nada de lo que decían. Volved a vuestros puestos y prepararos para el combate...

Pero de repente el idioma del altavoz volvió a cambiar, siendo sustituido ahora por una voz femenina que en un nahumita bastante correcto, proclamaba:

—¡Atención a quien nos esté escuchando! Al habla el acorazado Monterrey, de la Armada Sideral Valerana. Venimos en son de paz. Estamos utilizando todos los idiomas que conocemos. Si nos entienden respondan identificándose. Permaneceremos a la escucha durante un minuto.

Los rostros de los oficiales nahumitas evidenciaban un total desconcierto, mientras se miraban los unos a los otros. Y fue el capitán Makot quien nuevamente se hizo cargo de la situación, al tiempo que se preguntaba en voz alta:

—¿Armada Valerana? ¿Quién serán esos?

—Sin duda son humanos, al menos la mayoría de los idiomas que han utilizado parecen serlo. De hecho el thorbod sonaba muy mal —comentó el teniente Surco.

—Ahora lo veremos —aseveró el Capitán—. Pásame el micrófono y conéctame a esa misma frecuencia.

Y a los pocos momentos, tras un nervioso carraspeo, continuó:

—¡Atención! Aquí el crucero Manag de la Flota Sideral del Imperio de Nahum. Acabamos de recibir su mensaje. Debemos comunicarles que se encuentran ustedes es los dominios del Gran Señor de los Cielos y Planetas. Deténganse y prepárense para ser identificados e inspeccionados.

Con estas palabras el capitán Makot manifestaba una seguridad que estaba muy lejos de sentir. Por una parte ignoraba la potencia real de aquellas astronaves y por otro lado estaba en inferioridad numérica. Pero su orgullo nacional le había dictado instintivamente aquella parrafada y una vez terminada se quedó en espera de una respuesta que no se hizo esperar.

—Aquí el acorazado Monterrey. Le habla el capitán Azpeitia. Venimos en son de paz. Pertenece a la Armada Valerana y formamos parte de las avanzadillas enviadas por nuestro autoplaneta para establecer contactos amistosos con el Imperio de Nahum. No tenemos ninguna intención de violar sus fronteras, por lo que vamos a detener nuestra marcha y les sugiero que podríamos establecer un primer intercambio de impresiones, en tanto nuestros respectivos mandos deciden los próximos pasos a seguir. Es para nosotros un orgullo haber sido los primeros en hablar con ustedes y confiamos en que estos sea el principio de una larga amistad entre nuestros dos pueblos.

Aquellas palabras tranquilizaron un poco a los oficiales del Manag, aunque no tardaron en darse cuenta de que los desconocidos parecían conocer perfectamente la existencia del Imperio de Nahum, tal como se deducía del conocimiento de su idioma y del hecho que parecían haber estado buscando aquel encuentro.

Con una sensación de que estaba dejándose llevar por los acontecimientos, el capitán Makot ordenó a otro de sus buques que retrocediera hacia el centro del

sistema, mientras los cuatro restantes continuaban su marcha hacia los extraños visitantes. Por su mente seguían desarrollándose los mismos pensamientos de hacía un rato: si conseguía ser el primer oficial nahumita en ponerse en contacto personal con aquellos «valeranos», su carrera estaba encarrilada.

Consecuentemente volvió a empuñar el micrófono y anunció:

—Soy el capitán Makot, comandante de esta escuadrilla. Agradezco sus palabras y sus buenas intenciones. Pero comprenderán que es mi deber ordenarles que no deben continuar profundizando en nuestros dominios. No obstante, creo que sería muy conveniente tener un contacto más directo, por lo que pueden ustedes enviar un bote hacia nosotros con tres oficiales, para así conocernos personalmente.

Pero repentinamente otra idea pasó por su imaginación. Estaba dando por supuesto que se trataban de seres humanos como ellos, pero no tenía ninguna evidencia de que fuera así. Tan solo unos minutos antes, había creído que eran thorbods y quizás todo fuera una trampa o una maniobra destinada a ganar tiempo, por lo que dirigiéndose a sus oficiales, preguntó:

—¿Aún no tenemos respuesta del centro de enlace? Asegúrense de que reciben una completa información de lo que está pasando.

Y dirigiéndose de nuevo al lejano Monterrey, que a pesar de lo dicho seguía acercándose a ellos, continuó:

—¡Atención, Monterrey! Les he ordenado que no sigan avanzando. ¡Deténganse! Además creo que sería conveniente que pudiéramos intercambiar imágenes. ¿Pueden enviarnos señales de vídeo?

—Desde luego. Precisamente hemos continuado avanzando con ese objeto. Estamos enviando señales por diversas frecuencias, pero veo que no nos reciben, ni nosotros tampoco a ustedes. Le sugiero que se pongan en contacto nuestros técnicos.

Así se hizo y pocos minutos después, ambas formaciones se hallaban detenidas, una frente a otra, mientras en las respectivas pantallas empezaban a perfilarse unas imágenes cada vez más nítidas.

En las pantallas nahumitas pudo verse la monstruosa figura de una voluminosa escafandra que remataba una completa armadura de vacío, similar a las que ellos mismos lucían en aquellos momentos ante la situación de zafarrancho de combate que se había establecido.

Lentamente Makot subió sus manos hasta la embocadura del casco y con una leve presión en los puntos adecuados, lo hizo girar y seguidamente se despojó de él, dejando al descubierto su severo rostro, sobre el cual intentó dibujar, sin demasiado éxito, una sonrisa de bienvenida.

Casi inmediatamente, la figura de la pantalla hizo lo propio y en el lugar de la escafandra apareció una simpática faz rematada por una rubia cabellera. Su roja y gordezuela boca, unida a unas barbilampiñas mejillas, no dejaban lugar a dudas sobre el sexo del comandante valerano, el cual para terminar de aclarar cualquier duda, volvió a presentarse a sí mismo, diciendo:

—Soy la capitana de navío Mercedes Azpeitia, de la IV Flota Sideral Valerana. Como pueden ver somos seres completamente humanos, idénticos a ustedes. Agradezco su invitación, pero creo que por ahora será más prudente que permanezcamos cada uno en nuestros propios buques, en tanto comunicamos lo ocurrido a la superioridad. No dudo que en breve tendremos aquí a algún oficial autorizado para iniciar contactos diplomáticos y confío en que por su parte puedan disponer también de algún interlocutor adecuado.

Esta negativa a un contacto más directo no hizo más que hacer crecer el deseo de Makot de aumentar su protagonismo en este encuentro, por lo que desoyendo los consejos de la prudencia, se ofreció a ser él mismo quien se desplazara al navío valerano, pero volvió a tropezar con la negativa de su interlocutora, por lo que no le quedó más remedio que seguir a la expectativa, pero manteniendo su firme intención de gozar de un puesto de primera fila en los acontecimientos que sin duda, iban a producirse en breve.

Capítulo II

RECORDANDO EL PASADO

El gran salón relucía esplendorosamente, con millares de reflejos que desde las lámparas de araña que se hallaban suspendidas de sus bóvedas, se reflejaban en las esbeltas columnas y en las pulidas losas del suelo.

Reclinado en su diván, el Gran Tass, Señor de los Cielos y Planetas, paladeaba una copa de licor, mientras sus miradas se posaban distraídas sobre las danzarinas que se movían sensualmente al compás de la música cuyos ecos parecían llenar todo el espacio interior. Perezosamente alargó su enjoyada mano hacia el brazo de la espléndida mujer recostada a su izquierda, cuando su gesto fue interrumpido por la presencia de uno de los edecanes que respetuosamente se inclinaba a sus espaldas, murmurando balbucientes excusas.

—¿Qué ocurre, para que os atreváis a importunarme en pleno festejo? —gruñó en voz baja el Gran Tass.

—Perdonad, Señor. Pero el almirante Epaminón desea hablar urgentemente con Vos.

—Espero por su bien que sea algo muy importante. Que pase.

—Perdonad otra vez, Señor. Pero el Almirante solicita hablaros en privado.

El Emperador giró lentamente la cabeza, con una nueva expresión en sus ojos. Aquella petición era muy poco corriente y sin duda el almirante Epaminón, jefe supremo del Estado Mayor, debía tener muy poderosas razones para interrumpir a su señor, a altas horas de la noche. Comprendiéndolo así, el Gran Tass se levantó lentamente y adoptando una expresión seria y adusta, abandonó silenciosamente la sala ante el desconcierto de sus cortesanos.

Una vez fuera del gran salón, aceleró el paso y siguiendo a su edecán, se dirigió a un pequeño despacho contiguo, donde se encontraba el almirante Epaminón, el cual se cuadró prestamente, al tiempo que se inclinaba en una profunda reverencia.

—¡Déjate de reverencias, Epaminón, y dime porque has venido con estas prisas!

—Señor, se trata de algo que puede ser importantísimo. Hace unas horas hemos recibido comunicación de la Fuerza de Vigilancia Exterior en el sentido de que han establecido contacto con una flotilla perteneciente a la Armada Valerana.

—¿Armada Valerana...? ¿A quién te refieres?

—Quizás sería mejor decir Armada Redentora, aunque suponemos que son los mismos.

—¿Redentores...?

—Señor, recordad la información que nos llegó sobre lo ocurrido a la expedición que enviamos a exterminar aquella colonia thorbod que se había descubierto en el sector F8.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo... Según dedujimos fue aniquilada no por los thorbods, sino por otra raza humanoide similar a nosotros.

—Efectivamente, Señor. Y ese pueblo se autodenominaba «redentor», y su autoplaneta principal era Valera. Por eso suponemos que esos valeranos son una flota redentora.

«Recordad también que hemos destacado diversas flotillas exploradoras en búsqueda de la ubicación exacta de esos planetas, a fin de enviar una nueva expedición suficientemente poderosa como para destruir de una vez por todas a la bestia gris y también a esos redentores. Pero hasta ahora no hemos tenido éxito, aunque es lógico dada la distancia a que creemos que se encuentra ese sistema solar».

—Y ahora resulta que nos descubren ellos a nosotros... ¿Qué más habéis averiguado?

—Pues parece ser que estos valeranos vienen en son de paz, o al menos eso dicen. De momento los contactos han sido únicamente entre una flotilla nuestra y un pequeño número de navíos suyos. He dado orden de que se concentren en aquella zona todos los efectivos disponibles, al mismo tiempo que reforzamos la vigilancia en el resto del Imperio, por si se tratase de una maniobra de diversión. El almirante Sísifo está de momento al mando de la operación. En dos o tres horas esperamos disponer de datos más concretos.

—Bien. Sigue adelante con ese plan y convoca una reunión del Estado Mayor Imperial para dentro de tres horas. Y si antes hay nuevas noticias, comunícamelo al instante. Pero guardad el máximo secreto hasta que tengamos más información. Puedes retirarte.

Mientras el almirante Epaminón se dirigía a coordinar la operación, el Gran Tass dudó entre regresar a la fiesta o no, optando finalmente por dirigirse a sus aposentos, al mismo tiempo que ordenaba llamar a varios de sus inmediatos colaboradores.

Con ayuda de ellos y de las bibliotecas almacenadas en los ordenadores, le fue fácil reconstruir lo ocurrido con la Flota Expedicionaria, a fin de estar convenientemente informado para cuando llegase la reunión prevista.

La rivalidad entre nahumitas y thorbods venía de muchos siglos atrás. Los thorbods no eran seres humanos semejantes a los nahumitas, ya que aunque su configuración externa general era similar, con dos brazos y dos piernas, solían medir bastante más de dos metros de estatura, su piel era de color gris y sus rostros de una fealdad repugnante, al menos según los cánones nahumitas. Pero las principales

diferencias eran internas, ya que no respiraban por medio de pulmones sino a través de los poros de su piel y que su reproducción era asexual, puesto que eran hermafroditas. También en el aspecto social eran muy distintos, ya que parecía ser una raza eminentemente fría y calculadora, carente de las típicas emociones humanas, que en su caso quedaban casi concentradas en unas exageradas ansias de poder.

Eran originarios de un sistema solar vecino y fueron ellos los que un lejano día aterrizaron en los planetas nahumitas esclavizando a todos sus habitantes, mucho más atrasados que ellos. Pero con el tiempo, los esclavos fueron aprendiendo y dominando la técnica de sus amos, hasta que se produjo una rebelión que logró expulsar a los invasores. Siguió luego una serie de guerras interplanetarias, con suerte variable, que terminaron con el envenenamiento radioactivo de todos los planetas de ambos sistemas. Los escasos supervivientes thorbods huyeron hacia algún lejano mundo que habían descubierto en alguno de sus viajes, mientras que los nahumitas tuvieron que refugiarse en pequeños satélites casi desprovistos de vida y arrastrar una existencia miserable hasta que la radioactividad de sus mundos terminó por disiparse y pudieron volver a colonizarlos.

Una vez su imperio sólidamente establecido, se enviaron varias expediciones al sistema thorbod, que seguía todavía inhabitable, pero se pudo recoger información de hacia donde habían partido los restos de aquella civilización buscando unos nuevos mundos en que renacer su poderío.

Se preparó entonces una gigantesca fuerza expedicionaria, integrada por cuarenta grandes autoplanetas de transporte más un millón de cruceros de combate, la cual partió hacia la zona del espacio donde se suponía que se había asentado la Bestia Gris, apelativo con el que se conocía popularmente a los thorbods, a causa del color de su piel.

Pero a partir de aquí, la información era muy escasa e incompleta. Se había calculado que aquella flota tardaría varias decenas de años en llegar a su destino, más otros tantos en regresar una vez concluida su misión. Pero si se consideraban los fenómenos de relatividad del tiempo para móviles a velocidades cercanas a las de la luz, no se sabía exactamente cuándo se recibirían noticias de lo ocurrido, aunque la teoría decía que posiblemente transcurrieran unos dos mil años. Posteriormente partieron otras expediciones de menor tamaño, pero lógicamente regresarían todavía más tarde.

Y he aquí que unos veinte años atrás, empezaron a llegar algunos antiguos buques siderales aparentemente procedentes de aquella flota. Lo malo fue que se trataba de buques aislados, que habían llegado conducidos tan solo por los ordenadores de a bordo, sin ningún tripulante vivo en su interior. Esto último era perfectamente comprensible debido a que los cruceros no eran navíos preparados para tan largas travesías y había decenas de causas que podían causar la muerte de todos sus tripulantes, sobre todo si los buques viajaban solos y aislados, como parecía haber ocurrido en la mayoría de los casos.

No obstante existían multitud de diarios, tanto escritos como electrónicos, que podían suministrar información de lo ocurrido, si bien las deficientes condiciones en que solían haberse efectuado las últimas partes del viaje, fueron causa de que los datos disponibles fueran en la mayoría de casos, deficientes o incompletos.

La conclusión final a que se llegó estaba resumida en un breve informe que el Gran Tass estaba leyendo en aquellos momentos.

Al llegar a la Tierra, nombre con que sus habitantes conocían al principal planeta de aquel sistema donde había ido a refugiarse la Bestia Gris, las naves exploradoras nahumitas se encontraron con los thorbods firmemente asentados en los tres planetas habitables y en el resto de satélites y pequeños asteroides. La historia había vuelto a repetirse y existía también una raza humana, aparentemente similar en todo a los propios nahumitas, que había sido reducida a una condición de esclavitud mucho peor que la que antaño sufrieron ellos.

Puesto que el propósito de la expedición era la total aniquilación de sus enemigos, el Alto Mando de la Flota decidió atacar simultáneamente todos los planetas, destruyendo sus atmósferas con bombas W, terribles ingenios nucleares capaces de provocar la reacción en cadena de todo el aire y el agua del mundo en que fueran lanzadas.

Pero entre tanto, había aparecido un nuevo factor en escena. De las profundidades del Cosmos había llegado otra expedición guerrera cuyo objetivo era liberar a la Humanidad cautiva de la Bestia.

Las hostilidades entre esta nueva expedición, los redentores como ellos mismos se llamaban, y los thorbods se iniciaron con clara ventaja de los recién llegados, que en una brillante campaña relámpago lograron recuperar uno de los planetas, estableciéndose seguidamente una especie de compás de espera mientras ambos bandos negociaban un acuerdo.

Hasta aquí los informes recuperados eran bastante claros, así como en la decisión que finalmente tomó el Mando nahumita: seguir adelante con sus planes y destruir totalmente el Sistema Solar.

Pero aparentemente los redentores no estuvieron de acuerdo con ello, puesto que daban más importancia a salvar a los cautivos terrestres antes que aniquilar a la Bestia. Y la situación evolucionó hacia una especie de alianza entre los redentores y los thorbods en contra de los nahumitas.

A partir de aquí era cuando los informes empezaban a divergir, posiblemente por reflejar realidades parciales de lo ocurrido o tal vez en un intento de justificar la derrota.

Lo cierto era que la expedición nahumita había sido completamente derrotada, sin que se salvara ninguno de sus autoplanetas. Por el contrario era seguro que muchos de sus cruceros siderales debían haber podido huir de la hecatombe, pero se ignoraba la suerte de la mayoría de ellos. Eran muy pocos los capitanes capaces de encontrar el camino de regreso a Nahum, ya que por obvias razones de seguridad, la ruta seguida

debía ser conocida únicamente por los ordenadores del Estado Mayor y por algunos de sus miembros. Además, aún en el caso de conocer más o menos el camino de regreso, con la falta de un soporte logístico adecuado lo más fácil era que cualquier avería imposible de reparar con el material de a bordo, la falta de combustible o de alimentos, etc., produjera la pérdida definitiva del navío.

Esto justificaba que ninguno de los pocos buques que había regresado llevara tripulación humana con vida. Además en varios casos, parecía haber habido terribles peleas o motines, lo cual había destruido de paso gran parte de la información almacenada.

En cuanto al poderío militar de los redentores, podía deducirse que era bastante equivalente al de los nahumitas, al menos en el momento del enfrentamiento ocurrido años atrás. Ciertamente que desde que la Flota Expedicionaria abandonó el sistema nahumita se produjeron muchos adelantos tecnológicos, pero la mayoría de ellos no eran espectaculares y se ignoraba también lo que podía haber avanzado la tecnología adversaria.

El arma más poderosa de los redentores parecía ser el autoplaneta Valera, que a juzgar por los informes disponibles debía ser gigantesco, aunque el Servicio Imperial de Información ponía en duda la veracidad de estas descripciones, generadas posiblemente para justificar la derrota.

Terminado de leer el informe, el Gran Tass no quedó en absoluto satisfecho. Aquello era muy incompleto y se trataba sin duda de una nueva muestra de la indolencia y falta de disciplina que estaba apoderándose de la Armada. En su fuero interno se propuso tomar drásticas medidas una vez resuelta la actual crisis.

Por el momento y considerando que nada más podía hacer hasta tener más información, ordenó a sus colaboradores que se retirasen y llamó a sus esclavas para que lo bañasen.

El Gran Tass era el emperador, el amo supremo de todos los planetas de Nahum. Desde hacía varios centenares de años venía practicando el cambio de cerebros y esto le había moldeado su carácter en un doble sentido. Por una parte era un buscador incansable de nuevas sensaciones y placeres, aunque esto no le había impedido seguir siendo un personaje de gran clarividencia y personalidad. Pero por otro lado, seguía siendo el mismo ser ambicioso que más de un milenio atrás había derrocado al anterior Señor de Cielos y Planetas, aunque con mucha más experiencia.

Ignoraba cuales debían ser las intenciones de aquellos visitantes, pero estaba seguro de que si sabía jugar bien sus cartas podría apoderarse de sus naves y ampliar así su poderío. El hecho de que viniesen o no en son de paz no era ni siquiera digno de consideración. Debían ser dominados y pasar a formar parte de su Imperio. El problema era saber cuáles eran sus verdaderas intenciones, con que fuerzas contaban y cuáles eran sus puntos flacos. Y en este sentido pensaba enfocar la próxima reunión con el Estado Mayor.

Capítulo III

NUEVAS NOTICIAS

U nas horas después el Estado Mayor Imperial se hallaba reunido bajo la presidencia nominal del Almirante Epaminón, pero bajo la mirada penetrante del Emperador en persona, rodeado a su vez por varios de sus consejeros privados.

Fue el Almirante quién empezó la reunión, anunciando:

—Caballeros, hace media hora se les ha entregado un *dossier* con toda la información recogida hasta ese momento. Permítanme de todos modos que efectúe un breve resumen de la misma.

»Hace ya veinte horas, tiempo de Noreh, que una de nuestras patrullas más exteriores estableció contacto con una formación de naves desconocidas. Posteriormente se han identificado como formando parte de una Armada Sideral Valerana, cuyo potencial ignoramos. Suponemos que debe estar formada por una importante flota de autoplanetas de gran tamaño, ya que por lo que pudimos deducir de las naves que regresaron de la I Flota Expedicionaria, los redentores, aliados de la Bestia Gris, utilizaban un tipo de autoplaneta llamado Valera cuyas dimensiones eran muchísimo mayores que las de los nuestros.

»Originariamente el contacto se estableció entre cinco cruceros, al mando de un tal capitán Makot, y diez navíos valeranos, de tamaños distintos entre sí. Parece que había uno de gran tamaño y que el resto debía constituir su escolta habitual, pero ignoramos detalles concretos. Posteriormente hemos concentrado diversas patrullas en esa zona del espacio y en estos momentos hay allí noventa buques nuestros, al mando del almirante Sísifo. Y dentro de poco llegará la Primera División de la Cuarta Flota, incluyendo al autoplaneta Panag.

»Por su parte los valeranos solo han enviado dos patrullas análogas a la primera. Manifiestan que el próximo paso será la llegada de su autoplaneta Valera».

—¿Quiere esto decir que esos invasores solo llevan un autoplaneta, o más bien han dicho que llegará uno de sus autoplanetas tipo Valera? —preguntó uno de los consejeros del Emperador.

—He repetido exactamente la información remitida por el capitán Makot, en la que se habla específicamente de un solo autoplaneta.

—Pues en ese caso me parece que nos estamos preocupando exageradamente. Por potente que sea ese Valera, no podrá hacer frente a varias de nuestras flotas.

—Eso es lo que creemos y quizás por eso se manifiestan en son de paz, ya que no tienen otra alternativa. Lo que ignoramos es si se trata solo de una avanzadilla de una fuerza mayor que ya está por aquí cerca o es solo una expedición exploratoria.

—¿Qué sabemos de su potencial ofensivo? —interrumpió un general.

—Prácticamente nada. Hasta ahora nuestras patrullas y las suyas se han mantenido a considerable distancia y no ha sido posible observar detalles concretos. No obstante, parecen ser muy similares a nuestros buques y si nos remitimos a los informes de la I Flota Expedicionaria eso era exacto en aquel tiempo.

El Gran Tass había escuchado impasible, pero en este momento levantó una mano reclamando silencio, y anunció:

—¡Dejaros de suposiciones! Lo que urge es capturar alguno de esos navíos o a sus tripulantes e investigar a fondo sus características. Se puede simular un incidente fortuito y si es preciso luego se piden excusas. Ya debería haberse hecho. Y no creo que haga falta decir que lo que hay que impedir es que ellos hagan lo propio.

—Cierto, Señor —aseveró el almirante Epaminón—. El plan que pensábamos someter a vuestra consideración se basa precisamente en simular creer en sus buenas intenciones y proponerles una reunión a bordo de nuestro autoplaneta Panag y una vez allí será fácil investigar las características de sus buques... por las buenas o por las malas.

—Eso será si son tan ingenuos como para creer en nuestras garantías.

—En el primer momento el capitán Makot ya les propuso algo similar a bordo de su crucero y el comandante de la flotilla valerana, que por cierto es una mujer, no aceptó, arguyendo que debía esperar instrucciones o a algún personaje de mayor categoría. Quizás no sea tan fácil convencerles.

El Gran Tass empezó a dar señales de impaciencia. No estaba acostumbrado a que se discutieran sus órdenes. No obstante comprendía que las actuales circunstancias no tenían precedentes, por lo que contemporizó y sugirió:

—Es necesario hacer todo lo posible para convencerlos de nuestras buenas intenciones. Podríamos enviar como embajador a algún alto miembro de nuestra nobleza, incluso a alguno de mis hijos. ¿A quién tenemos por aquella zona?

La pregunta del Gran Tass podría parecer absurda, pero debe tenerse en cuenta que hallándose ya en su cuadragésimo cuarto cambio de cuerpo, el Emperador tenía infinidad de hijos, con la mayoría de los cuales ni siquiera se relacionaba.

Consultando apresuradamente su ordenador, uno de sus ayudantes explicó:

—Entre la oficialidad de la Cuarta Flota se hallan el Príncipe Márphil y la joven Princesa Ambar.

—¡Hum...! El Príncipe Márphil es un completo estúpido, pero de muy buenas maneras. Sería el embajador perfecto. Puede hablar horas y horas sin decir nada y a lo mejor así les inspira confianza. Nombradlo Embajador Imperial, pero avisad al

almirante Sísifo que no le pierda de vista.

«En cuanto a Ambar, no me gustaría que le ocurriese nada. Hacedla regresar enseguida con cualquier excusa».

Este último comentario hizo sonreír interiormente a varios de los presentes. Venía a confirmar los rumores de la especial predilección que el Gran Tass sentía por una de sus últimas hijas, la Princesa Ambar, cosa que raramente había ocurrido con la mayoría de sus hijos anteriores, en los que habitualmente solía ver unos posibles competidores para el puesto de emperador, hasta el punto de que varios de los que habían destacado por una u otra razón, habían desaparecido misteriosamente.

—Pero, Señor —interrumpió uno de los almirantes—, si enviamos al Príncipe Márphil al encuentro de los extranjeros, estos podrían apoderarse de él y torturarlo o drogarlo para obtener información.

—¡Bah! Esto sí que no debe preocuparnos. Ese imbécil no se ha enterado nunca de nada y lo que pueda revelarles más bien servirá para confundirles que para otra cosa. De todos modos, no olvidéis que lo importante es que se confíen y el hecho de que envíe como embajador a uno de mis hijos, sin duda será la mejor prueba de nuestras buenas intenciones. Aseguraros de que se enteran bien de la calidad de nuestro representante.

Mientras el almirante Epaminón salía a dar las instrucciones pertinentes, la reunión continuó comentando diversos puntos de interés, hasta que el Emperador volvió a tomar la palabra para exigir:

—Hay dos puntos que considero de la máxima prioridad y que de hecho van unidos. Primero, capturar alguno de sus navíos, para saber con qué tecnología nos enfrentamos, y lo segundo conocer vuestra opinión a este mismo respecto. Profesor Xantio —preguntó dirigiéndose a uno de los asistentes que había permanecido todo el rato en silencio—. ¿Cuál es su opinión?

El hecho de que el Emperador se dirigiese al Profesor de usted, indicaba el enorme prestigio de que este gozaba en las altas esferas nahumitas. Y tras un carraspeo, el Profesor Xantio explicó:

—Veréis, Señor. Mi opinión es que si nuestra Flota Expedicionaria fue completamente derrotada por esos valeranos, eso quiere decir que en aquel entonces nuestra tecnología no debía ser superior a la suya, quizás al contrario éramos inferiores o como mucho equivalentes. Debido a los fenómenos de relatividad del tiempo en el espacio, mientras que ellos deben conservar más o menos el mismo nivel que entonces, nosotros hemos ido desarrollándonos, con lo cual me atrevería a decir que en estos momentos deberíamos ser iguales o superiores.

Pero anticipándose a las expresiones de satisfacción que estaban surgiendo en las caras de la mayoría de los presentes, el Profesor continuó:

—No obstante existen dos circunstancias que no nos permiten ser demasiado optimistas. Por una parte en los últimos siglos no hemos tenido ninguna guerra digna de tal nombre, con lo que la experiencia real de nuestras fuerzas armadas es

prácticamente nula y no sabemos cuáles han sido las circunstancias de nuestros visitantes. Claro que aquí tendrá mucha importancia el número de autoplanetas y navíos que traigan consigo.

—Nunca serán tantos como nuestros diez millones de navíos de combate —aseguró pomposamente uno de los almirantes.

—Es posible, pero aunque yo no soy militar, creo que no es lo mismo defender diez planetas que atacarlos... en el caso de que estas sean las ideas de los valerosos.

—¡Dejad esa discusión y continúe, Profesor! —cortó abruptamente el Emperador—. Por lo que acaba Ud. de decir, deduzco que su opinión es que debemos estar más o menos igualados. ¿Y todos nuestros últimos inventos y descubrimientos...? ¿Es que no sirven para nada?

—Señor, seamos realistas. La mayoría de los descubrimientos y avances de estos últimos siglos han sido simplemente mejoras de la tecnología existente, pero que en ningún caso creo que por sí solas sean capaces de marcar una diferencia decisiva.

—¿Y el Rayo Azul? —interrogó otro de los científicos que se hallaban al extremo de la mesa.

—Sí, es cierto. El Rayo Azul sí que constituye un caso aparte, puesto que todos estamos de acuerdo en que su descubrimiento fue en gran parte fruto de la casualidad y que en condiciones normales difícilmente se nos hubiera ocurrido. Fue necesario que coincidieran el genio del excéntrico Profesor Orteg y la necesidad de afianzar nuestro dominio sobre el resto de los planetas esclavos, para que esta técnica terminara de desarrollarse.

Y como si estuviera impartiendo una clase en la universidad, el Profesor continuó:

—Como ustedes ya conocen, el Rayo Azul tiene la propiedad de robar toda la electricidad del cuerpo sobre el que se enfoca. Su alcance es prácticamente ilimitado, al menos en el interior de nuestro sistema solar.

«Para nosotros su mayor utilidad es el aplastamiento de las rebeliones que puedan producirse en los demás planetas de Nahum, ya que dirigiendo un rayo azul contra el planeta rebelde, este queda totalmente inutilizado y entonces nuestra Armada y nuestro Ejército, provistos de sus corazas protectoras, pueden actuar sin oposición.

»No obstante, resulta inútil para batallas normales, ya que aparte de que su gran tamaño impide que sea montado en navíos espaciales, en la práctica resulta casi imposible utilizarlo contra blancos pequeños que se muevan a gran velocidad, como naves e incluso autoplanetas de transporte. Es por eso que anteriormente decía yo que si no hubiese sido por nuestra peculiar organización colonial, con Noreh como metrópoli y el resto de los planetas sometidos al Emperador, nunca hubiese sido rentable profundizar en su desarrollo».

—Y no olvidemos además, que «la locura de Orteg», como le llamaron sus contemporáneos, es una teoría totalmente heterodoxa que difícilmente puede surgir en otra civilización con un estado tecnológico similar al nuestro —apuntilló otro

científico—. Es por eso que yo me inclinaría a creer que esos valeranos no deben disponer de un arma equivalente a nuestro Rayo Azul.

—Posiblemente tengas razón —apoyó el Profesor Xantio—, pero de todos modos no creo que nuestro Rayo Azul nos sirva de mucho en un caso como este.

Nuevamente fue el Gran Tass quien interrumpió este diálogo, para exigir:

—Pues lo que estamos diciendo no sirve más que para reforzar mis ideas iniciales. Necesitamos a toda costa capturar alguno de esos buques y averiguar la importancia de sus fuerzas. ¿Dónde está Epaminón?

—Aquí estoy, Señor —repuso el Almirante, que acababa de regresar a la sala—. Ya he dado las órdenes oportunas, tanto para que el Príncipe Márphil actúe de embajador, como para que se apoderen de alguna nave enemiga.

—Pues insísteles. Dile al almirante Sísifo que le hago personalmente responsable de ello. Él me entenderá...

Y diciendo esto, el Emperador se levantó y se disponía a abandonar la reunión, cuando por una de las puertas apareció un oficial que se dirigió presuroso hacia el almirante Epaminón, a quien entregó una nota, ante lo cual el Gran Tass se detuvo a medio camino en actitud expectante.

—Señor —se apresuró a explicar el Almirante—, acaban de pasarme un informe según el cual nuestros observatorios avanzados en Ragún han detectado un planeta errante que está aproximándose a nuestro sistema solar por la misma dirección en que han llegado los valeranos.

—Bueno... ¿y eso qué quiere decir?

—Veréis, Señor. Es que parece que ese planeta se está comportando de un modo muy raro. Está disminuyendo su velocidad, como si estuviese efectuando una maniobra de frenado.

—¿Un planeta que frena? —bufó el Emperador—. ¿Qué tontería es esa? Los planetas no frenan.

—Precisamente por eso, Señor... Los del Observatorio sospechan que no se trata de un planeta, sino de un vehículo interplanetario.

—Bueno, pues será uno de los autoplanetas valeranos. Mejor; así podremos saber de una vez cómo son y que se proponen.

—Perdón, Señor. Pero quizás es que no me he explicado bien. No se trata de un autoplaneta normal, sino que, aunque aún no tenemos suficiente información, las primeras observaciones parecen indicar sin lugar a dudas, que se trata de algo de unas dimensiones gigantescas, imposibles para ser un vehículo artificial, aunque se comporta como si lo fuera.

—¡Aclararos de una vez! —Se impacientó el Gran Tass—. ¿Es un astro o una nave?

—No lo sé, Señor. Permitidme que establezca contacto directo con la Central de Observación...

Y diciendo esto, el confuso almirante Epaminón se dirigió hacia una consola que

había en un rincón de la sala, mientras esta se llenaba con los murmullos de los sorprendidos asistentes.

Una vez establecida la conexión, en la pantalla apareció el rostro de un oficial que ante las preguntas del Almirante se apresuró a informar:

—En efecto, almirante. Podemos afirmar casi con toda certeza que se trata de un planetillo natural, de unos seis mil kilómetros de diámetro. No podemos ver detalles de su superficie, pero parece carecer de atmósfera. Y efectivamente, está efectuando una maniobra de frenado. Además, aunque está muy lejos para asegurarlo con certeza, parece ser que a su alrededor se está congregando una importante fuerza aérea, posiblemente de muchos millares de buques.

Estas noticias incrementaron el revuelo que ya había empezado a apoderarse de la reunión. Todos hablaban a la vez, aventurando hipótesis o pidiendo más detalles. Finalmente, el Gran Tass levantó la voz por encima del ruido general, gritando:

—¡Basta ya! ¡Esto parece un colegio! Que cada uno regrese a su asiento. ¡Y tú, Epaminón, reconduce la reunión!

Avergonzados, terminaron todos por sentarse, mientras el almirante daba por terminada la conferencia y ordenaba que cada uno regresara a sus ocupaciones, quedándose únicamente el Estado Mayor. Y dirigiéndose al Emperador, concluyó:

—Señor, si queréis permanecer aquí será un honor para nosotros, pero estimo que sería mejor que os retirarais y tan pronto tengamos una visión clara de la situación, yo personalmente os la comunicaré.

—De acuerdo —aceptó el Gran Tass—. Espero tus noticias. ¡Y no tardes!

Capítulo IV

EMBOSCADA

El capitán Makot estaba cada vez más nervioso a la par que desilusionado. La situación había quedado en un extraño compás de espera, en el cual veía desvanecerse todas sus anteriores ilusiones de alcanzar fama y renombre. En efecto, por el momento él seguía estando al mando del casi un centenar de cruceros que habían ido llegando a aquella zona, pero dentro de pocas horas el almirante Sísifo estaría ya allí y su protagonismo desaparecería totalmente.

Enfrente de él se hallaban estacionadas unas treinta naves valeranas, pero aparte de las conversaciones iniciales, solo se habían intercambiado breves y escuetos mensajes.

Los potentes telescopios de a bordo le habían facilitado ya una clara definición de las formas y modelos de aquellas naves. Y eran muy curiosas, al menos desde un punto de vista estético. Frente al adusto aspecto de los cruceros nahumitas, fusiformes y de color negruzco, los desconocidos parecían haberse inclinado por unas formas mucho más alegres y vistosas, que semejaban monstruos marinos como los que, según podía verse en los reportajes, habían poblado los mares de los diversos planetas de Nahum. El buque de mayor envergadura debía medir 500 metros de eslora, eran de color gris y recordaban los grandes cetáceos. Los siguientes en tamaño eran de color verde, parecidos a algún otro tipo de peces y los más pequeños recordaban a los voraces escualos que habían vuelto a aparecer en algunos mares del planeta Océán, pero de un brillante color rojo y decorados incluso con unas espectaculares dentaduras pintadas en sus proas.

A parte de esos detalles que a Makot se le antojaban poco serios, por lo que podía deducirse su armamento debía ser básicamente a base de los clásicos rayos Z desintegradores de metales, ya que aquellas antenas giratorias tenían todo el aspecto de ser proyectores de ese tipo de rayos. Los actuales cascos de las naves nahumitas estaban hechos de dedona superdensa, invulnerables a los rayos Z.

Pero por otra parte, las esclusas que se adivinaban en diversas zonas de aquellos navíos sugerían la presencia de tubos lanzatorpedos, con lo que el armamento de ambas flotas parecía ser muy similar, al menos a primer golpe de vista.

Estos pensamientos fueron interrumpidos por el teniente Surco, que anunciaba:

—Capitán. Tiene una llamada codificada de parte del almirante Sísifo.

Un poco intrigado por el hecho de que el almirante utilizase el canal codificado de alta seguridad, Makot se dirigió hacia el receptor correspondiente y se colocó unos auriculares preparados para que únicamente él escuchase la comunicación.

—Capitán Makot, escuche atentamente —tradujo la máquina—. Mi División y el autoplaneta Panag tardaremos todavía dos o tres de horas en llegar. Y sería muy conveniente que para entonces se hubiese podido capturar alguna nave valerana o al menos hacer algunos prisioneros. Evidentemente esto es extraoficial, puesto que no nos interesa de ningún modo romper las hostilidades con esos extranjeros. Por eso hemos pensado que sería más fácil que antes de que haya más navíos por esa zona, se produjera algún «accidente» que nos permitiera cumplir nuestro objetivo.

Makot, asombrado por lo que estaba oyendo, interrumpió:

—Pero Almirante, es cierto que en estos momentos les triplico en número, pero estamos detectando otras formaciones que parecen dirigirse hacia aquí y que llegarán en cualquier momento. Y si les ataco en estas condiciones, aun contando con el factor sorpresa...

—¿Es que no me has entendido o qué? No se trata de llevar a cabo ningún ataque ni nada parecido. Hay que guardar las formas. Lo que hace falta es que se produzca algún accidente o algo así. Únicamente podrías pensar en atacarles si estuvieras convencido de que vuestra acción iba a ser fulminante y que no les daría tiempo a comunicarse con su Mando.

—Pues entonces, ¿qué quiere que haga?

—Eso es cosa tuya.

Y cambiando el tono de voz, aunque eso no era reflejado por el decodificador, el Almirante continuó:

—Escucha. Makot. Me consta que eres un buen oficial y lo que te estoy ofreciendo es la oportunidad que todo militar está esperando. Nos urge tener más información sobre esa gente y para ello necesitamos algún prisionero antes de que lleguemos nosotros y se empiece a tratar todo a través de los canales oficiales. De momento te ratifico al mando de todos nuestros efectivos hasta mi llegada. Y utiliza tu iniciativa, sin reparar en medios. Lo que cuenta son los resultados. Como digo, no repares en medios; los buques y las vidas de los tripulantes son cuestión secundaria. Dispones de dos o tres horas. ¡Buena suerte!

Tras estas palabras, el decodificador quedó silencioso. A pesar de las bonitas frases de la última parrafada, Makot veía claramente la realidad de la situación. El Almirante debía tener las mismas instrucciones que acababa de trasmitirle, pero en lugar de buscar un modo de cumplirlas, había preferido pasarle la papeleta a él y si algo salía mal, el «estúpido e inconsciente capitán Makot» sería un perfecto chivo expiatorio para ofrecer a los valeranos. Aunque si salía bien...

Y nuevamente empezó a calcular las ventajas que el éxito de aquella difícil

misión podía reportarle. Lo que no veía en absoluto era la forma de hacerlo.

—Capitán —anunció en aquellos momentos la teniente Eola—. Tenemos ya confirmada una importante flota de más de cien navíos desconocidos que se dirigen hacia nosotros. Tiempo estimado de llegada: noventa minutos.

Esto acababa de echar por tierra la posibilidad de un ataque por sorpresa. Además le iba a colocar a él y su flotilla en inferioridad numérica. Y de repente, esto le dio una idea.

—¡Teniente Eola! Escúchame con atención. Antes de que llegue el Panag tenemos que capturar algún prisionero sin hacer ningún acto hostil...

—¡Pero Capitán, eso es imposible! —interrumpió la Teniente—. Estamos a mucha distancia de esos buques y no veo cómo...

—¡Eso ya lo sé! Pero se me ha ocurrido un plan. Verás; se trata de conseguir que alguno de sus oficiales venga a nuestro crucero y una vez aquí simularemos una avería o mejor una explosión y en la confusión subsiguiente se le dará por muerto. Pero en realidad nos habremos apoderado de él.

—Pero, pero... ¿Cómo vamos a hacerle venir? Antes ya se han negado a ello.

—Ahora lo verás. Ponme en comunicación con su comandante.

Y a los pocos minutos, Makot se encontraba frente a la imagen de la capitana Azpeitia, que le miraba expectante, con una cierta sonrisa que se notaba intentaba ser lo más amistosa posible.

Por el contrario, Makot adoptó una actitud mezcla de nervios y enfado, chillando:

—¡Me ha estado Ud. engañando! Decía venir en son de paz y estamos detectando importantes formaciones que se dirigen hacia nosotros, sin duda para destruirnos.

—Se equivoca. Se trata tan solo del resto de buques que al igual que nosotros habían salido en misión de descubierta. Pero como ahora ya les hemos encontrado, están replegándose y van a pasar a reunirse con nosotros para regresar todos juntos a Valera junto con el embajador que hace un rato me ha dicho Ud. que estaba ya en camino.

—¡No me creo sus palabras! Si fuera así no habría habido motivo para que Ud. rechazara anteriormente la invitación que le he hecho de venir a bordo de mi crucero y poder así establecer claramente el protocolo a seguir con nuestro embajador, que es nada menos que el Príncipe Márphil, hijo del Gran Tass, Señor de los Cielos y los Planetas. ¡Nos están tendiendo una emboscada!

—¡Está Ud. equivocado! —repuso nerviosamente la capitana valerana—. Ya le he dicho que venimos en son de paz. Y ya he comunicado al Estado Mayor la importancia de su embajador y de ahí que les ofrezca una escolta de honor adecuada.

—¡Eso no son más que palabras! Voy a advertir al Príncipe que no acuda y nosotros vamos a retirarnos antes de que les lleguen sus refuerzos. Y no intenten seguirnos...

La capitana Mercedes Azpeitia empezó a preocuparse seriamente. La actitud de aquel oficial la desconcertaba. Su estúpida desconfianza iba a estropear lo que había

sido un principio excelente. Y recordaba el párrafo de las instrucciones en el que se le ordenaba a ella y a los demás comandantes de las patrullas de exploración, que extremasen el cuidado en los primeros contactos con los nahumitas, si es que lograban encontrarlos. Por la información que de aquel pueblo se disponía a raíz de la guerra ocurrida en el Sistema Solar, se sabía que eran extremadamente orgullosos y susceptibles. Por otra parte, se desconocía si estaban al corriente de la destrucción de su Flota Expedicionaria, pero fuera como fuese, había que llegar del modo más amable posible, evitando por todos los medios cualquier tipo de enfrentamiento salvo que fuera absolutamente imprescindible para la defensa del buque.

Considerando estas instrucciones y ante la responsabilidad de haber malogrado aquel primer contacto, la capitana Azpeitia decidió correr el riesgo y aceptar aquella entrevista personal. Esto también contradecía otro apartado de las órdenes recibidas, que reservaban ese primer contacto para un jefe de alta graduación, con poderes especiales. Pero de todos modos, pensó, tampoco se trataba de un contacto oficial, sino tan solo de una visita de cortesía.

De todos modos, no le hacía ninguna gracia ponerse en manos de unos desconocidos, cuyas verdaderas intenciones no podía adivinar. Pero el tiempo corría en contra suya y había que impedir que aquel desconfiado capitán nahumita diese media vuelta y lo estropease todo. Así que empuñó nuevamente el micrófono y sonriendo lo más amablemente que pudo, anunció:

—Escuche, capitán. Le reitero que nuestras intenciones son totalmente pacíficas y para que vea que es así, no tengo ningún inconveniente en desplazarme a su buque. Pero comprenderá que debe ser una entrevista rápida y de carácter no oficial, ya que como le he dicho anteriormente carezco de rango y autoridad suficiente para representar a mi país ante ustedes. El vicealmirante Don León Aznar, que comanda la flotilla que viene hacia aquí, estará más preparado para concretar todo lo que sea necesario y darles las garantías que deseen.

—De acuerdo —asintió Makot, sin que en su rostro se reflejase el alivio que sentía al ver que su jugada de póker le había salido bien.

—Pues entonces le sugiero que su navío y el mío se adelanten al resto de las formaciones y nos encontremos a medio camino. Una vez allí, yo tomaré un bote salvavidas y me acercaré a ustedes.

—De acuerdo. Puede Ud. venir con dos o tres oficiales suyos, los que juzgue convenientes.

—Bien. Me acompañarán dos oficiales. Salimos enseguida.

La capitana Mercedes Azpeitia se apartó del transmisor y llevándose aparte al capitán Ramos, segundo en el mando del Monterrey, le comentó:

—Ya has visto lo que pasa. Voy a trasladarme al buque de ese tipo. Me acompañarán el teniente Tinneo y el sargento Carrascal. Estaremos en contacto continuo por radio, pero si me ocurriera algo mis órdenes son de atacar y destruir completamente al enemigo, sobre todo al buque en que yo me halle. No podemos

ignorar la posibilidad de que todo sea una trampa.

—Pues sería mejor que no fueses. O que pidas instrucciones al vicealmirante Aznar.

—No tenemos tiempo. Ese nahumita parecía muy nervioso y hay que actuar rápidamente. Además, también me hace una cierta gracia ser el primer valerano que estreche la mano de un nahumita. Quizás sería mejor el sargento llevara una filmadora.

—¡No bromees! Insisto que no me parece bien que corras ese riesgo...

—¡Basta! Lo he decidido y estas son mis órdenes. Si quieres te las pongo por escrito.

—No es necesario —repuso ofendido el capitán Ramos—. ¡A sus órdenes, mi capitán!

—Va, Enrique, no te enfades. Agradezco tu interés, pero creo que es lo mejor. Y no perdamos más tiempo. Prepáralo todo mientras voy a arreglarme un poco. ¡Ah! Esta es la llave de mi caja fuerte y la combinación es 8642.

Mientras Azpeitia se dirigía a su camarote, el capitán empezó a dar las órdenes pertinentes, mientras musitaba para sí:

—Mujeres... Va a meterse en la boca del lobo y todavía piensa en arreglarse. Claro que tratándose de la capitana Azpeitia...

Este último pensamiento venía influenciado por los rumores que corrían entre la Flota en el sentido de que si la Capitana de Navío Mercedes Azpeitia había alcanzado esta graduación y el mando de la flotilla exploradora, no era solo debido a su valía profesional, sino que su indudable atractivo sexual había jugado un importante papel.

Pero en capitán Ramos tuvo que apartar de su mente estas ideas para concentrarse en la maniobra de acercamiento entre ambas naves, la cual no resultó tan sencilla como habían pensado y no fue hasta una hora después cuando un bote del Monterrey se acercaba al costado del Manag y de su portezuela salían tres gigantescas figuras acorazadas que moviéndose gracias a sus propulsores individuales, se dirigían hacia una escotilla de carga que acababa de abrirse en el crucero nahumita.

Una vez dentro, los tres valeranos notaron como después de cerrarse la compuerta, el recinto iba llenándose de aire a presión, hasta que se encendió una luz verde y se abrió otra puerta situada frente a ellos.

Al otro lado se dibujaron enseguida las siluetas de tres astronautas, el más alto de los cuales avanzó unos pasos y con voz algo trémula anunció:

—Soy el capitán Makot, comandante del crucero Manag y de toda esta flotilla. En nombre de la Armada Imperial de Nahum les doy la bienvenida a bordo de mi buque —y con un ademán similar al gesto terrestre de ir a darles la mano, se quedó con la suya en el aire, ya que los valeranos iban enfundados en sus armaduras de vacío y con sus manos recubiertas por los guanteletes, no les resultaba demasiado educado corresponder al gesto y estrechar una mano desnuda con sus fríos guantes de diamantina.

—Gracias, comandante —repuso Mercedes—. Soy la capitana de navío Mercedes Azpeitia y es para mí un honor aceptar ser recibida a bordo de su buque.

—Si quieren seguirnos al interior podrán desembarazarse de estas escafandras y podremos hablar con más libertad.

Mientras seguía a su anfitrión, Mercedes miró disimuladamente una especie de reloj que llevaba en su muñeca, sin advertir en él ninguna señal de que el aire que les rodeaba pudiera ser nocivo para ellos. Por otra parte estableció comunicación con el Monterrey, informándole de como iban ocurriendo las cosas.

Los pasillos por los que iban pasando eran muy parecidos a los de los buques valeranos y finalmente llegaron a una sala lujosamente amueblada, aunque de acuerdo con los gustos de Mercedes y sus compañeros, excesivamente recargada para tratarse de un barco de guerra.

Siguiendo las indicaciones del capitán Makot, los tres valeranos se quitaron las escafandras de la cabeza, manteniendo puesto el resto de sus armaduras de vacío, lo cual dificultaba bastante tomar asiento en alguno de los cómodos sillones repartidos por el camarote.

Sonriendo abiertamente, el capitán retomó la palabra y dijo:

—Les reitero la bienvenida a bordo de mi buque y creo que debo pedirles disculpas por mi actitud de hace unas horas. La verdad es que me puse algo nervioso y me gustaría compensarles ofreciéndoles una muestra de la hospitalidad nahumita. Por favor, quítense esos trajes y pónganse cómodos mientras nos sirven una ligera colación. No es que nos queden muchas exquisiteces, pero todavía disponemos de algunos productos típicos que me gustaría saboreasen.

Ante la amabilidad del nahumita, los valeranos no tuvieron más remedio que aceptar y se despojaron completamente de sus trajes de vacío, quedando con los ajustados monos de faena que solían llevar debajo de ellos, que en el caso de Mercedes Azpeitia realzaba sugeridoramente su figura, lo cual motivó algunas admirativas miradas por parte del capitán Makot.

Al poco rato, el ambiente se había distendido apreciablemente y la conversación transcurría en un ambiente de gran cordialidad, pero sin que ninguno de los dos bandos dijera más que generalidades, esquivando hábilmente las preguntas comprometedoras que se iban intercalando.

Súbitamente se oyó un claxon de alarma, al mismo tiempo que sonaba el teléfono empotrado junto a la puerta. Makot se levantó de un salto y cogiendo el auricular habló rápidamente unos segundos, colgó y volviéndose hacia los sorprendidos valeranos, comentó:

—No se preocupen. Hay una alarma en el reactor, pero espero que no sea nada serio. De todos modos, lamento tener que interrumpir nuestra reunión. Tengo que ir al puesto de mando. La teniente Eola les acompañará a la esclusa de salida...

Y tras simular una ligera vacilación, continuó:

—A no ser que prefieran acompañarme al puente. Confío en que todo quede

arreglado en poco tiempo y sería una lástima disolver esta reunión así de repente.

Makot esperaba que la capitana valerana no podría resistir la tentación de ver el puesto de mando en plena actividad y efectivamente así fue. Mercedes consideró que era una muy buena oportunidad de ver con detalle como funcionada un crucero nahumita y aceptó el ofrecimiento de su colega, siguiéndole nuevamente a lo largo de unos cuantos pasillos, mientras comunicaba al Monterrey los últimos acontecimientos.

Al llegar a la cámara de derrota se encontraron con una escena de gran actividad y mientras los tres valeranos procuraban apartarse en un rincón y no molestar, Makot se dirigió hacia el oficial de guardia, que aparentemente estaba muy alterado y se enfrascó en una serie de rápidas órdenes y contraórdenes cuyo significado no fue comprendido por sus visitantes.

La situación parecía ir empeorando por momentos, con los paneles cada vez más llenos de luces rojas que parpadeaban furiosamente: Finalmente, el capitán nahumita soltó lo que parecían varios reniegos y con voz fuerte anunció:

—Es inútil... ¡Abandonen el buque!

Ante esta orden, Mercedes avanzó unos pasos y preguntó sobresaltada:

—¿Qué ocurre, capitán?

—No lo sabemos exactamente, pero lo cierto es que el reactor ha entrado en un proceso irreversible de fusión y es solo cuestión de pocos minutos que llegue a estado crítico y explote. No responde a ninguna de nuestras acciones y no podemos perder ni un segundo más. ¡Hay que salir de aquí cuanto antes!

—De acuerdo. Indíqueme por donde regresar a la sala de antes. Hemos dejado allí nuestras escafandras.

—Lo siento; no hay tiempo de eso. Será mejor que vengan con nosotros a los botes salvavidas y una vez en el espacio ya nos ocuparemos de facilitarles el regreso a su buque. Pero hemos de darnos prisa. ¡Vámonos ya! Mientras tanto comuniquen a los suyos lo que está ocurriendo y que se aparten de aquí antes de que esto estalle. Cuando estemos a salvo, ya nos pondremos en contacto con ellos para que les recojan.

En medio del barullo que se estaba produciendo y que, tal como pasó fugazmente por la cabeza de Mercedes, decía muy poco en favor de la disciplina de los nahumitas, la capitana valerana se vio separada de sus compañeros y abandonó la sala de derrota formando parte del último grupo, conducido por el propio capitán Makot.

A la carrera recorrieron varios pasadizos iluminados intermitentemente por los rojos destellos de las luces de alarma, mientras una penetrante sirena seguía aullando sobre sus cabezas. Finalmente desembocaron en un pequeño hangar en cuyo suelo se abrían tres escotillas que indudablemente comunicaban con los botes de salvamento. Dos de ellas se hallaban cerradas, prueba de que ya habían sido utilizadas, por lo que el grupo se introdujo rápidamente en la tercera.

Mercedes seguía en contacto radiofónico con el Monterrey y desde allí el

atribulado primer oficial asistía impotente a los acontecimientos que iban sucediéndose en el seno del Manag.

A través de la radio de muñeca de su capitana, Ramos escuchó como el grupo se introducía en el bote y a continuación una voz que ordenaba cerrar la compuerta. Como respuesta a esa orden se oyeron confusamente otras voces que decían algo de que no se podía. Nuevamente se oyó claramente al primer interlocutor, sin duda el jefe, que nerviosamente exigía:

—¡Dejaros de tonterías y cerrad esa maldita compuerta! Se nos está acabando el tiempo.

—¿Pero qué ocurre? —Se oyó preguntar a la capitana Azpeitia.

—¡No lo sé! A ver, ¡dejadme pasar!

Siguieron una serie de ruidos mezclados con gritos e imprecaciones, formando un galimatías que hacía imposible entender nada, a pesar de los esfuerzos del capitán Ramos por establecer un contacto más claro. Lo único que consiguió fue ponerse al habla con el teniente Tinneo y el sargento, los cuales le confirmaron que ya estaban instalados en un bote y alejándose a toda velocidad del sentenciado crucero.

La confusión se prolongó otros dos minutos, hasta que de repente el altavoz quedó silencioso, mientras un tripulante situado ante la consola de comunicaciones, anunciaba:

—¡Capitán! ¡El buque nahumita acaba de estallar!

Conmocionado por lo que adivinaba tras aquella noticia, el capitán Ramos se acercó a la pantalla, a tiempo de ver cómo donde hasta un poco antes había estado el crucero nahumita, se veía ahora tan solo una especie de nube formada por infinidad de fragmentos de la desgraciada nave, los cuales iban dispersándose lentamente en todas direcciones. Y entre aquellos restos posiblemente se encontraba lo que quedaba del bote que no había podido abandonar la nave, con la infeliz Mercedes Azpeitia a bordo.

Confirmando sus temores, por la radio se escuchó la llamada del teniente Tinneo explicando:

—¡Atención, Monterrey! ¿Me escuchan?

Y ante la respuesta afirmativa del operador del acorazado, continuó:

—El crucero nahumita acaba de desintegrarse y según me dice la teniente que va conmigo, el bote de su capitán no ha podido abandonar a tiempo el navío y ha estallado con él. ¡Y allí estaba la capitana Azpeitia!

—Soy el capitán Ramos. Ya lo he visto...

—Capitán. Estos nahumitas dicen que quieren devolvernos lo antes posible a nuestro buque y solicitan permiso para acercarse.

—Adelante. Dense prisa. Les esperamos.

Y dejando el asunto en manos de otro oficial, el capitán Ramos se dirigió hacia la radio principal pensando en cómo comunicar la noticia al vicealmirante Aznar, el cual en aquellos momentos se encontraba ya muy cerca del lugar donde había

ocurrido la catástrofe.

Evidentemente había sido un accidente, pero había habido una clara desobediencia de las órdenes recibidas, y era cuestión de ver cómo planteárselo al Vicealmirante, tanto por su propia conveniencia, como para salvar la memoria de la pobre capitana Azpeitia. Existía además el problema de cómo se lo tomarían los nahumitas. A la vista de su desconfiado carácter, solo faltaría que les diese por creer que había habido algún tipo de sabotaje o algo parecido.

Pero afortunadamente no ocurrió nada de lo temido por el capitán Ramos. Ambas partes aceptaron lo sucedido como un desgraciado accidente, cuyas causas ya se determinarían más adelante, pero cuya importancia quedaba eclipsada por la trascendencia del acontecimiento que estaba a punto de producirse: el encuentro formal entre los representantes de Valera y del Imperio de Nahum.

Capítulo V

ESTRATEGIAS DIVERGENTES

La capitana Mercedes Azpeitia fue recobrando el sentido. Su cabeza estaba a punto de estallar. Aunque en Valera el consumo de bebidas alcohólicas estaba racionado, en una ocasión había cogido una borrachera fenomenal, de cuya resaca guardaba uno de los peores recuerdos de su vida. Pero aquello no era nada comparado con lo actual. Y no recordaba lo ocurrido... ¿habría vuelto a beber en demasía? Quizás durmiendo un poco más se le pasara. Con esta idea intentó ponerse de lado, al mismo tiempo que colocaba un brazo bajo la almohada para levantar la posición de la cabeza.

Pero para su sorpresa descubrió que no estaba en la cama, sino sobre una superficie dura y fría, sin almohada ni nada parecido. Trató entonces de levantar la cabeza y un intenso dolor le recorrió todo el cuerpo partiendo de la sien derecha. Instintivamente se llevó allí la mano para descubrir un enorme bulto, recubierto de una substancia pegajosa.

Todavía desorientada, se esforzó por abrir los ojos, pero al conseguirlo no logró ver nada en absoluto. Estaba rodeada de la más total oscuridad.

De todos modos, esta serie de tentativas sí lograron una cosa: conseguir que poco a poco empezase a recordar. Repentinamente todos los últimos acontecimientos vinieron a su mente: el encuentro con los nahumitas, su traslado al navío jefe de la flotilla, el cordial recibimiento... y luego la alarma, la huida por los pasillos, el aerobote que no funcionaba... y ya no tenía conciencia de nada más, tan solo un estallido, unas brillantes luces danzando ante sus ojos y después las tinieblas.

Si el reactor del crucero había explotado, todo debía haber terminado. ¿Estaría muerta? No, no podía estar muerta, aquel dolor era de vivos; estaba viva y muy viva.

Lentamente se puso en pie y a pesar de las náuseas que la invadieron, trató de desplazarse por la oscuridad que la rodeaba, descubriendo así que se encontraba en un pequeño cubículo sin ningún tipo de muebles ni nada parecido.

Agotada por el esfuerzo, terminó por sentarse en el suelo, apoyando la espalda contra la pared y así permaneció algunos minutos, hasta que de repente una viva luminosidad llenó la habitación, sacándola de sus pensamientos.

A su derecha se escucharon unos ruidos y girando la cabeza en aquella dirección vio cómo se abría una puerta y por ella aparecía el capitán Makot, seguido de una mujer vestida enteramente de blanco.

Al verla despierta, el rostro de Makot reflejó una expresión mezcla de sorpresa y alivio, al tiempo que decía:

—Capitán Azpeitia, no sabe cuanto me alegro de verla restablecida, aunque lamento que haya despertado aquí sola, pero deberá disculparnos, ya que con el lío de la evacuación nos vimos forzados a dejarla en este pequeño camarote hasta que controlásemos la situación.

—Pero ¿qué me ha pasado? Lo último que recuerdo fue que estábamos en el bote salvavidas, que este no podía arrancar y que el reactor estaba a punto de explotar.

—No se preocupe; al final pudimos salir, pero usted se cayó y se golpeó con el borde de un asiento, dándonos un susto terrible. Por un momento creí que estaba muerta y que todos mis esfuerzos no iban a servir para nada —y Makot se calló en seco, como si temiera haber hablado más de la cuenta.

Sin reparar en ello, Mercedes siguió preguntando:

—¿Y mis compañeros?

—Están bien; salieron en uno de los primeros botes y en estos momentos ya deben estar con sus compatriotas.

—Bueno, pues en ese caso creo que deberé darme por satisfecha de que todo haya terminado con un simple chichón. Voy a comunicarme con el Monterrey —y diciendo esto Mercedes acercó sus dedos al transmisor que llevaba en su muñeca.

Su primera sorpresa fue comprobar que el aparato no estaba en su sitio y la segunda se produjo al escuchar las siguientes palabras del capitán nahumita:

—Por ahora será mejor que no lo haga; procure descansar y ya nos cuidaremos nosotros de ello.

Y apartándose cedió al paso a su acompañante, la cual llevaba en sus manos una especie de jeringuilla hipodérmica, claramente dispuesta para inyectarle algún tipo de medicamento.

Súbitamente despejada, la capitana Azpeitia retrocedió un paso, al tiempo que decía:

—¿Qué pretenden? Ya me encuentro bien. ¡Y quiero comunicarme con los míos inmediatamente!

—Tranquila —intentó suavizar Makot—, se trata solamente de un calmante, para que termine de recuperarse.

—Repito que ya me encuentro suficientemente bien como para poder comunicarme con mi buque. Devuélvanme inmediatamente mi radio.

—Enseguida, enseguida, pero antes le conviene descansar.

Y diciendo esto, el nahumita avanzó lentamente hacia Mercedes, la cual retrocedió hasta que su espalda chocó con la pared, quedándose allí jadeante, mientras una nueva idea empezaba a abrirse paso en su interior.

—Ustedes no piensan devolverme con los míos... ¡Quieren hacerme prisionera!

—Quizás sí —masculló Makot—, dejémonos de tonterías y no ofrezca resistencia o será peor.

Y diciendo esto dio dos pasos hacia ella, sujetándole fuertemente los brazos, mientras añadía:

—¡Va, doctora, inyéctele eso y acabemos de una vez!

Mercedes intentó resistirse, pero estaba todavía bastante débil y no pudo evitar sentir un pinchazo en el antebrazo, al tiempo que una dulce somnolencia iba apoderándose de ella, hasta que se sumió de nuevo en el olvido.

El capitán Makot evitó que cayera al suelo y levantándola en brazos la sacó del pequeño camarote, trasportándola a lo largo del pasillo, al tiempo que comentaba con la doctora:

—Es mejor que haya sido así. Cúrele la herida y después la interrogaremos —y continuó como para sí mismo—. Lo malo hubiera sido que con aquella absurda caída en el bote se hubiera hecho daño de verdad y toda esa comedia no hubiese servido para nada.

Esta reflexión provenía del hecho de que en la confusión, cuando aparentaron que el aerobote no podía despegar, Mercedes se cayó contra uno de los asientos y se golpeó fuertemente en la cabeza, haciéndoles temer que hubiese ocurrido algo irreparable y que toda la simulación destinada a engañar a los valeranos y capturar impunemente a la capitana hubiese sido inútil. Finalmente el plan había resultado y la pérdida de un crucero, sacrificado en aras de la verosimilitud del incidente, no iba a tener más importancia, pero Makot no quería ni pensar en lo que hubiesen dicho sus superiores si finalmente hubiese fracasado.

Las reflexiones del capitán nahumita se vieron interrumpidas por la llegada a la diminuta enfermería del Wensán, nombre del crucero al que disimuladamente se había dirigido el bote salvavidas después de abandonar el Manag. La estratagema había resultado y desconocedores de cuantos botes llevaba el crucero accidentado, los valeranos habían creído firmemente en la muerte de la capitana Azpeitia junto con los demás ocupantes de la falúa, incluyendo al comandante nahumita. Incluso había llegado a manifestar su condolencia a la teniente Eola, que oficialmente había quedado al mando.

Mientras las conversaciones entre Eola y los valeranos seguían desarrollándose cómo preparación de la entrevista entre el vicealmirante León Aznar y el Príncipe Márphil, el Wensán se alejó de la concentración nahumita dirigiéndose hacia la flotilla nahumita que, escoltando al autoplaneta Panag estaba ya llegando a aquel punto del espacio que en pocas horas se había convertido en uno de los lugares más concurridos de la galaxia.

Aprovechando el poco tiempo disponible, el capitán Makot inició un primer interrogatorio de su prisionera. Esta, una vez curada su herida, estaba echada sobre la mesa de la enfermería, sumida en un ligero sueño provocado por las drogas

hipnóticas que acababan de inyectarle y respirando profundamente.

A las hábiles preguntas de un teniente de Información y del propio Makot, Mercedes respondió con toda naturalidad, revelando a los sorprendidos nahumitas la verdadera composición de la expedición valerana.

No se trataba de una flota de navíos y autoplanetas normales, similares a los que constituían la base de la Armada nahumita, tales como el Manag, cuya forma era aproximadamente esférica, con un diámetro máximo de quince o veinte kilómetros, sino que Valera era un caso único en todo el cosmos. Se trataba de un verdadero astro, de un planetillo del lejano sistema solar de Redención, cuyo diámetro de seis mil kilómetros le daba las mismas dimensiones de cualquiera de los satélites naturales que acompañaban desde toda la eternidad a los planetas del sistema solar nahumita.

No cabía duda de la veracidad de lo expuesto por la drogada capitana Azpeitia, la cual añadió que la flota que acompañaba al autoplaneta Valera estaba constituida por tres millones de buques siderales, agrupados en veinte flotas, aparte de quinientos discos volantes de diez kilómetros de diámetro y un numerosísimo ejército autómatas. Y lo más asombroso de todo era que no solo estas colosales fuerzas armadas estaban enteramente contruidos de dedona, el fabuloso metal que había hecho invencible a la Armada Imperial Nahumita, sino que el propio Valera era todo él una colosal esfera hueca de esa misma substancia, en cuyo interior se albergaba un mundo artificial con atmósfera, mares y tierras, donde vivían holgadamente veinte millones de seres humanos, constituyendo la mayor máquina de guerra existente en el Universo.

Estas revelaciones dejaron estupefactos a los dos oficiales nahumitas, los cuales corrieron a pasar en limpio toda aquella información para entregársela al almirante Sísifo en cuanto atracasen en el Panag, dejando a la pobre Mercedes inconsciente e ignorante de todo lo que acababa de revelar a sus captores.

Durante las horas siguientes, los acontecimientos fueron sucediéndose velozmente en diversos escenarios.

En el autoplaneta Manag, el capitán Makot conseguía por fin ser recibido por el propio Almirante y recibir las mayores felicitaciones por parte de este. En el acorazado valerano Cádiz, el vicealmirante León Aznar se congratulaba por el éxito diplomático de su misión de descubierta y comunicaba a su pariente el Almirante Mayor Don Jaime Aznar, jefe supremo de Valera, que en breve iba a entrevistarse con una alta jerarquía nahumita, el Príncipe Márphil, hijo del propio Gran Tass, Señor de los Cielos y Planetas. Y este, reunido en Noreh con su Estado Mayor, empezaba a elaborar un plan de acción destinado a apoderarse de aquella inesperada presa que acababa de ponerse a su alcance.

La mejor noticia que había recibido el Emperador era que de las declaraciones de la prisionera se desprendía que los recién llegados no tenían ni idea de lo que era el Rayo Azul y esta podía ser el arma definitiva para su victoria.

Así lo estaba manifestando en aquellos momentos el almirante Epaminón, quien

exponía el plan apresuradamente elaborado:

—Creemos pues, que los valeranos no conocen en absoluto la existencia del Rayo Azul y que por lo tanto no deben tener ningún tipo de protección contra sus efectos. En estas circunstancias, la estrategia a seguir parece evidente. Se trata simplemente de conseguir atraerlos a las proximidades de alguno de nuestros planetas exteriores en los que tenemos instalado un proyector de rayos azules y una vez se hayan situado en una órbita estable alrededor de nuestro sol, dirigimos el rayo contra ellos y todo su extraordinario potencial hará quedado reducido a la nada.

«Bastará entonces que nuestras flotas se posen en su superficie y se apoderen de los puntos neurálgicos, para que no tengan más remedio que rendirse incondicionalmente».

—Excelente; dejo los detalles en tus manos —aprobó el Emperador, para continuar seguidamente—. Es también mi deseo conocer personalmente a ese capitán que tan brillantemente ha llevado a cabo esta misión. Y que traiga también a la oficial valerana. Tengo curiosidad por ver de cerca a un ejemplar femenino de otra galaxia.

—Bien, Señor; vuestras órdenes serán cumplidas.

Y con estas palabras se disolvió la reunión, con los militares concentrándose en la preparación de plan a seguir, mientras los científicos de enfrascaban en largas discusiones sobre las novedades que acababan de conocer.

Mientras tanto, a miles de millones de kilómetros, más allá de las fronteras del sistema solar nahumita, en el interior de Valera, tenía lugar otra reunión de Estado Mayor, bajo la presidencia del Superalmirante Don Jaime Aznar. El Superalmirante, título con el que se conocía popularmente al Almirante Mayor, era la máxima autoridad del planetillo, ya que este se consideraba a todos los efectos un transporte militar y era regido férreamente por las Ordenanzas, aunque estrictamente hablando no todo su personal perteneciera a la Armada o al Ejército.

La reunión tenía lugar en la sala de consejos del Almirantazgo, imponente rascacielos de cristal situado en el centro de Nuevo Madrid, la capital de Valera y a ella asistían no solo los altos jefes militares, sino un buen número de civiles que constituían lo que podría llamarse la plana mayor científica del autoplaneta.

En aquel momento tenía la palabra el eminente astrónomo profesor Fernando Valera, que estaba explicando a sus colegas las características del sistema solar al que se estaba acercando el planetillo.

—Disponemos ya de toda la información astronómica que es posible de obtener. Tal como ya sabíamos, este sistema tiene un sol metálico idéntico al de la Tierra y a su alrededor giran once planetas, cinco de los cuales son totalmente inhóspitos, pero en los otros seis es posible la vida tal como nosotros la entendemos, aunque con distinto grado de confort. El mejor de todos, tanto por su tamaño como por su distancia al sol es el llamado Noreh, donde parece estar el centro administrativo del Imperio, aunque de esto sin duda podrá informarles mejor el correspondiente servicio de la Armada. Desde el punto de vista puramente físico, el resto de los planetas son

de constitución y climatología bastante distinta; algunos casi cubiertos por hielos eternos y otro, al que llamamos Océán, es todo él un gigantesco mar, sin más tierra firme que algunas agrupaciones de islotes sin importancia.

«En las carpetas que les hemos entregado, tienen ustedes toda la información detallada de que disponemos».

A continuación tomó la palabra el profesor Rafael Castillo, que confirmó las palabras de su colega en el sentido de que al menos media docena de aquellos planetas eran perfectamente habitables por los seres humanos y terminó su exposición diciendo:

—En cuanto a la morfología de los nahumitas, de momento solo podemos basarnos en lo que averiguamos cuando atacaron la Tierra, lo cual por otra parte, está siendo confirmado por los contactos que hemos establecido con ellos. Son exactamente iguales que nosotros, compatibles a todos los niveles. Recuerden por ejemplo, que en su momento nacieron bastantes mestizos de los prisioneros nahumitas capturados y terrícolas o redentores, sin que se haya detectado nunca ninguna anomalía significativa. Y a pesar de los años transcurridos desde que aquella flota partió de aquí, la raza nahumita no parece haber experimentado ningún cambio especial.

—De todos modos —interrumpió la socióloga Nuria Ross—, tenemos motivos para creer que en este sistema coexisten varios pueblos y que aquellos a quienes nosotros conocemos como nahumitas son en realidad los norehanos, la raza dominante. Los informes que obtuvimos en aquellos tiempos indicaban que Nahum era un imperio, con una minoría selecta que dominaba a una población diez veces mayor, a la que trataban bajo diversas formas de esclavitud. Claro que no sabemos lo que ha podido ocurrir durante los centenares de años que deben haber transcurrido, pero el hecho de que sigan presentándose con un Imperio, con su «Señor de los Cielos y los Planetas» da la impresión de que todo debe seguir de un modo similar, sin asomos de democracia ni república ni nada que se le parezca.

En aquel momento tomó la palabra el Almirante Mayor, diciendo:

—No creo que en estos momentos sea necesario seguir especulando. Dentro de poco estableceremos los primeros contactos diplomáticos con esta gente y disiparemos todas estas dudas.

—Sí, pero ¿qué haremos si se trata de una sociedad basada en la esclavitud y la opresión? —preguntó otro de los asistentes, el Cardenal Tarascón.

—Si fuese así, intentaríamos evidentemente hacerles ver su error, pero no olvidemos que venimos en son de paz y que no tenemos ningún derecho en inmiscuirnos en los asuntos internos de un pueblo que no nos ha hecho nada. De todos modos, no adelantemos acontecimientos y esperemos a ver como se desenvuelven los primeros contactos.

Soslayando pues, este espinoso tema, Don Jaime continuó:

—Almirante Ribas: ¿cuál es la situación militar?

—Basándonos en las imágenes que se nos han transmitido desde la IV Flota, sus navíos no parecen haber evolucionado mucho desde los que conocimos en el Sistema Solar. Si es así, creemos que los nuestros serán superiores, ya que las últimas guerras tanto con ellos como con los Hombres de Silicio de Redención, nos han forzado a introducir muchísimas mejoras, tanto técnicas como tácticas.

«Me atrevería a afirmar que uno por uno nuestros buques deben ser muy superiores a los suyos, aunque evidentemente esto no podremos saberlo hasta que tengamos ocasión de estudiarlos de cerca. Es una lástima que no hayamos podido capturar alguno de ellos antes de entrar en el sistema».

—Este punto ya fue discutido en su momento —cortó el Almirante Mayor—, y se acordó no efectuar ningún acto que pudiese ser interpretado como hostil por los legítimos habitantes de estos planetas. Además, nosotros venimos amparados por Valera y aún en el peor de los casos, el autoplaneta es una fortaleza inexpugnable.

Y sonriendo irónicamente concluyó:

—Por lo tanto, podemos permitirnos el lujo de ser buenos y confiados.

La conversación siguió un rato más por los mismo derroteros, hasta que entró el coronel Tortajada, uno de los ayudantes de Don Jaime Aznar, que acercándose a él, le musitó unas cuantas frases al oído, lo cual tuvo la virtud de concentrar la atención general.

—Caballeros —anunció el Superalmirante—. Acaban de comunicarme que ya se ha efectuado la primera reunión entre el vicealmirante Don León Aznar y el embajador nahumita, que es un Príncipe, hijo del Emperador. Estamos en comunicación directa con León y he ordenado que nos la pasen a esta sala.

Efectivamente, a los pocos segundos se iluminó una gran pantalla que acaba de abrirse en uno de los laterales del salón y en ella apareció el rostro de un hombre de cabellos entrecanos, vestido con el uniforme de gala de la armada valerana.

—Hola León —saludó Don Jaime—. Cuéntanos que ha pasado y como ha ido todo.

—A tus órdenes, Jaime. Pues verás, yo diría que todo ha ido estupendamente. A mi llegada ya estaba todo preparado para la entrevista, que ha tenido lugar a bordo de uno de sus autoplanetas. Han sido ellos los que se han ofrecido y a mí me ha parecido correcto aceptar, tanto por razones de protocolo como por el hecho de que ello nos ha permitido estudiar un poco cual es el estado de su tecnología.

«Nos ha recibido el Príncipe Márphil, que ostenta además una categoría similar a la de nuestros contralmirantes. Es un caballero extremadamente cortés que se ha portado muy atentamente con nosotros, aunque no hemos podido extraerle ninguna información importante de las que nos interesaban. Claro que esto es lógico y evidentemente ellos tampoco han obtenido nada de nosotros.

»Todo han sido saludos y buenos deseos y hemos quedado para volver a reunirnos y preparar nosotros una embajada que irá a entrevistarse con su emperador, el Gran Tass.

»Entretanto, nos han autorizado a que Valera se adentre en su sistema, pero sin que rebase la órbita del más exterior de sus planetas, el llamado Ragún. En principio hemos quedado en que podríamos “anclar” nuestro autoplaneta a cinco millones de kilómetros de él, en una órbita estacionaria, adecuando la velocidad de traslación a la suya».

La atención de todos los asistentes estaba pendiente de los labios del lejano informador, que fue interrumpido por Don Jaime inquiriendo:

—Ya nos lo explicarás luego con todo detalle, pero hay una cuestión muy importante. ¿Qué habéis podido averiguar de su potencial militar?

—Poca cosa, pero la primera impresión es que tanto sus naves como este autoplaneta son muy parecidos a los que conocimos en el Sistema Solar. Lo que hemos podido ver estaba todo muy bien preparado y ensayado, pero disponemos de otra información muy interesante, que estimo de gran valor.

Y ante el interés general, prosiguió:

—Antes de nuestra llegada, y por razones que ahora no voy a detallar, la comandante de la flotilla que había efectuado el primer contacto aceptó ir a bordo de uno de los cruceros nahumitas y durante su visita se produjo una avería en su reactor que terminó por provocar la explosión del navío y la muerte de varios de sus tripulantes, entre ellos la desgraciada capitana Azpeitia, que era la comandante en cuestión. Sin embargo se salvaron los dos oficiales que la habían acompañado y de su informe se desprende que la reacción de los nahumitas ante el accidente fue bastante deficiente, con muchos nervios y falta de coordinación. Todo esto no dice nada bueno ni de su tecnología ni de su disciplina.

—Gracias, León. Envíanos cuanto antes un informe detallado. Mientras tanto, sigue negociando con el Príncipe, pero sin llegar a un compromiso definitivo. Nosotros vamos a evaluar toda la información de que disponemos y una vez decidida la línea de actuación, ya te comunicaremos nuestra decisión para que actúes en consecuencia.

Y mientras la figura del vicealmirante Aznar desaparecía de la pantalla, Don Jaime se volvió hacia el resto de la reunión y continuó:

—Recapitulemos. Finalmente hemos llegado al sistema nahumita y nos encontramos con una nación que aparentemente no está al corriente de lo ocurrido en la Tierra hace cincuenta años y que parece estar viviendo bajo un régimen más o menos feudal.

«Nos han recibido amigablemente, pero desconfían, lo cual es perfectamente lógico. Ignoramos su potencial militar, pero no parece haber avanzado mucho desde aquel entonces.

»Nos autorizan a penetrar hasta las fronteras de su imperio y se ofrecen a establecer relaciones diplomáticas.

»Esto es en esencia, todo lo que sabemos o suponemos. Se trata ahora de determinar nuestra línea de acción. Desearía conocer vuestras opiniones».

En este punto tomó la palabra el vicealmirante Luis Aznar, nieto de Don Jaime y responsable del Servicio de Información para el proyecto Nahum, sugiriendo:

—Opino que tenemos dos alternativas. Quedarnos aquí en espera de conocer mejor quienes son estos nahumitas o llegar hasta la posición que nos han ofrecido y desde allí proseguir las negociaciones, aceptando en principio su oferta de entrevistarnos con el Emperador.

—Ciertamente —prosiguió otro almirante—. Mi opinión es que no debemos causar la más mínima impresión de falta de confianza y que debemos acercarnos a Noreh tanto como sea posible. No correremos ningún riesgo; Valera es invulnerable.

—Puede que tengan razón —intervino Nuria Ross—. Por lo que sabemos, los nahumitas son extremadamente orgullosos y creo que cualquier vacilación por nuestra parte sería tomada como un signo de debilidad.

Durante unos minutos la conversación fue dando vueltas sobre el mismo tema, hasta que nuevamente tomó la palabra el Superalmirante para resumir:

—De acuerdo. Considerando todo lo dicho, vamos a llevar a Valera hasta la posición que nos han indicado y nos detendremos allí, aceptando su hospitalidad y la entrevista con su Emperador. Coronel; transmita a Don León las instrucciones pertinentes.

«De todos modos no hay que ser excesivamente confiados. Sacaremos al exterior la Primera y Segunda Flotas, que tomarán posiciones a una distancia prudencial de Valera para prevenir cualquier sorpresa. El resto de nuestras fuerzas permanecerán en el interior, a cubierto de cualquier ataque que pudiera producirse.

»Esto es todo, caballeros. Se levanta la sesión».

Capítulo VI

¿CÓMO CONTINÚA ESTA HISTORIA?

Lo narrado hasta aquí se ha apartado sensiblemente de lo relatado por George H. White en su novela *Invasión nahumita*. Allí da la impresión de que Valera entra imprudentemente en el Imperio Nahumita y es atacado de improviso por el Rayo Azul, conquistado y todos sus habitantes son reducidos a la esclavitud. Miguel Ángel Aznar y Aznar, un joven cadete, tataranieta del Almirante Mayor Don Jaime, logra fugarse con un grupo de amigos e inicia una serie de aventuras que culminan con la reconquista del autoplaneta y el derrocamiento del Imperio de Nahum.

Pero volviendo a la presente narración, lo expuesto hasta el momento no es definitivo.

Caben varias alternativas:

a) Valera penetra hasta la posición fijada por los nahumitas y una vez allí es alcanzado por el Rayo Azul, pierde toda su capacidad militar y la historia continúa exactamente como la escribió George H. White. Nada más se sabe de los personajes que han aparecido en los capítulos anteriores.

Esta narración quedaría entonces reducida a un ensayo de treinta páginas sobre lo que pudo haber sido y no fue, pero demostrando que lo ocurrido en «Invasión nahumita» era inevitable.

b) Seguir la misma línea argumental del apartado anterior, es decir, Valera cae en manos de los nahumitas, etc., pero en paralelo con lo relatado por GHW estos seis capítulos continúan con las aventuras de Mercedes Azpeitia, el capitán Makot y demás personajes.

En este caso, sería como si se escribiera una nueva novela basada en aquel momento histórico y apartándose de la Saga tan solo en los seis capítulos anteriores, aunque el hilo principal de la historia seguiría rigurosamente lo escrito por el Autor.

c) Cambiar radicalmente lo sucedido, suponiendo que Valera no cae en la trampa tendida por los nahumitas. Pero en este caso se produciría una evolución totalmente

distinta a la versión oficial, lo cual se aparta del espíritu que ha presidido hasta la fecha todo lo que se ha escrito basándose en la Saga de los Aznar.

d) Destruir todo lo anterior, condenándolo a la hoguera por hereje.

¡Y esto es todo, amigos!, como diría el Pájaro Loco.

Ahora os toca a vosotros, los miembros del Escuadrón Delta, escoger por votación cuál de las cuatro alternativas debe ser seguida.

Vosotros tenéis la palabra...

F I N

PRINCIPIO

**Juan Manuel Conde
Francisco Javier López**

Capítulo I

A riesgaba mucho permaneciendo aquí. Llevaba tres horas de espera desde mi llegada, a las nueve de la noche. En esa detestable sala de espera, la más lúgubre que había conocido en todas mis visitas a hospitales, de unos veinte metros cuadrados, un suelo de baldosas rojas, descoloridas y desgastadas por el paso de los años y el arrastrar de los pies de todos los que, como él, se habían pasado las horas dando paseos de un extremo a otro esperando a una respuesta.

Las paredes, alicatadas de pequeños azulejos blancos hasta una altura de 1 metro, con una cenefa roja al final, con huecos por la falta de algunos, rezumaban humedad. De una de ellas pendía un polvoriento crucifijo. Las lámparas colgaban de un techo cuya parte de pintura desconchada daban una luz mortecina; a lo largo de las paredes una serie de sillas de madera viejas y llenas de mugre. En el centro, un par de mesas bajas con unos periódicos atrasados, arrugados por el uso. Al menos, unas misericordiosas ventanas dejaban entrar la luz de unas farolas de la calle, lo que proporcionaba a la estancia una iluminación menos mísera.

Y eso pasaba en un país anclado en el siglo pasado, donde moraban gentes divididas e inundadas por la miseria; y se pasaba de una pequeña y adinerada sociedad que lo dirigía todo en contraste a una gran mayoría de población, explotada día tras día, que hacía malabarismos por su supervivencia.

Durante este tiempo, ni un movimiento de entrada. Parecía como si todo el hospital yaciera desierto, sin un ruido, sin vida, con un silencio solo roto por los ronquidos del hombre que compartía sala conmigo. Dormido durante todas esas horas, me estaba empezando a sacar de quicio. ¿Cómo podía dormir en un momento como este?

Era increíble su sentido del equilibrio, tirado en tres sillas de la sala donde ninguna otra persona sería capaz de sostenerse sin caerse al girar sobre sí mismo. Pero lo que más me molestaba en esos momentos, eran sus interminables ronquidos que no cesaban, y que estaban a punto de producirme una alteración nerviosa que no sabía hasta dónde me llevaría si no le hacía callar pronto.

Mientras me aproximaba al hombre chistándole para despertarlo, me fijé con más interés: mediría aproximadamente uno setenta y cinco de estatura y era de

constitución robusta. Sus músculos resaltaban bajo sus ropas, cabello rubio y corto con entradas amplias en las sienes y unas facciones que, a primera vista, parecían pertenecer a un boxeador: nariz hundida por supuestos golpes de efecto...

Al llegar a su lado y por efecto del chisteo, este se giró hacia un lado, separándose las sillas y cayendo al suelo. Un pensamiento de alivio surgió en mi cabeza.

—¡¡Aleluya, se acabaron los jodidos ronquidos!!

Su despertar fue como el de un terremoto. Se golpeó contra el suelo de baldosas produciendo un gran estruendo y lanzando las sillas despedidas hacia todos los lados, cuyo estrépito rompió el silencio cuan si fuera la explosión de una bomba.

—*Oh My God! What happened here!* —Y sentándose en el suelo se quedó mirando con cara de sorpresa al larguirucho que le miraba de pie, al lado suyo.

—Perdone, me he quedado transpuesto ¿qué ha ocurrido?

—Se ha caído de las sillas, de tan dormido estaba usted y ha perdido el equilibrio al intentar darse la vuelta.

El individuo miró con los ojos entrecerrados y escrutó a un hombre de algo más de un metro noventa de estatura. Anchos hombros y un par de botones sueltos en una camisa que dejaba entrever una cicatriz a la altura de un musculoso torso. Notables bíceps, cintura estrecha y largas piernas, negros y rizados cabellos, piel quemada por el sol que apuntaba una vida al aire libre. Ojos negros de mirada inteligente, boca grande con barbilla firme y cuadrada. Todo lo contrario a la media del país, donde la mayoría no superaba el metro sesenta.

—Me llamo Ángel —extendiéndole la mano en señal de ayuda para levantarlo del suelo.

—Muchas gracias —en buen español aunque con leve acento inglés y cogiéndome la mano me dio un fuerte apretón mientras se levantaba con dificultad.

—El mío es Charles ¿le importaría ayudarme a arreglar este estropicio antes de que llegue alguien?

—De acuerdo, ¡madre mía!, como ha quedado la sala, es como si hubiera pasado una manada de toros por ella.

Y soltando una carcajada los dos nos pusimos a colocar las viejas sillas en su sitio. Una vez ordenado todo el viejo mobiliario y sentados de la mejor manera que nos ofrecían las incómodas sillas, Charles saco un paquete de cigarrillos y me ofreció un pitillo.

—¿Quiere?

—Gracias he terminado los míos.

—Y bien Ángel —dando una gran calada— le veo nervioso, por lo que veo es la primera vez que viene a un sitio como este, ¿me equivoco?

—No se equivoca, ¿cómo lo sabe?, pero tutéeme, prácticamente somos de la misma quinta.

—Como quiera... perdón como quieras.

—No te preocupes, todo saldrá bien, esta es mi tercera vez, y ya ves, tan

tranquilo. Y como esto siempre se alarga lo mejor será que te sientes y leas algún periódico, a ver si trae algo interesante y te relajas.

Capítulo II

Cogí uno de los periódicos gastados por el uso y de fecha atrasada, abriéndolo por la sección taurina —muy demandada por las gentes de este país, amigas de la fiesta nacional— con una noticia interesante. La confirmación como matador de Jaime Ostos en Las Ventas, hoy 17 de Mayo, con Antonio Bienvenida como padrino y Gregorio Fernández como testigo, con toros de la ganadería de Juan Cobaleda «El Famosito». Mientras leía, vi como Charles se encendía otro cigarrillo dejando la mirada perdida, encerrado en sus pensamientos. De pronto le cambió la expresión al fijar la mirada en el periódico que yo leía frente a él, abalanzándose sobre mí y arrancándomelo de las manos. Exclamó:

—¡¡¡Ellos!!! ¡¡¡Otra vez ellos!!!

—¿Qué pasa amigo? —le pregunté al ver su arranque quitándome la prensa de las manos.

—Perdóname, tuve un... pero ya pasó, estoy bien gracias.

—Ellos ¿quiénes son ellos? —Fijándome en cómo le había cambiado la expresión de la cara.

—Es algo que me ocurrió hace algún tiempo y lo recuerdo como si fuera ayer. Te contaré lo que me pasó —había en su voz un cierto velo de tristeza—. Como te habrás podido dar cuenta por mi acento, no soy de aquí. Te diré que nací en Estados Unidos de Norteamérica. Te preguntarás: qué hace un americano en tu país.

—Bueno —contesté— todo el mundo puede ir adonde le plazca mientras no perjudique a nadie.

—Bien —sentenció— pues empezaré diciéndote que vine a Europa a luchar en la gran guerra contra los alemanes. Cuando mi país entro en la guerra, yo fui uno de los primeros de mi ciudad en alistarme como voluntario. Después de la instrucción pertinente, conseguí especializarme en comunicaciones e ir al frente como radio, en la Octava Fuerza Aérea de bombardeo de los Estados Unidos, primer batallón donde íbamos todos los voluntarios americanos y de donde salieron muchos de nuestros mejores pilotos con sus bombarderos B-17/F, considerados luego como héroes nacionales. Yo, por problemas físicos, no pude ingresar en la escuela de pilotos. Nunca podría cumplir mi sueño de volar.

Tras pronunciar estas palabras la expresión de su rostro sufrió un cambio radical. Durante un par de minutos clavó la mirada en un punto fijo de la pared frente a él y después, sacudiendo la cabeza de invisibles fantasmas, siguió con el relato de su historia.

—Durante esos años recorrí la mayoría de campos de aviación de Inglaterra y después del Desembarco, pasé junto a mi batallón a conocer los de Francia, donde fui herido en varias ocasiones. Durante mi estancia en un hospital francés conocí a una joven enfermera española de la cual me enamoré y desde entonces estamos juntos — sacó otro cigarrillo y dando una profunda calada siguió con su relato.

Yo quise preguntarle pero él me interrumpió con un movimiento de mano.

—Déjame continuar, ahora que estoy lanzado: desde la guerra esta vieja historia no había salido a la luz.

—Al terminar la guerra nos vinimos a España, donde llevamos una vida más o menos confortable gracias a la pensión que me ha quedado del ejercito por las heridas sufridas en el Frente, y a lo que saco de una pequeña tienda de aparatos de radio que montamos en esta ciudad. Cuando andamos apretados tenemos el sueldo de mi mujer como enfermera, que no se toca si no es necesario. Espero que dentro de algún tiempo pueda volver a mi país con mi esposa, donde montaré otra tienda más grande y moderna que la de aquí: es mi anhelo desde que terminó la guerra.

—Como te hirieron —pregunté— fueron tres veces ¿no es así?

—Sí, las tres fueron en ataques aéreos: las dos primeras, leves, en ataques de la aviación teutona a los campos de aviación aliados. La tercera, grave, y no precisamente por ataque Teutón. Permíteme un segundo para otro cigarrillo y te contare el gran secreto. Ahora que ha terminado la guerra supongo que lo podré contar, y si no, me da lo mismo *fuck it!*

—¡¡¡Mierda!!! Se me acabaron los cigarrillos. —Arrugando su paquete de rubio americano.

—Espera un momento —le dije—. Iré al café que hay frente al Hospital, a ver si tienen tabaco. —Salí de la sala mientras observaba cómo el americano se quedaba pensativo, sentado, con el paquete vacío entre las manos.

Quince minutos más tarde regresé a la sala donde me encontré a Charles con el periódico que momentos antes había estado leyendo, arrugado entre las manos y con su cara trasformada. Tenía una expresión que me preocupó sobremanera. Me senté a su lado; le ofrecí uno de los paquetes de tabaco.

—¿Estas bien? Tienes mala cara.

—Sí, estoy bien, solo que... estaba recordando...

Se encendió otro cigarrillo. Su rostro, iluminado brevemente tras el resplandor del fósforo, mostraba una expresión triste y apagada.

—Faltaban ocho meses para terminar la guerra. Mi batallón estaba destinado en Chaitancourt, a 20 km de Verdun, tierra de buen vino y de mejores mujeres — marcando una leve sonrisa—. Aunque estábamos cerca del frente llevábamos tiempo

tranquilos de visitas Teutonas. Era primavera, una fría mañana de primavera. Súbitamente aullaron las sirenas de alarma. De forma automática todos salimos de las tiendas en dirección a las defensas antiaéreas y los pilotos, junto a sus mecánicos, hacia sus aviones. Fue entonces cuando el cielo fue surcado por unas extrañas naves, con forma de disco que se ensanchaba hacia el centro; tendría un diámetro de unos veinte metros. Los cantos, redondeados, aerodinámicos, sobresalían partiendo una esfera algo aplanada, cuyas mitades asomaban arriba y abajo. Lo más asombroso era el extraño ruido, zumbidos de moscardón con un toque metálico.

Ningún arma les hacía mella. Nuestros aviones, los pocos que consiguieron despegar, no lograban más que ser derribados a los pocos minutos por los rayos lanzados por esos extraños trompos. Su fuerza era tal, que al impactar con las piezas de metal que llevaban los aviones, estas se desintegraban. Mientras, otros barrían la base con ráfagas que explotaban como proyectiles de mortero. En tan solo quince minutos derribaron los aviones y acabaron con todas nuestras defensas. Silencio mortal, solo roto por el crepitar de las llamas. Aterrizaron sobre los restos de las tiendas usando unas barras a modo de patas extensibles, que salían de la cara inferior del aparato.

Me encontraba oculto en lo que antes fue un nido antiaéreo. Pensé que los Alemanes tenían una nueva arma con la que, seguro, ganarían la guerra.

—Jodidos alemanes, con estos cacharros están desfilando en Broadway en dos meses...

De repente con un siseo de la parte inferior de la esfera se abrió una escotilla rectangular y se deslizó una rampa por la que descendieron sus ocupantes: unos seres altos de más de dos metros, enfundados en unos trajes que recordaban a los de un buzo. Empezaron a comprobar el estado de los hombres; cuando encontraban alguno con vida automáticamente era introducido en sus naves. Los malheridos eran rematados con extrañas armas.

Desde mi escondite observé que uno de ellos, que superaba al resto en estatura, se iba acercando a mí. Pensé: no me cogéis vivo sin llevarme por delante a ninguno de vosotros. Arrastrándome, y sin hacer ruido, agarré el fusil ametrallador del que había sido el sargento Harrys, a quien un impacto le había arrancado los brazos y parte del cráneo. Un sudor frío recorría mi espalda, oía como el gigante se acercaba a mí. Atenazando el arma me preparaba para sorprender al gigante con una serie de disparos, a poder ser, mortales.

Justo cuando iba a disparar, uno de ellos dio un insólito grito y el gigante se detuvo a unos pocos metros de mí, se volvió hacia la voz, no sin antes girar la cabeza bajo la escafandra, como si sintiera mi presencia, y se unió al resto del grupo alejándose.

Fue entonces cuando presencié lo más alucinante que nadie puede imaginar. El que supuestamente era el jefe, una vez todos reunidos a su alrededor, agarró la escafandra con las dos manos y girándola tiró de ella hacia arriba. Se mostró. No era

un alemán como yo creía, sino un ser monstruoso, el más horrible que se pueda imaginar. Cabeza pelada, frente muy amplia, abombada... Los ojos grandes, redondos, ligeramente saltones, recordando a los de un besugo, las pupilas púrpuras hendidas con cualidad felina. Encima, oblicuas sobre los ojos, unas cejas ralas.

Por nariz, lucía trompa, más pequeña que la de un elefante, extensible a voluntad, y que balanceaba al andar. La boca, carente de labios, dejaba ver unos pequeños dientes y colmillos en forma de sierra. La ausencia de barbilla acrecentaba la fealdad repulsiva de ese rostro.

Sus orejas nacían más o menos del mismo lugar que las humanas, pero puntiagudas. Además, eran movibles como las de los perros, lo que les ofrecía una considerable ventaja sobre los oídos humanos, lo pude comprobar por su movimiento ante cualquier ruido. El líder de los horribles seres daba las órdenes en un idioma incomprensible. Al mover sus manos percibí que solo tenían cuatro dedos. Toda su fealdad, acentuada por el gris ceniza de su piel.

Me encontraba paralizado, observando esos horribles seres, cuando uno de los que había sido mis camaradas, dado por muerto, abrió los ojos. Desenfundó su revólver y en un último aliento de vida, vació el cargador contra el grupo, atravesando mortalmente el cráneo de uno de ellos e hiriendo a otro. La respuesta fue terrible para el pobre soldado, que a pesar de acabar de dar su último suspiro, quedó convertido en un guiñapo sanguinolento.

El líder ordenó el regreso a la nave. Tomé la decisión de esconder al ser que habían dejado muerto, para presentarlo al alto mando como prueba de lo que aquí había acontecido. Era mi modo de dar credibilidad al ataque sufrido a manos de estos horrendos humanoides cuyas naves y armamento anulaban nuestra defensa.

Salí de mi escondite después de que las extrañas naves empezaban a elevarse levantando una gran nube de polvo. Procuré que no me vieran. Me acerqué al ser no sin antes comprobar que realmente estaba muerto. Lo arrastré hasta mi escondite, aguantando la repugnancia que me producía el líquido blancuzco que, supuse, sería su sangre y que salía por el orificio de bala del cráneo.

No había acabado de ocultar el cadáver cuando las naves sobrevolaron lo que quedaba del campo de aviación, convertido ahora en ruinas, lleno de cuerpos mutilados y calcinados.

Se marcharon de forma silenciosa, todas... menos una.

Se detuvo en la vertical de la base. Abrió una pequeña trampilla de la parte inferior, dejando caer un reducido objeto metálico que se detuvo a unos pocos metros del suelo. Empezó a emitir un zumbido y una luz naranja empezó a parpadear cada vez más rápido. Por mis años de experiencia supe enseguida que se trataba de una bomba con detonador de retardo. Me deslicé rápidamente bajo el voluminoso cuerpo del ser esperando la explosión. Lo último que recuerdo fue un gran resplandor, luego... oscuridad.

No supe jamás cómo llegué hasta allí. Cuando recobré el conocimiento me

encontraba en la cama de un hospital. Una guapísima enfermera me tomaba el pulso.

—¿Dónde estoy? —pregunté con voz apenas audible— ¿cuánto tiempo llevo aquí?

La guapa enfermera levantó la mirada de grandes ojos negros.

—¡Doctor! ¡Doctor Halman! ¡Venga en seguida! ¡Ha despertado!

—¿Dónde estoy? —volví a preguntar intentando incorporarme en la cama. La enfermera volvió a mi lado.

—No se mueva por favor, acaba de salir de un coma y es mejor que descanse. —Hizo que me volviera a echar en la cama.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —le pregunté.

—Está usted en un hospital militar. Ha estado unos días en coma. Es lo único que puedo decirle. Si quiere saber algo más tendrá que preguntárselo al doctor. Y ahora deje de hablar, debe descansar —me dijo con una cálida sonrisa. Sentí un pinchazo, una somnolencia me invadió y entre brumas percibí la imagen de un médico.

Me sumí en un sueño, más que sueño, pesadilla... Unos horribles seres me intentaban atrapar con sus garras. Quería escapar, no podía, me cercaban, sentí su tacto frío en el cuello... no podía respirar. Me revolví, frenético, luchando por escapar. Me sentí súbitamente inmovilizado.

—Tranquilo, respire normalmente. Enfermera, duplique la dosis de diacetil.

La voz del Doctor Halman sonó apremiante.

Transcurrieron unos minutos. Me sentí más tranquilo. El Doctor Halman vino a mi encuentro:

—Y bien, ¿se encuentra ya mejor? Está todavía bajo los efectos de un fuerte *shock*. Ha sufrido muchas pesadillas. —Me tomó el pulso.

—Doctor, ¿cuánto tiempo llevo aquí? —Intentando levantarme y cayendo otra vez en la cama con un quejido.

—Tranquilícese y no haga esfuerzos, no se encuentra en condiciones. Debe relajarse, contestaré a sus preguntas, pero no se mueva. Lleva usted en este hospital unos días. Llegó bastante malherido y con una buena dosis de metralla en el cuerpo.

Sentí la frialdad del fonendoscopio mientras me auscultaba.

—Bien, ahora lo que debe hacer es descansar y reponerse. Tengo orden de avisar cuando se encuentre mejor. El comandante en jefe quiere hablar con usted.

—¿Cuándo cree que podré hablar con él? ¡Es urgente que hable con él, Doctor!

—Cuando se encuentre mejor, debe ser paciente. Se acabó la charla por hoy, así que intente descansar. —Mientras salían de la habitación pude ver mejor a la enfermera. Era una mujer muy guapa, de metro sesenta, pelo negro como ala de cuervo. Su bonita figura se realzaba bajo el vestido azul y blanco de enfermera.

Un par de semanas más tarde empezamos a pasear por el jardín del hospital. La guapa enfermera, que resultó ser española, empujaba la silla de ruedas. Sentí que congeniamos bien. Una de las veces, durante el trayecto, me animé a preguntar:

—¿Cuál es su nombre? —Deseé no importunarla.

—¿Le suscita curiosidad? —Me mostró su blanca sonrisa.

—Pues sí... —Respondí, algo turbado.

—Mi nombre es Catalina.

—¿Señora o señorita?

—Señorita —se sinceró—. Mi novio falleció durante la Guerra Civil de mi país.

—Noté cómo se entristecían sus ojos—. Pertenecía al bando Republicano.

—Perdone si la he molestado y si he traído a su mente recuerdos penosos.

—No es nada, no tiene usted la culpa. Hablemos de otras cosas. —Siguió caminando mientras conducía la silla entre los macizos de flores.

Con el transcurrir de los días, nuestras conversaciones se tornaron más personales. Se diría que el trato paciente enfermera dejó paso a algo diferente, más profundo. La situación era muy similar para ambos, solos, en un país extraño, luchando por un mismo objetivo. El amor nos inundó.

Al comienzo del verano, cuando ya daba mis primeros paseos ayudado por unas muletas, recibí la visita de un coronel de información. Era el típico oficial inglés, enjuto, de largos bigotes, con uniforme de la caballería inglesa jalonado de medallas. Calzaba unas relucientes botas altas a las que golpeaba con una fusta, con un cierto aire musical. Venía acompañado de su secretaria y de dos oficiales más. Quería saber de primera mano lo sucedido en la base.

—Buenos días —saludó el coronel desde la puerta.

—Buenos días —contesté yo. Me esforcé en hacer un saludo militar que resultó un poco ridículo a causa de mi estado—. ¡A sus órdenes mi coronel!

—Descanse cabo, no intente levantarse. Estamos investigando lo ocurrido en la base. Usted es el único que nos puede aportar algo de luz sobre lo acontecido.

Una vez acomodado, tanto él como sus acompañantes, comencé mi exposición de los hechos.

Conté todo. Lo recordaba claramente como si hubiera pasado ayer. Le hablé de los trompos voladores, de los extraños seres que los pilotaban, de sus invencibles armas, de cómo nuestros aparatos caían fulminados al recibir los rayos que lanzaban y de cómo pude hacerme con el cuerpo de uno de ellos abatido por los disparos de un compañero. Durante el relato observé cierto escepticismo en el semblante del coronel quien cruzó la mirada varias veces con su secretaria, una joven teniente de la armada británica, y con el resto del grupo.

Finalicé con el pequeño objeto metálico y el gran resplandor que produjo. Después ya no recordaba más hasta despertar en el hospital.

—Eso es todo mi coronel.

El coronel permaneció unos segundos en silencio. Golpeó sus botas rítmicamente con su fusta, pensativo.

—Discúlpenos un momento.

Salieron fuera de la habitación donde departieron brevemente.

—Este ha perdido la chaveta ¡hombrecillos grises! ¡Qué será lo próximo burros

volando! —Dirigiéndose a su secretaria con voz queda.

—Disculpe señor —dijo la teniente— en el informe se indica que en los restos de la base hubo una alta acumulación de calor que fundió la mayoría de los objetos metálicos y que, desde 20 Km a la redonda, se pudo ver un gran resplandor blanco seguido de una gran explosión. ¿No le concede esto cierta... credibilidad?

—Por eso el estado mayor, señorita —cortando a la teniente— nos ha hecho venir aquí, pero de este pobre loco no vamos a sacar nada en claro.

El murmullo de sus palabras llegaron como dardos a mis oídos. Entristecido me di cuenta que no me creían.

—Bien muchacho —regresando a la estancia—. Convendría que esto no trascendiera. Gracias por su aportación. A recuperarse y volver a casa.

—¡Le he dicho la verdad coronel! ¡No estoy loco! ¡Le he contado lo que vi! —le supliqué.

—Le creo muchacho, le creo. Pienso que está usted bajo un fuerte *shock*. Sabemos que Adolf Hitler, en su desesperación por cambiar el rumbo de la guerra, está desarrollando nuevos métodos de ataque desconocidos hasta ahora. —Se atusó sus anchos bigotes de forma pensativa.

—Puede que haya interpretado los hechos de forma incorrecta. Esas naves de las que usted habla podrían ser aviones experimentales de la Luftwaffe y lo que eran sus hombres grises no serían más que tropas de elite de Hitler.

Cerró su maletín como zanjando la conversación.

—Hijo, voy a darle un consejo. No cuente esta historia si no quiere que le tomen por loco. —Salió de la habitación junto a la teniente y los dos oficiales, dejándome en la soledad de mi habitación, con mis pensamientos. Sin saber si lo que había vivido era real, o como dijo el Coronel, una mala pasada de mi mente.

Dos meses más tarde, totalmente restablecido salvo una liguera cojera que casi no se notaba, recibí el alta médica. Después fui llamado a la comandancia, donde recibí la máxima condecoración, un ascenso y mi licencia con una paga de por vida por las heridas que había recibido.

—Y esa es mi historia. —dijo con voz rota.

Charles se levantó y se acercó a la ventana. Por unos momentos permaneció mirando la calle. Comenzaba a amanecer desde hacía rato.

—Pensaras que estoy loco ¿verdad? Había jurado no contar esta historia a nadie, pero mira. —Devolviéndome el viejo diario.

Estiré la mano y cogiendo el periódico leí la noticia. Una nave con forma de trompo se paseó por los cielos de Paris, desapareciendo en las alturas tras la llegada de los cazas franceses.

Me estremecí ante esa imagen del artículo porque yo, también había visto esas naves...

—No estás loco —espeté. Coloqué mi mano sobre su hombro—. Yo también... —Se abrió la puerta y una enfermera interrumpió mis palabras:

—Acompáñeme por favor.

—Adiós Ángel —me dijo Charles— espero que vaya todo bien.

—Gracias Charles —intercambiamos un fuerte apretón de manos— te deseo lo mismo. Ha sido un placer conocerte.

Con una gran sonrisa salí de la sala acompañando a la enfermera.

Capítulo III

Mientras seguía a la enfermera por los largos pasillos del viejo hospital mi mente no dejaba de pensar en lo que Charles me había contado y en la imagen del periódico. Algo que me hizo evocar mi pasado.

Nací en un pequeño pueblo entre las montañas del norte de España, donde pasé mi infancia.

Desde muy pequeño me gustó leer, sobre todo los libros de aventuras que caían en mis manos. Mis preferidas, las de Julio Verne.

Así pasaron mis primeros años de vida, entre trabajo y diversión. Hasta que a los veinte años vi pasar por encima de mi cabeza un avión, y desde entonces, todo mi esfuerzo se centró en poder pilotar uno de aquellos aparatos. Por aquel entonces, llegaron al pueblo los representantes del ejército en busca de soldados. Mi primera reacción fue ocultarme pero después lo vi como una oportunidad para acercarme más a mi sueño. Tuve en contra la opinión de mi madre que, como hijo único, no quería que me fuera de la casa, pues tenía que ayudarles en el cuidado del ganado y de la hacienda familiar. Fue mi padre quien al final me animó a enrolarme. No quería que su hijo acabara como él, pasando miserias y trabajando como un animal. Acabé alistándome en el ejército.

El entrenamiento fue agotador pero lo pude soportar pensando en que un día no lejano podría pilotar esos aviones que veía pasar, mientras aprendía a desfilar y a manejar las armas.

—¡¡Soldados!! —gritaba el coronel en la arena del día de la jura de bandera—. ¡¡A partir de este momento sois auténticos soldados de España!! No aprendices, como hasta ahora. Mañana se os dirán vuestros destinos, pero todos, en cualquier lugar donde vayáis defenderéis la patria y la bandera hasta la última gota de vuestra sangre, como siempre ha sido y será a través de los siglos. Soldados, gritad conmigo: ¡¡viva España!!

—¡¡Viva!! —gritamos todos al unísono.

Al día siguiente al toque de corneta, se mandó formar a la compañía y se leyeron los destinos a los que cada uno nos incorporaríamos en la mayor brevedad posible.

Como yo había hecho cierta amistad con un soldado en destinos, conseguí, no sin

cierto pago de unos paquetes de tabaco y un par de botellas de coñac, que me destinaran en aviación. Una vez terminada la lectura, se dio paso a la de ascensos, saliendo mi nombre en la lista de cabos.

Un par de días más tarde me incorporé al primer campo de aviación, creado en España en 1917, en Getafe y que era la cuna de la aviación española, donde me presente a mi superior.

—¿Por qué ha elegido aviación en vez de otro cuerpo, cabo? —me preguntó este mirándome por encima de unas gafas con gruesos cristales.

Después de unas explicaciones al comandante, le dije que mi deseo al incorporarme al cuerpo era el de poder pilotar un avión.

—Dado su expediente le recomendaré para su ingreso en la escuela de pilotos. Prepararé toda su documentación. —Cerró el expediente a modo de despedida.

* * *

Transcurridos cinco años, y tras no pocos esfuerzos, era considerado por mis superiores como uno de los mejores pilotos que habían pasado por la base. Mi ascenso había sido rápido: llegué a teniente y tuve a mi mando una escuadrilla de los nuevos modelos de caza. Fue entonces cuando estalló la peor de las guerras, aquella en la que se enfrentarían padres contra hijos, hermanos contra hermanos. Era La Guerra Civil. Yo permanecí, como la mayoría de mis compañeros, en la fuerza aérea republicana «La Gloriosa» como la llamaban. Aunque al final del conflicto pudimos contar con Polikarpov I-16, «La Mosca», nada pudimos hacer contra la gran cantidad de aparatos de la Luftwaffe, superiores en calidad, que luchaban al lado de los golpistas. Al final perdimos la guerra y como muchos republicanos, di con mis huesos en un campo de refugiados del sur de Francia. Cuando en 1940 el Tercer Reich invadió Francia, yo me alisté para seguir luchando contra el fascismo alemán y acabé, por caprichos del destino, en Inglaterra, en una escuadrilla de cazas P-51D Mustang de fabricación americana.

Todavía recuerdo el modelo que yo piloté: P - 51 D Mustang de una longitud de 9,84 m, velocidad de 703 Km/h, capacidad de ascensión de 1060 m/minuto. Poseía un armamento de 6 ametralladoras de 12,7 mm, 2 bombas de 227 Kg, 8 cohetes y cargas subalares. En mi opinión, el avión más decisivo en la Segunda Guerra Mundial.

Ingresé en el 602 Escuadrón Ciudad de Glasgow, con aviadores de diferentes países aliados y cuyo Comandante de escuadrilla era Pierre Clostermann, quien consiguió 33 victorias confirmadas sobre los cazas nazis más 5 probables. Y yo podría haber acabado la guerra sin ser derribado, si en una de mis últimas misiones no me hubiera encontrado con aquel raro aparato trompoidal, que acabó en muy poco tiempo con mi escuadrilla. Todavía no sé cómo me libre de una muerte cierta. No sufrí más que unos rasguños y magulladuras...

Acabábamos de despegar. Nos habían ordenado proteger un convoy de armas de los ataques alemanes. Ya en territorio enemigo surgió a través de las nubes aquel aparato. Ordené interceptarlo. Fuimos recibidos por unos rayos de luz que, al impactar en uno de los Mustang, le hizo explotar en el aire en una gran llamarada, abrasando vivo al piloto. Rápidamente di las ordenes por radio de acción evasiva, mientras que al mismo tiempo hacía un gesto con mi mano. A esa orden, todos los aviones de la escuadrilla se separaron y al unísono atacamos al trompo divididos en parejas.

Pero todo fue en vano. El aparato resistía inalterable los impactos de nuestras ametralladoras. No ocurría lo mismo con los aviones, que a pesar de la habilidad de sus pilotos, eran derribados uno tras otro al recibir el impacto de sus armas luminosas. En mi última pasada, disparando todo lo que daban de sí mis ametralladoras, pude darme cuenta que las balas rebotaban en el casco de la nave. Tiempo después aquello me hizo pensar que no estaba hecho de un metal conocido, sino de una aleación extraña, capaz de resistir los impactos de toda clase de armas, y de oponer una resistencia sin límite a los impactos sin inmutarse.

Fue entonces cuando mi aparato recibió un impacto en el ala izquierda. Afortunadamente no me encontraba a mucha altura y a pesar de que caía en picado, recuperé el control del avión y logré realizar un aterrizaje forzoso, no sin recibir arañazos y magulladuras. Caí en un prado de la campiña francesa. Desde allí pude ver cómo los aviones de mi escuadrilla, considerada como una de las mejores, fueron aniquilados como moscas, sin piedad, uno tras otro, por el objeto volador.

Incluso los tres últimos, que al comprobar la inutilidad de nuestro ataque intentaron escapar, fueron cazados como ratas cayendo al suelo envueltos en llamas. Después el trompo desapareció en la lejanía.

No sin esfuerzo pude llegar a nuestras líneas y fui llevado a un hospital donde curaron mis heridas y, donde días más tarde, fui visitado por un coronel inglés: ¿sería el mismo que visito al Charles? Quién sabe ya. El coronel me interrogó sobre lo sucedido. Yo le fui relatando paso por paso lo sucedido mientras una joven ayudante iba tomando notas. Una vez acabo el interrogatorio el coronel, atusándose su poblado bigote, me comentó que posiblemente nos habíamos topado con alguna de las novedosas armas secretas que estaban realizando desesperadamente los nazis para cambiar el rumbo de la guerra. Es más, en su mesa de trabajo me dijo que tenía un informe de cierto aparato de despegue vertical y de forma ovalada.

Que irónico que es el destino que en un sitio como este se encuentren dos extraños que han vivido una historia similar. Y pensar que durante mucho tiempo he creído que fuimos atacados por un avión experimental alemán...

Después de acabar la guerra en Europa, dando tumbos y pasando hambre, acabé pasando contrabando entre Francia y España. Fue en unos de los Caserones donde entregábamos los fardos (generalmente de tabaco rubio americano) donde conocí al amor de mi vida.

Y es por ella por lo que estoy aquí, aún a riesgo de ser arrestado por republicano y contrabandista.

—Adelante, pase por favor.

Habíamos llegado a una puerta que la enfermera abrió haciéndome volver a la realidad. Me cedió el paso.

Debió notar en mi gesto algo de nerviosismo.

—Esté tranquilo —me ofreció una cálida sonrisa.

Entré en la habitación y la vi dormida. Me seguía maravillando lo hermosa que era. Acaricié su pelo castaño rizado que se extendía sobre la almohada. Se despertó. Me miró con ese tono verde intenso.

—¿Cómo te encuentras cariño? ¿Estás bien? Estaba intranquilo.

—No tenías por qué preocuparte tonto, esto es algo normal que durante toda la historia de la humanidad lo han hecho infinidad de mujeres y no tiene por qué pasar nada. Ya te dijo el doctor que todo iba bien.

Se abrió la puerta y entró la rolliza enfermera con un bebe en brazos.

—¿Caballero quiere coger a su hijo? —Le cogí, no sin cierto miedo a que se me cayera. Para ciertas cosas soy muy torpe. Miré su carita y le dije:

—Hola Ángel.

—¿¿Cómo que Ángel?! —me dijo desde la cama—. ¿Pero no habíamos hablado sobre esto antes, cariño?, ¿no quedamos que si era chico tendría el nombre de mi padre?

—Está bien, está bien no vamos a discutir por eso. El chico tendrá el nombre de tu padre... también.

Miré a mi mujer y levantando al pequeño que tenía entre los brazos dije:

—Miguel —quedándome pensativo por unos segundos—. Miguel... Miguel Ángel Aznar de Soto, así es como te llamarás. En este día ha venido al mundo mi hijo, que algo me dice dejará una huella imborrable y del que se hablará durante una eternidad.

Ella poniendo una gran sonrisa en su cara respondió.

—¡¡¡Qué tonto eres!!! Ven dame un beso papá.

En eso estábamos cuando entró una monja que venía a llevarse al niño a su cuna. Le pregunté:

—Perdone hermana, ¿sabe algo del caballero que estaba en la sala conmigo?

—¿Quién, el caballero extranjero, el señor Balmer? —Me dijo la monja.

—Sí, creo que sí —pensé— no creo que haya más extranjeros en este hospital.

—Pues ha tenido un niño como usted, fuerte como un toro, o como él decía a gritos, un búfalo.

F I N

PRISIONERO

Adriano

Hace tan solo un par de horas que le han capturado.

Está claro que pretenden obtener información estratégica de él, ¡como si un simple piloto conociese el más mínimo detalle sobre los planes del Alto Mando! Eso, y no otra razón, era lo que le había decidido a no quitarse la vida, aunque lo más probable es que no salga de aquel lugar nunca, pero, siempre hay que albergar una esperanza.

Suspira; al menos le han llenado el lugar de aire fresco y puro.

Pasan veinte minutos más y entran otra vez dos de aquellas extrañas y repulsivas criaturas. Sabe que son incapaces de hablar y que se comunican mediante un primitivo y muy limitado sistema de vibraciones que provocan mediante órganos adaptados a tal fin. Ello hace que se pregunte cuál es el método que aquellos mudos seres extraterrestres pretenden usar para ponerse en contacto con él.

¿Qué les habrá traído a la Tierra? Su imaginación, que tampoco ha sido nunca especialmente fértil, intenta encontrar un motivo para el intento de invasión. Tal vez materiales desconocidos que solo existen allí... No, no resulta lógico, pero ¿acaso se puede encontrar lógica en las acciones de una raza solo seudointeligente?

De nuevo le han dejado solo, aunque esta vez, al menos se han acordado de apagar aquel molesto foco que proyecta su potente luz sobre él y le permite ver solo a duras penas.

Antes de que se fueran, ha intentado de nuevo hablarles por si el tiempo les había permitido adquirir esa facultad, pero no resulta. No solo no son capaces de hablar de forma normal, sino que está convencido de que les es imposible también captar lo que se les diga. No es que no le entiendan, es como si no supieran ni tan siquiera que se está dirigiendo a ellos.

Recuerda la sorpresa que supuso la llegada de los extraterrestres al Sistema Solar. Después de cientos y cientos de generaciones que no habían conocido los horrores de

las guerras y se habían dedicado a prosperar en paz, debían enfrentarse de nuevo a un enemigo cruel e implacable. Todo esto ocurría cuando ya apenas nadie recordaba que hacía miles de años otra raza —los thorbods— les habían disputado también su espacio vital, aunque, finalmente, consiguieron derrotarles.

Piensa también en su casa, allá en la Tierra y le enfurece perder lo que hasta entonces ha sido su plácida existencia. Golpea con fuerza el cristal de seguridad de la celda donde le han recluido y siente un gran dolor. Naturalmente, lo primero que han hecho tras la captura es despojarle de su pistola reglamentaria y armadura.

Todavía no siente hambre, pero sabe que terminará por sentirlo, e incluso es probable que, si no le matan antes, muera de inanición...

De nuevo la puerta y de nuevo también aquella molesta luz. Una de las criaturas se acerca hasta casi rozar el cristal con esa extravagante protuberancia que alberga parte de los órganos vitales. Se queda quieto, muy quieto. Puede que esté intentando hablar con él, pero no lo consigue; a pesar de ello, sigue allí inmóvil durante varios minutos más.

El resto de criaturas deambulan de un lado a otro con su grotesca y lenta forma de andar. No parece que hagan nada en concreto. Puede que necesiten realizar ese movimiento porque algún proceso metabólico desconocido lo requiera; no sería extraño, su organismo es completamente distinto al de los terrestres como él.

El que ha estado frente a él se retira de repente y comienza a moverse de una forma extraña. Se diría que está furioso, pero no puede asegurarlo.

Ahora son todos —cree vislumbrar a cuatro en total— los que se mueven de forma compulsiva y piensa si no habrán sufrido una especie de ataque, pero no, de nuevo recobran sus lentos ademanes y abandonan el lugar, dejando esta vez la molesta luz encendida.

Ha debido pasar otra hora, aunque a él le parecen días...

Otra hora más...

¿Eso es todo? Salvo un momento, casi al principio, en el que parecieron mezclar algún gas con el aire y que solo produjo en su encierro un extraño olor, no han hecho más que entrar y salir y acercarse a él. Se vuelve a plantear qué esperan de él unos seres que no hablan ni parecen disponer de una técnica que les permita comunicarse o interrogarle.

Supone que también los suyos han hecho prisioneros y los mandos ya sabrán a qué tipo de enemigo se enfrentan. Es probable que ninguno de los avances que han utilizado hasta el momento sea obra de ellos y sí que los hayan conseguido de alguna otra raza, o, tal vez, han ido degenerando hasta convertirse en los seres torpes e incommunicados que parecen ser.

En ese preciso instante siente algo distinto. Han vuelto a entrar pero algo ha cambiado...

Hasta ahora se ha fijado que, si bien no parece que existan grandes diferencias, el tamaño de las criaturas no es siempre el mismo. Uno de los que acaba de entrar ahora

es bastante más alto que el resto, y su protuberancia superior también excede en tamaño lo que parece ser la media.

Inmediatamente le siente. Ahora comienza a comprenderlo y se pone en guardia: ¡Ese sí sabe hablar y emana un poder terrible!

El nuevo, el más grande, se vuelve hacia los demás y provoca esas primitivas vibraciones en el aire con las que se comunican entre sí. Le mira de nuevo... ¡ahora sabe hasta su nombre! ¡Se llama Fidel y está penetrando en su mente!

Le insulta y la criatura le contesta.

Aunque se resiste, el prisionero siente cómo el repugnante ser le comienza a dominar.

Hay que acabar con los humanos, son peligrosos.

Ahora sabe que son capaces de expulsarles de aquí.

Esta vez han regresado para quedarse por siempre.

Han venido con una sola idea. ¡Conquistaremos la Tierra!

El pueblo de Sadra está perdido, lo sabe desde que el humano que habla entró en contacto, le retó y le dominó...

F I N

«SUPERVIVIENTES»

Adriano

Capítulo I

EL RESCATE

Honda Tuzzi intentó abrir los ojos, pero el ardiente e inmóvil sol que iluminaba el día eterno de Atolón hizo que tuviera que entornarlos hasta casi cerrarlos de nuevo.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que perdió el sentido; en parte por el cansancio y en parte también por el tiempo que llevaba sin comer ni beber.

¿Cuántas horas habrían pasado desde que logró ser uno de los pocos afortunados que abandonó la ictionave Talión, herida de muerte a consecuencia del impacto de los torpedos thorbods?

Cuando el primer proyectil impactó, se produjo la avería que les había impedido utilizar las Karendon para desmaterializarse y transmitir su fórmula con la esperanza de que otra ictionave captase la señal y les restituyese a bordo.

Por suerte, ella fue uno de los que, además de tener puesta su armadura, pudo hacerse con una escafandra y salir del buque. No le hizo falta buscar una compuerta de acceso; nada más escuchar el sonido metálico que indicaba que el traje de diamantina se había cerrado herméticamente, una monstruosa explosión hizo que fuese arrojada contra una de las paredes del pasillo por el que corría.

Debió desmayarse, porque el siguiente recuerdo que le venía a la memoria era el de encontrarse rodeada de las oscuras aguas del mar, sintiendo cada vez más lejos los sentimientos de angustia y dolor de los compañeros que no lograron escapar de la trampa en la que se había convertido su nave.

La armadura le había hecho ascender a la superficie, aunque enseguida hubo de regular la temperatura interna porque estaba tiritando a causa de la frialdad de las aguas.

Cuando la luz hirió sus pupilas, al menos se libró de la sensación de desorientación y claustrofobia, pero el alivio duró solo el instante en que tardó en observar que la corriente la arrastraba lejos de lo que parecía tierra firme.

Se sentía demasiado cansada y dolorida, y la costa debía encontrarse al menos a veinte kilómetros, aunque las distancias en el circumplaneta resultaban engañosas,

porque los fragmentos de lo que en su día fuera un anillo casi perfecto conservaban la particularidad de que el horizonte ascendía, haciendo imposible calcularlas a simple vista.

Había desechado la idea de intentar comunicarse por radio ante la posibilidad de ser detectada por alguna nave thorbod que estuviese atenta. Tampoco veía a nadie por los alrededores, y sus poderes tapo se veían mermados por el estado en el que se encontraba y el tremendo esfuerzo de nadar contracorriente con el estorbo que suponía la armadura.

De esa forma, después de un número de horas indeterminado, que a ella se le antojaron siglos, cayó desfallecida sobre la arena de una playa, a tan solo una veintena de metros del comienzo de una oscura y espesa selva.

Después de volver a perder el sentido, había despertado sobresaltada al escuchar un pitido insistente y desagradable que indicaba que la reserva de oxígeno de su armadura estaba a punto de agotarse. Se quitó la escafandra como pudo, sintiendo inmediatamente una bofetada de calor húmedo y desagradable que olía a materia vegetal en descomposición; olía a Atolón.

—Ahora, cualquier mantis es ya capaz de encontrar mi rastro —había pensado al notar que volvía la oscuridad a pesar de que el sol seguía incidiendo sobre su rostro—. Detectarán mi olor y todo habrá terminado...

Mientras recordaba lo sucedido, el corazón le dio un vuelco; sentía varias presencias alrededor. Se intentó concentrar, pero el dolor de cabeza era insoportable. Aquello que era capaz de hacer de forma natural y casi involuntaria estando en plenas facultades, se le antojaba en aquel momento un esfuerzo que apenas se veía recompensado con la certeza de que se acercaba alguien. No se sentía capaz de percibir si se trataba de mantis o thorbods. Dos enemigos, dos formas distintas de morir... ¿cuál de las dos le habría reservado el destino para terminar con su vida?

Notó un escalofrío mientras la sensación de no estar sola se hacía más evidente. Debía estar comenzando a sufrir síntomas de deshidratación y la fiebre le hacía sentir frío, a pesar de que la temperatura debía ser bastante elevada.

Algo o alguien se interpuso entre el sol y ella, lo que le hizo pensar que se trataba de una patrulla thorbod, ya que las mantis no habrían esperado ni un instante antes de comenzar a devorarla.

—Mejor habrían sido las mantis —se dijo—. Al menos ya estaría muerta y sin posibilidades de ser torturada para extraer información.

Escuchó voces lejanas, pero estaba demasiado débil como para entender lo que decían. A pesar de ello, de algo podía estar segura; salvo que hubiera entrado en una fase de delirio que le estuviese jugando una mala pasada, ¡eran voces humanas!

Capítulo II

EL KARNAC

—¿Dónde estoy? —preguntó nada más despertarse viendo que había alguien a unos pasos ella. Estaba tendida en algo que parecía una cama, en una sala suavemente iluminada. Ya no llevaba puesta la armadura y se encontraba un poco mejor, aunque el dolor de cabeza parecía como si fuese a durarle toda la vida.

—Estás —«ictionave Karnac», supo ella inmediatamente. Volvía a ser capaz de interceptar los pensamientos de los demás— en la ictionave Karnac.

—Me suena el nombre —decididamente se encontraba mejor. Debían de haberle suministrado medicamentos y líquidos mientras permanecía inconsciente—. ¿No perteneceríais también a la flota de Electra?

—Sí —contestó el hombre. No se trataba de una respuesta lacónica por falta de educación o desgana; en ese momento él estaba informándose de la procedencia y aventuras de Honda mientras ella misma repasaba mentalmente los sucesos acaecidos. Pasados unos minutos, su semblante se entristeció y contestó de palabra a la pregunta que ella le hacía con la mente—: Ninguno, Honda. No hemos encontrado a nadie más con vida. No es que hayamos tenido demasiado tiempo para rastrear la zona a conciencia, pero tú eres el único tripulante del Talión que hemos hallado.

Supo que él era el alférez Náiram Itzu, aunque todavía se encontraba demasiado débil como para poder sonsacar más información mediante la telepatía.

—¿Qué hacíais en la playa? —Sabía que no era habitual arriesgarse a abandonar una ictionave sin una poderosa razón.

—Recibimos vuestra llamada de socorro por pura casualidad y el capitán decidió que merecía la pena arriesgarse a ser descubiertos.

—¿Qué era tan importante como para arriesgaros? —preguntó ella intrigada.

—«Las vetatom que pudieseis llevar a bordo. Por desgracia, últimamente es raro encontrar alguna que no haya estado cerca de una de las ciudades atacadas y conserve la fórmula de cientos, miles, incluso a veces decenas de miles de tapos si han estado recibiendo las transmisiones durante horas.

»Nosotros ya habíamos entregado las nuestras, por lo que eran solo las vidas de la tripulación lo que podía perderse. El capitán Aznar consultó nuestra opinión y

estuvimos de acuerdo en intentarlo. Por suerte, aunque las máquinas Karendon fuesen averiadas, los contenedores en los que se guardan las vetatom de la población son muy robustos y logramos localizar dos de ellos antes de tener que huir precipitadamente.

»Como sabíamos que no recibir ninguna transmisión de vuestras Karendon significaba que estas estaban fuera de uso, la teniente Alicia Ruiz y yo nos ofrecimos para elevarnos con los back y buscar supervivientes. Entonces te encontramos y te trajimos a bordo. Hemos tenido suerte de no ser detectados por los thorbods. Supongo que supusieron que solo estabais vosotros por los alrededores y se alejaron después de destruir la nave».

—Muchas gracias. Me habéis salvado la vida. No creo que hubiera podido resistir ni una hora más.

—¡Bah! —dijo él con una sincera modestia—. Era más fácil que hubiesen dado con el Karnac que con dos personas trasladándose con sus back durante apenas cinco minutos. Lo que debes hacer ahora es descansar. Te dejo que duermas un poco más; te ayudará a reponerte. Luego vuelvo.

Mientras se alejaba y cerraba la puerta, vio en su mente una imagen borrosa que ella creyó reconocer al instante: los cabellos rubios, la alta y atlética figura...

—¡Marek! —Pensó mientras recordaba con ansiedad que el joven alférez se había referido al capitán Aznar como comandante de la nave—. ¡Marek Aznar!

Desde que estuvieran juntos en el Talión, cuando su fórmula fue transmitida allí después del desastre de Electra, no había pasado un solo día sin que ella dedicara un instante a recordarle. Nunca se había perdonado no haberse quedado junto a él cuando el Talión abandonó la base de Muros, dejando allí al que había sido su compañero los últimos meses.

Intentó incorporarse para llamar a alguien y cerciorarse de que la imagen que había visto en la mente del alférez era la de Marek, pero no había contado ni con que seguramente le habían administrado algún tipo de sedante, ni con el cansancio que todavía no la había abandonado del todo, y sintió como si su cuerpo se negase a obedecerla.

Mientras dejaba que los medicamentos realizaran su cometido y su cuerpo se recuperase, se quedó plácidamente dormida con la imagen de Marek fija en su cerebro y una sonrisa en los labios.

Capítulo III

ANÍBAL

Como si apenas hubiese transcurrido un instante, despertó con la misma extraña e incomprensible sensación de felicidad y la imagen de él en su mente... ¡no! ¡No era eso! ¡Estaba junto a ella mirándola!

—Marek —susurró todavía adormilada y dudando de si se trataba de un sueño o no.

—¿Marek? —preguntó él extrañado.

Honda no sabía qué estaba ocurriendo: su cara, su voz... Aunque la luz todavía le cegase y no pudiera verle bien, no podía tratarse de otro.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando, con la naturalidad de cualquier tapo, él supo qué era lo que estaba ocurriendo.

—¡Oh, lo siento! —se apresuró a decir el hombre que tenía ante sí—. Ya lo entiendo; mi nombre es Aníbal. Aníbal Aznar. Marek, aunque tenga una edad parecida a la mía, es tío mío. Mi padre y él son hermanastros y, aunque no seamos ni mucho menos iguales, no me extraña que en tu estado me hayas confundido con él si vosotros... —no podía evitar saber que ella había sido compañera de Marek— en fin, si os conocíais. De todas formas, espero no haberte decepcionado demasiado.

Él sonrió de una forma que a ella le pareció encantadora, lo cual no le pasó desapercibido a Aníbal. Su rostro, aunque de un innegable parecido al de Marek, tenía una expresión más serena que el de este.

—Me alegro de saber que mi sobrino sigue vivo. Lo de Electra fue un infierno y todavía no sabemos nada de muchos de los miembros de mi familia. Imagínate qué paradoja saber que podríamos llevar sus fórmulas a bordo y no lo sabemos.

—Es un hombre interesante y agradable —siendo Honda una mujer tapo, no sintió vergüenza cuando se dio cuenta de que él estaba atento a sus pensamientos y había captado que le gustaba.

Se incorporó hasta quedarse sentada al borde de la cama. Salvo un ligero mareo, comprobó que se encontraba mejor de lo que ella misma creía.

—¿Dónde nos dirigimos? —le preguntó.

Al principio, Aníbal pareció dudar, pero era absurdo intentar ocultar información

a un tapo.

—Vamos a llevar las vetatom que logramos rescatar del Talión a la base de Lar, a cincuenta mil kilómetros del lugar donde te encontramos.

—¿La base de Lar? No recuerdo haber oído hablar de ella nunca.

—No me extraña; nadie la conocía hasta hace unos meses.

—No lo entiendo —dijo Honda pensando que era debido a su estado—. Alguien la habrá construido o acondicionado a partir de alguna estructura natural, ¿no?

—Es artificial, aunque ignoramos todavía hasta qué punto se aprovecharon accidentes del terreno. Es muy antigua.

—¿De antes de la invasión thorbod? —Todavía le costaba completar la información hablada con los pensamientos de él—. ¡Debe tener cientos de años!

—Di mejor cientos de miles de años —dijo él provocando el estupor de Honda—. No poseemos los instrumentos necesarios para asegurarlo con exactitud, pero por el tipo de fisuras y daños estructurales menores que presenta, los pocos expertos que han podido estudiar menos de la décima parte de su extensión, aseguran que data de antes de la fragmentación del circumplaneta...

Capítulo IV

UNA ESPERANZA

Ella sabía lo que eso quería decir. Efectivamente, si se confirmaba el dato, el lugar no tendría menos de doscientos o trescientos mil años. Cuando iba a hacerle más preguntas, él se adelantó a sus deseos y dijo:

—«La ictionave Alba descubrió hace unos meses lo que parecía una profunda cueva natural a mil ochocientos metros de profundidad, en un lugar de la costa donde esta surge casi verticalmente desde los dos mil metros a los que está el fondo. Parecía el lugar ideal para esconderse en caso de apuro, e incluso como punto de reunión de ictionaves para el futuro.

»Les sorprendió que, lejos de tratarse de una mera oquedad, seguían adentrándose sin encontrar el final y sin que el paso se estrechase. Al final, después de navegar unos treinta kilómetros, descubrieron que, lo que había sido hasta el momento un camino casi completamente horizontal, comenzaba a ascender hasta llegar a lo que en su día fue una inmensa bóveda perfectamente equipada para que las naves que entraban por el túnel atracasen».

—¿Se puede entonces vivir en esa bóveda? —preguntó ella.

—Aquel descubrimiento fue solo el principio —contestó él sonriendo—. Se trataba únicamente de uno de las decenas de accesos submarinos que llevan a un monstruoso complejo subterráneo del que solo hemos explorado una pequeña parte y que podría albergar holgadamente a varios millones de personas y una respetable industria que utilizase el hidrógeno como fuente de energía.

—¡Bah! —dijo Honda algo desesperanzada—. También Electra era un impresionante escondite subterráneo y no tardó en caer en cuanto los thorbods quisieron.

—Electra tenía accesos al exterior, pero Lar, no. Sobre la base hay una capa de roca de un mínimo de mil metros de espesor y no cuenta con ninguna salida o acceso distinto de los túneles submarinos —viendo que ella parecía preguntarse cómo podía ser así, se apresuró a añadir—: Se supone que se aplicaban, aunque a mucha menor escala, las mismas técnicas que en Valera para mantener un sistema completamente aislado donde sea posible la vida humana. ¿Entiendes lo maravilloso que podría

llegar a ser? Nosotros sabemos crear y mantener sistemas así: renovar el aire de forma artificial, obtener alimentos de forma artificial...

Honda iba a decir algo en el momento en el que captó en él un pensamiento que parecía contradecir el tono triunfal y optimista con el que había hablado de la base. Su pregunta mental fue contestada por él al instante:

—Sí, tienes razón, hay un inconveniente. Los ghuros ya lo habían descubierto antes que nosotros y tienen planes para acondicionar la base. No parecen dispuestos a compartirla con nosotros.

—Pero, has dicho que es inmensa, ¿no?

—No se trata tan solo de espacio, aunque también es cierto que ambas razas acumulamos toneladas de vetatom con las fórmulas de millones de personas.

Aníbal no dijo más y dejó que ella viese directamente lo que él estaba pensando. Aquella era una inmejorable forma de expresar ideas o sentimientos sin las limitaciones que pueden imponer las palabras.

Honda contempló a la raza ghuro desde el punto de vista de él. Al parecer, Aníbal admiraba el espíritu pacífico de aquellos extraños y silenciosos seres de aspecto chocante y sencilla forma de vida.

Los pensamientos del capitán, le llevaron a recordar que, desde que los ghuros habían encontrado el circumplaneta y se habían asentado en él, mantis, valeranos, renacentistas y, finalmente, thorbods, habían procurado por todos los medios terminar con ellos. La verdad, pensó ella, es que se trataba de una raza con algo más que razones de peso para desconfiar de las intenciones de los tapos o cualquier otro ser que no fuera ghuro.

—Verás —continuó de palabra— que no es que no quieran compartir la base, sino que se han cansado ya de promesas de convivencia entre los pueblos. Si antes eran desconfiados, la experiencia ha hecho que no quieran saber nada de nosotros.

—¿No podemos obligarles a aceptarnos y que el tiempo se encargue de hacerles ver que es posible repartirnos el espacio vital sin problemas?

—«Ahora mismo, no —negó con la cabeza con pesimismo—. Ya sabes que la dispersión del pueblo tapo ha hecho que sea muy difícil que nos comuniquemos entre nosotros, incluso si se trata de buenas o esperanzadoras noticias como esta. Por el momento, solo conocemos la existencia de Lar un puñado de ictionaves que transportamos las fórmulas de millones de personas asustadas e indefensas a las que no podríamos casi ni alimentar hasta haber acondicionado mínimamente el lugar.

»Conocemos asentamientos como la base de Muros, pero los que allí viven están trabajando para hacer de ellos un lugar donde vivir y no creo que quisiesen ir a Lar. No, Honda —volvió a hacer un gesto negativo—. Lo que habría que lograr es contactar con los grupos aislados, los que sobreviven en condiciones extremas y acometerían la titánica empresa de acondicionar Lar con la ilusión de sentirse por fin seguros, pero ellos no tienen apenas medios como para obligar a los ghuros a que nos acepten.

»Por otro lado, tan desconfiados les ha vuelto la experiencia a los ghuros, que se arriesgarían a morir en el intento de evitar que lleguemos a instalarnos en la base. Piensan que únicamente podrán sobrevivir si se refugian allí solos, y los efectivos y armamento con los que cuentan, aunque ridículos para hacer frente a los thorbods, bastan para expulsarnos de allí cuando quieran. Por el momento nos prohíben restituir a la población a pesar de que ellos lo están haciendo sin parar».

—Sin embargo sigo notando algo de esperanza en ti —le dijo Honda.

—De momento, han dejado que nuestras ictionaves se refugien temporalmente allí y se está intentando negociar. Dicen que los tapos somos fatalistas por naturaleza, pero creo que ha llegado el momento de soñar con un futuro...

Capítulo V

LAR

A pesar de la forma en que los tapos solían llevar las relaciones afectivas, y de que Aníbal y Honda se habían gustado desde el principio, ella tardó dos días en permitirle que la acompañase al camarote que habían asignado a la joven teniente.

No se trataba de prejuicios morales, sino simplemente por el temor de que el parecido de Aníbal con Marek pudiera estar haciendo que ella se sintiese atraída solo por esa razón. Sin embargo, según le fue conociendo, se dio cuenta de que eran completamente distintos el uno del otro, y Aníbal, más sereno y menos impulsivo, le gustaba de verdad.

Navegando mediante los motores de hidrógeno, mucho más lentos, pero que no emitían neutrinos que pudiesen ser detectados por los thorbods, tardaron siete días en llegar a uno de los accesos a la enigmática base de Lar.

Durante el viaje, Aníbal había relatado a Honda el estupor de los pocos tapos con ciertos conocimientos científicos ante lo que parecían ser muestras de una técnica muy superior a la que ellos conocían. Por desgracia, el paso del tiempo había deteriorado de forma implacable los aparatos que caían en sus manos.

—Además de que sea posible realizar descubrimientos insospechados —le dijo un día a la que parecía haberse convertido en su compañera—, puede que estemos cerca de desvelar el gran misterio de qué pasó en el circumplaneta mientras Valera realizaba sus viajes a mayor velocidad que la luz. Incluso estaría cerca el día en el que los tapos conozcamos el origen de nuestra raza sin género de dudas, y si realmente provenimos de la sociedad tecnificada que el planetillo dejó aquí antes de partir, sabremos porque se produjo el retroceso cultural que nos llevó a refugiarnos en cavernas y a perder nuestra memoria histórica.

Honda le escuchaba hablar con entusiasmo, y cada día se convencía más de que, de haber nacido en otro momento menos comprometido, Aníbal habría elegido sin duda una profesión relacionada con la ciencia.

Sus ojos brillaban cuando describía lo que parecían ser restos de máquinas cuya finalidad les era completamente desconocida, pero de las que sospechaban que iban a significar un paso de gigante en un momento en el que la ciencia parecía haber dado

de sí hasta donde era capaz de hacerlo.

—¡Generadores de hidrógeno de un tamaño y potencia como jamás llegamos a soñar! ¡Descubrimientos de una sociedad que siguió evolucionando al menos durante decenas de milenios! —solía exclamar.

Sin embargo, tras aquellos momentos de euforia, recordaba con amargura que los ghuros no les permitían el acceso a la mayoría de las bóvedas exploradas y que cabía la posibilidad de que nunca pudiesen estudiar los tesoros técnicos y culturales que a buen seguro había en su interior.

El día en el que llegaron, Aníbal permitió a Honda, que aunque no pertenecía a la tripulación era al fin y al cabo teniente en activo, permanecer en la Sala de Derrota mientras la nave realizaba las maniobras para entrar en el túnel y navegar a través de él.

—¿Qué pasará si finalmente nos expulsan de Lar? —le preguntó ella.

—Espero que no suceda, Honda —dudó antes de continuar hablando mientras evaluaba la fidelidad y discreción de sus hombres—. Algunos se desesperan y podemos sentir la desesperación que les produce pensar que nos pueden hacer perder una oportunidad única de sobrevivir. En las mentes de algunos comienzan a fraguarse ideas peligrosas y poco éticas; ideas de venganza y planes para evitar que los ghuros puedan aprovecharse de Lar si finalmente nos expulsan.

—¡Pero eso sería horrible! —protestó Honda—. No puedo creer que ninguno de los nuestros sea capaz de hacer algo así.

—No estés tan segura de ello —dijo él en tono amargo—. Los tapos siempre hemos amado la luz y los espacios abiertos. Lo llevamos en la sangre; incluso los que nacimos cuando la guerra ya había comenzado hacía muchos años. Una vida entera en ciudades subterráneas, el encierro en nuestras ictionaves, la angustia de no saber si nuestras familias han muerto ya o viajan en una vetatom que tal vez se pierda... Todo eso es más de lo que muchos pueden resistir. Tú misma me has contado cómo se quitó la vida con el arma reglamentaria el comandante del Talión, ¿verdad? —Ella asintió recordando el desgraciado suceso—. Si la falta de esperanza le llevó a tomar una medida desesperada, imagina lo que intentarán hacer algunos si ven cómo se esfuma la posibilidad de prosperar aquí por culpa de la desconfianza ghuro.

Honda sintió entonces cómo algunos de los tripulantes, sin llegar a los extremos que había descrito Aníbal, comenzaban a dar muestras de impaciencia y un cierto sentimiento de animadversión hacia los ghuros y su —desde su punto de vista— incomprensible intransigencia.

Cuando llegaron a una de las tres bóvedas —aunque sospechaban que pudiera haber más— que servían para el atraque de naves y salieron al exterior, Honda no pudo evitar una exclamación de sorpresa. Aunque las pantallas de la Sala de Control habían mostrado el lugar en color y relieve, era al verlo al natural cuando uno se daba cuenta de las dimensiones y el aspecto del lugar.

La planta era circular y debía tener alrededor de dos mil metros de diámetro y

más de quinientos de altura en la parte más alta, donde se encontraba suspendida una enorme lámpara de veinte metros de diámetro que iluminaba el lugar haciendo las veces de sol.

A pesar de los milenios transcurridos desde la última vez que debía de haberse utilizado, una vez conectada a un generador, se encendió por sí misma sin que hubiera sido necesario realizar ningún ajuste. Los análisis realizados, desvelaban que la luz que emitía era idónea para los organismos de ghuros y tapos.

De la misma forma, aunque los ghuros tuvieron que permanecer en sus pequeñas naves o salir al exterior embutidos en sus pesadas armaduras durante las primeras semanas, el sistema de renovación y depuración de aire se ponía en marcha por sí mismo y regulaba la calidad de la atmósfera en unos días, como si detectase su presencia en cada una de las enormes bóvedas estudiadas. Parecía que los sistemas que hacían habitable el lugar habían sido diseñados y construidos para obviar el paso de los milenios.

Capítulo VI

EL DESCUBRIMIENTO

Según salían por una de las compuertas del Karnac y accedían a tierra firme atravesando una pasarela portátil, Honda observó que había muchas pequeñas naves de diseño ghuro atracadas en el lugar. A diferencia del diseño estándar de las ictionaves tapo, los buques ghuro formaban una heterogénea flotilla de aparatos que solo tenían en común la ausencia de generadores nucleares que delatasen su presencia con la inevitable emisión de neutrinos.

Frente a ellos, se encontraba un grupo de ghuros junto a los que estaba un hombre de mediana edad. El que debía ser responsable o jefe del resto, se adelantó al resto.

—Veo que seguís empeñados en traer aquí las fórmulas de vuestros ciudadanos, capitán Aznar —miraba hacia el Karnac, donde en ese momento se procedía a descargar las vetatom rescatadas del Talión—. Sabéis que lo único que se os permitirá es almacenarlas aquí para que estén en lugar seguro hasta que decidáis qué hacer con ellas, pero la prohibición de restituirles sigue vigente.

Aníbal no replicó a lo que le había transmitido telepáticamente el silencioso ghuro y presentó al hombre que se había acercado a recibirles:

—Honda, este es el profesor Lecter, la máxima autoridad científica en Lar.

—Lo cual no es demasiado teniendo en cuenta que aquí no somos más que un puñado de tapos —dijo con modestia mientras estrechaba la mano de ella—. En realidad, mi especialidad es la historia, en concreto la de la cultura tapo anterior a la llegada de Valera, aunque, gracias a mi interés por otras ramas de la ciencia y a las sesiones de psi que he solicitado durante toda mi vida, poseo un cierto conocimiento de varias ramas científicas.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó Aníbal al tiempo que se dirigía telepáticamente a los ghuros para no cometer la descortesía de apartarles de la conversación.

—Mal. Peor que cuando te fuiste. Se han producido algunos altercados de hombres nuestros que se impacientan viendo que las negociaciones no avanzan ni tienen visos de hacerlo a corto plazo. Por supuesto, se ha detenido a los culpables, pero me preocupa que el malestar se extienda y no seamos capaces de controlarlo.

—Debéis controlar a vuestros hombres —transmitió el ghuro—. Si las cosas empeoran, tendremos que pedir os abandonéis la base inmediatamente. Creemos que ha sido un error permitir que os refugiéis aquí, porque ello ha hecho que albergaseis esperanzas de instalados definitivamente, pero eso no es posible.

—Los implicados en los disturbios ya han sido desmaterializados —dijo, a la vez que lo pensaba, el profesor Lecter.

—Bien. Comunica a vuestros representantes que volveremos a reunirnos dentro de cinco horas. Espero que nuestra última propuesta sea aceptada porque no estamos dispuestos a ceder más. O dejamos todo claro o tendréis que marcharos.

Cuando los extraños ghuros se marcharon con su curiosa forma de caminar, Aníbal preguntó al profesor:

—¿Última propuesta? ¿Qué es lo que nos ofrecen?

—Poca cosa; apenas utilizar una de las bóvedas que comunican con el mar para refugio provisional o tareas de reparación de ictionaves. También almacenar las vetatom de la población aprovechando que es un lugar seguro.

—Al menos eso es menos que nada, ¿no? —intervino Honda.

—Las noticias sobre los ataques thorbods son cada vez más pesimistas —le contestó Lecter apesadumbrado—. Está próximo el día en el que debemos vivir como bestias huyendo de ellos sin disponer de tiempo ni medios para construir o aprovechar asentamientos subterráneos. El sentimiento de los que permanecemos aquí es el de estar perdiendo nuestra última oportunidad. ¡Ni siquiera somos expertos en negociaciones ni nos dejan materializar a alguien que lo sea! ¡Malditos ghuros!

—No es maldad —Aníbal intentaba calmar al profesor, cuyo rostro reflejaba los estragos de muchas noches en vela—. Es solo que desde hace más de dos siglos se han visto envueltos en demasiadas guerras y masacres que han diezmando a su población y les han impedido llevar la sencilla forma de vida que anhelan. Aunque saben que los tapos nunca les hemos perjudicado, al fin y al cabo somos humanos, lo mismo que los valeranos cuando estos, y después sus descendientes de Renacimiento, les atacaron —se interrumpió cuando, a pesar del pesimismo de Lecter, le pareció notar una especie de impaciencia y hasta cierto punto exaltación—. ¿Ocurre algo?

—No puedo asegurarlo, y procurad no intentar averiguarlo a través de mi mente, por favor; es demasiado importante como para exponer mis conclusiones antes de confirmarlas —consultó su reloj—. Todavía me queda tiempo antes de la reunión para ir al archivo que descubrimos ayer. Debo darme prisa no sea que nos prohíban el acceso.

—¿Qué es lo que hay en el archivo? —preguntó Aníbal mientras el profesor se daba media vuelta para irse.

—Cientos de miles de láminas de oro grabadas en castellano —dijo antes de alejarse—. Estoy seguro de que entre ellas se encuentran las que relatan lo que sucedió en Atolón mientras Valera estuvo ausente...

Capítulo VII

¡DISTURBIOS!

Se dirigieron hacia un barracón prefabricado situado en la zona asignada a los tapos para comer algo. En el camino comentaron las pesimistas expectativas que les había transmitido el profesor, así como el inquietante descubrimiento que decía haber hecho.

Desde el momento en el que el pueblo tapo salió del lamentable atraso en el que vivía cuando Miguel Ángel Aznar emprendió la faraónica empresa de reunirlos en una nación, surgió la pregunta —compartida con el pueblo valerano, que había abandonado en Atolón una próspera colonia— de qué había sucedido para que el único vestigio del ser humano, despojado de todo atisbo de progreso, hubieran sido ellos.

A pesar de lo angustioso de su situación, todos y cada uno de ellos habría dado lo que fuese por conocer su origen y saber si algún grupo de seres humanos había abandonado el circumplaneta, y porqué y hacia dónde.

Aníbal condujo a Honda a una mesa en la que había varias personas a las que presentó. La presencia tapo se reducía a algo más de un millar de tripulantes de las ictionaves que conocían la existencia del lugar. Aparte de realizar misiones como la que les había llevado a rescatar a Honda, esperaban a saber cómo quedaba finalmente la situación, para embarcarse y dirigirse a los núcleos de población conocidos a llevar la noticia de la existencia de Lar. La imposibilidad de utilizar equipos de radio potentes para comunicarse, hacía que fuera imprescindible acudir físicamente al lugar al que se quería informar de algo.

Lamentablemente, la última conversación con el profesor Lecter, hacía que el joven capitán opinase que únicamente podrían anunciar la ubicación de un lugar donde esconderse o refugiarse temporalmente.

Le preocupaba que en el futuro se intentase arrebatarse la base a los ghuros, o al menos forzarles a que aceptaran compartirla. Si ello sucedía, tendrían pocas posibilidades de lograrlo, ya que los únicos accesos eran los submarinos y estos resultaban extremadamente fáciles de proteger. Además, a una persona razonable y hasta cierto punto pacífica como él, le repugnaba la idea de que tapos y ghuros

terminasen por luchar entre ellos.

No pudieron evitar que, durante el transcurso de la comida, sus compañeros supieran lo que Lecter les había contado. Por eso él mismo se había apresurado a alejarse de ellos antes de que terminasen por leer en su mente aquello que decía haber descubierto sobre el pasado de Atolón.

—No podrá ocultarlo por mucho tiempo —dijo uno de los oficiales que comía con ellos después de que hubieron terminado de contar lo que los demás ya sabían merced a sus facultades paragnósticas—. En algún momento regresará y sabremos de qué se trata. Vosotros no sabíais que ocultaba algo prácticamente hasta que no os lo ha dicho y ha podido concentrarse un minuto y pensar en otra cosa mientras se iba, pero sabéis que eso no es posible hacerlo constantemente.

—Yo sentí que era sincero —intervino Honda—. Creo que él mismo lo hará público en cuanto... ¿Cómo dijo? ¡Ah, sí! En cuanto lo confirme.

A raíz del trabajo del profesor, comenzaron una discusión habitual entre tapos, en la que cada uno daba su opinión sobre el tema de su origen. La conclusión siempre iba en la línea de que lo más probable era que ellos descendiesen de la colonia valerana —directamente de la rama bauta, como una evolución de los valeranos puros, o ambas cosas—, aunque sin encontrar explicación al retroceso tecnológico y cultural sufrido.

En aquella ocasión la discusión fue interrumpida por la entrada del alférez Itzu en el barracón. Se le notaba alterado mientras miraba en rededor.

Viendo a Aníbal, y dado que no había nadie de rango superior presente, se dirigió directamente a la mesa que ellos ocupaban. Antes de que abriese la boca, todos los presentes sabían ya lo que iba a decirles.

—Se escuchan explosiones lejanas —se interrumpió para recuperar el aliento—. Corren rumores de que un grupo de los nuestros ha ido sacando de las ictionaves armas atómicas ligeras y están atacando a los ghuros.

—¡Una radio! —pidió Aníbal mirando alrededor. Sabía que muchos de ellos portaban equipos ligeros, de escasa potencia, pero suficiente como para comunicarse dentro de la base. Podían utilizarse con la tranquilidad de saber que no iban a ser detectados por los thorbod, y mucho menos bajo el monstruoso manto de roca que les separaba del exterior.

—... si alguien está al otro lado, por favor —se escuchó en cuanto uno de los presentes conectó y tendió a Aníbal la radio que llevaba.

—Soy el capitán Aznar —dijo nada más tener el aparato en sus manos—. Identifícate, por favor.

—«Astronauta Estévez. Estoy a escasos metros de la entrada de la bóveda que están acondicionando los ghuros para vivir. Esto es una carnicería. Al menos ochenta de nuestros hombres con la armadura enfundada están disparando contra cualquier ghuro que encuentran.

»Por el momento parece que llevan la iniciativa, pero los ghuros son decenas de

miles y les barrerán en cuanto reaccionen».

—¡Vuelve aquí, Estévez! —Se volvió hacia los demás—. Esto es muy preocupante; ahora sí que les hemos dado una excusa para desconfiar.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Honda angustiada.

—Que más vale que volvamos a embarcar las vetatom en las ictionaves lo más rápido que podamos y nos preparemos para salir de aquí...

Capítulo VIII

EL FIN

Mientras se preparaban para lo inevitable, se estuvieron turnando frente al aparato de radio sin lograr contactar con los atacantes ni con nadie más.

Nadie discutió la orden de Aníbal: ni los otros capitanes que allí se encontraban ni los miembros de otras tripulaciones. Todos estaban seguros que lo primero que harían los ghuros nada más controlar la situación sería expulsarles de allí, y lo más probable era que lo hicieran por la fuerza o al menos sin darles tiempo a hacer preparativos. Sin embargo, todavía tenían algo de margen porque se seguían escuchando explosiones lejanas que llegaban del túnel que comunicaba con la bóveda en la que se estaba luchando.

A instancias de Honda, las cajas con las vetatom que habían sido rescatadas del Talión fueron embarcadas en el Karnac. Mientras verificaban que todo estaba en orden, el alférez que permanecía en ese momento a la escucha con el aparato de radio se acercó a ellos y les dijo que estaba recibiendo una comunicación del profesor Lecter.

—¡El profesor Lecter! ¡Lo había olvidado! —Y acercándose el aparato dijo—: Profesor, ¿me escuchas? Tienes que venir aquí. Deja lo que estés haciendo y regresa a la bóveda de ataque.

—¿Qué ocurre, Aznar? He estado escuchando como explosiones, pero hasta ahora no había recordado que entre el equipo llevaba una radio.

Le explicó brevemente la situación e insistió para que regresase.

—No puedo dejar esto ahora, Aznar. Estoy a punto de dar con las láminas que buscaba. ¿Sabes? Ignorábamos muchas cosas sobre nuestro pasado.

—Ya me lo contarás cuando estés de regreso, profesor.

—Aún hay tiempo. No pienso salir de aquí hasta haber terminado; ¡ni lo sueñes!

—Al menos mantén la radio encendida —le dijo viendo que iba a resultar imposible convencerle.

—De acuerdo. Hasta luego.

Iba a volverse hacia Honda para decirle algo cuando tuvo de repente una extraña y sobrecogedora sensación, mezcla de intuición y percepción. Era como si...

—... como si aumentase la presión —dijo ella interceptando sus pensamientos—. ¿Qué ocurre, Aníbal?

—No lo sé —además de la inquietante sensación, se dio cuenta de algo más—. ¿Te has dado cuenta de que han cesado las explosiones por completo?

Ella asintió mientras pensaba que, aunque los ghuros hubieran controlado a los atacantes, ninguna batalla termina de repente sin que se vuelva a escuchar nada más.

Podían sentir el desasosiego de todos los que estaban a su alrededor.

—¡Capitán! —Escuchó a sus espaldas—. ¡Las paredes! ¡Por todos los...! ¿Qué está sucediendo aquí?

Miró hacia donde señalaba el que había hablado, que se había quedado mirando atónito e inmóvil como una estatua. ¿Qué era aquello?...

¿Cómo explicar lo que estaba sucediendo? Se frotó los ojos como no dando crédito a lo que veía. Era como si la roca se fundiese... ¡No! Como si encogiera. Como si estuviese hecha de un material elástico que recuperaba su tamaño original... ¡Pero era roca! ¡Roca pura de una dureza que hacía imposible que sucediese aquello sin que la temperatura aumentase hasta superar los seiscientos grados centígrados!

No se trataba de fusión de la roca. No solo no notaba aumento de la temperatura, sino tampoco cambio en su color, ni la más diminuta columna de humo.

Alguien rompió el desconcertante silencio con otra exclamación:

—¡Mirad! ¡El techo!

Levantó la vista y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Al principio parecía tan solo el efecto de alzar la cabeza con demasiada rapidez, pero enseguida se daba uno cuenta que la parte superior de la bóveda iba perdiendo altura poco a poco pero de forma evidente y continua.

El silencio... ¿Cómo podía estar sucediendo todo en el más absoluto silencio? Aquello aumentaba más aún la sensación de estar sufriendo un sueño... una pesadilla ¡Era imposible que eso sucediera y no se escuchase absolutamente ningún ruido!

Reaccionó al ver cómo el túnel que tenía a su izquierda también tenía el techo más bajo. Los diecinueve o veinte metros de altura que tenía se habían reducido a tan solo algo menos de ¡tres metros!

Ello le hizo recordar al profesor. Salió corriendo hacia el lugar donde se encontraba la radio, de la que nadie se había ocupado desde que había comenzado el fenómeno.

—¿... saber qué pasa? ¿Me escucha alguien? —El profesor intentaba hacerse escuchar.

—Profesor, soy yo, Aníbal Aznar.

—¡Por fin! No sé qué ocurre, pero estoy atrapado aquí.

—Nosotros tampoco lo sabemos. Es como si las bóvedas y los túneles encogiesen.

—Si allí también sucede, entonces estoy listo. No podré salir de aquí.

—No sé qué podemos hacer...

—No te preocupes. Lo importante es que lo que he descubierto no se pierda conmigo. Escucha atentamente; sé lo que ocurrió aquí y porqué desapareció todo rastro de progreso. También porqué los tapos sufrimos un retroceso tecnológico y cultural.

—Profesor, yo...

—¡Calla y escucha! Hay más; no todos perecieron. Algunos escaparon y sé hacia dónde se dirigían. Memoriza lo que voy a decirte... ¡Nooooo!

Un estruendo y después solamente estática en el aparato de radio.

—¡Profesor! ¡Profesor!...

Tras varios minutos intentando infructuosamente contactar con Lecter, la mano de Honda sobre su hombro le sobresaltó. Miró alrededor: el techo de la bóveda se encontraba ya a tan solo veinte o veinticinco metros de sus cabezas y comenzaban a escucharse los primeros crujidos y explosiones del material y construcciones que eran aplastados por la roca. Ninguno de los túneles que comunicaban con el resto del complejo era visible ya.

—Tenemos que irnos o moriremos —le dijo ella—. Llevamos a demasiadas personas desmaterializadas en las bodegas como para correr más riesgos.

Cuando se volvió antes de atravesar la compuerta del Karnac, la altura de la bóveda era ya tan solo de nueve metros y estaba a punto de llegar a la parte superior de la nave.

Una vez dentro, pulsó el comunicador que había en la pared y dijo a los que estaban en la Sala de Derrota:

—Sacadnos de aquí y llevadnos a mar abierto...

Capítulo IX

ESPERANZA

—¿Qué era aquello? —le preguntó Honda pasados dos días mientras tomaban un refresco en una de las salas de la ictionave.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Mi intuición me dice que quienes lo construyeron, descendientes de bautas y valeranos según el profesor Lecter, debían de haber llegado a un grado de evolución tal que, para ellos, el uso de armamento atómico dentro de aquel lugar significaba que los secretos que ahí se escondían debían ser protegidos.

—¿Cómo una especie de detector que destruía la base si se llegaban a utilizar armas dentro de ella?

—Algo así. Me imagino que para ellos debía ser algo lógico, basado en un concepto de la vida y la ética que a nosotros se nos escapa. El caso es que nunca sabremos si Lar llegó a ser habitado o se trataba de un legado para unos seres que hemos demostrado no estar a la altura requerida, luchando en su interior y provocando su destrucción.

—¿Qué sería lo que descubrió el profesor Lecter?

—Nunca lo sabremos, Honda, pero lo que sí es cierto, es que noté su voz nerviosa, pero no excitada, sino incluso triste, como si las respuestas que halló no le hubieran gustado. Tal vez sea mejor que sigamos sin conocer el pasado.

—¿Y el futuro? —preguntó ella apoyando la cabeza sobre el pecho de él con ternura.

—Recuerdo que desde que Marek vino a vivir con nosotros tras la muerte de su madre, repetía cada día que Valera terminaría por regresar. Tengo el presentimiento de que estaba en lo cierto y no queda mucho tiempo para que suceda...

F I N

TRIDENTE, EL PATRULLERO DE LOS LÍOS

Santyaگو Moro

—¡Señor! ¿Qué he hecho para merecer esto? —El contralmirante Mario Moreno apuró el vaso de licor y se quedó mirando el fondo, como buscando allí la solución a los problemas que le perseguían desde hacía meses. Nunca hasta entonces había tomado alcohol con tanta asiduidad.

Recordó con amargura el día que él mismo —sí, él mismo, ¿quién se lo iba a decir?— solicitó su traslado a aquella maldita nave, con sus malditas comodidades y, sobre todo, su maldita tripulación de locos...

El capitán San Miguel... ¿Por qué nadie le dijo que sufría un desdoblamiento de personalidad crónico que le hacía creerse un poeta de los remotos tiempos de la Edad Media, allá en la lejana Tierra?

El alférez Gonzalo... ¿Quién podía fiarse de aquel hombre de corpulencia y movimientos thorbods que no hacía más que secundar y animar las locuras de sus dos compañeros y se había empeñado en comerciar con el territorio de Atolón en una sociedad donde el dinero había dejado de existir hacía milenios?

El alférez Moro... Cuando no estaba escribiendo sus absurdas historias, que luego les obligaba a leer, se afanaba en preparar lo que él llamaba «exquisitos platos». Pero ¿no se había enterado ya de que las máquinas Karendon de a bordo proporcionaban la comida preparada, incluso caliente, como recién hecha? Aquella... ¿cómo la llamó? ¡Ah, sí! Fabada. ¡Siete días de flatulencias y malestar capaces de hacerle perder la razón! ¡A él! ¡A él que había sobrevivido a la reconquista de la Tierra, la guerra en Ulah, el destierro en Atolón y la invasión thorbod!

—No puedo más —se dijo recordando la última broma de aquel grupo de indisciplinados desquiciados mentales.

No le había hecho gracia que le echasen ácido en la cara, aunque, como luego le dijeron entre risas, bastaron una materialización y sesión de psi para recuperar su atractivo aspecto y su hirsuta barba, que se había convertido en humo en menos de lo que una mantis se merienda a un niño.

—¿Das tu permiso, Mario?

—Señor, alférez Gonzalo. De usted y «señor», ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Mario... esto... señor. Hemos recibido una llamada del contralmirante García Bilbao, del servicio de inteligencia. Nos indica unas coordenadas hacia las que debemos dirigirnos.

Eché un vistazo al alférez Gonzalo. ¿Cómo podía haber tenido la mala suerte de terminar con aquellos personajes? Pidió una tripulación con experiencia y allí estaba él; ni más ni menos que un antiguo cronista deportivo... El bundo deportivo, ¡qué estupidez!

—¿Alguna información sobre lo que debemos hacer al llegar a nuestro destino?
—preguntó con aire aburrido.

—Ninguna. ¿Vienes a comer?

—De acuerdo —mientras se levantaba, se preguntó qué nuevo experimento del alférez Moro le obligarían a ingerir—. Por cierto, ¿no dejé claro que no es correcto tutear a un superior?

—Es una costumbre tapo...

—¡Pero si ninguno de los cuatro es tapo!

El corpulento alférez se encogió de hombros y él decidió que tampoco pasaría nada por que se tuteasen; aquel era el menor de los muchos problemas que le podía causar ese puñado de desquiciados.

Mientras recorrían el pasillo que les separaba de la cómoda sala común que hacía las veces de comedor de personal, Mario preguntó con curiosidad:

—¿A qué se debe su... tu acento?

—Aunque mi familia procede de Nueva Soria, he vivido casi toda mi vida en la región de Catalonia. Allí, además del castellano, se habla la lengua de una antigua tribu tapo; los catalones.

Cuando cruzaron el umbral, Mario se sorprendió disfrutando del olor de lo que iban a comer. El alférez Moro parecía haber acertado por una vez.

—Hola —saludó este mientras se despojaba del ridículo delantal que se ponía para cocinar—. Lo siento, sigo sin dar con la forma de cocinar al sadrita. Tendremos que conformarnos con comida de vetatom, ¡puaf!

—Ya me extrañaba —pensó Mario—. Mejor así, por una vez comeré algo decente...

—Algún día —Moro seguía hablando sin parar— lograré dar con la forma de cocer el sadrita.

—¿No te das cuenta de que son seres basados en el titanio? No son comestibles. El otro día cuando me hicisteis probarlo, además de estar asqueroso, apenas os dio tiempo de llevarme a la Karendon antes de que muriese. También me pregunto cómo ha llegado a tus manos una vetatom de sadrita del Instituto de Biología de Nuevo Madrid.

—Oh, no te preocupes —dijo el obeso alférez—. Es una copia que me

proporcionó un amigo cuando se enteró de mi empeño en hacerlos comestibles —se tocó el abultado estómago—. He vuelto a engordar; creo que voy a tener que dar el salto atrás de nuevo. Con ese método, me habría hecho de oro poniendo una clínica de adelgazamiento en el siglo veintiuno...

—Perdón, contralmirante. —San Miguel estaba sentado frente a él—. Volvió a llamar García, tan solo hace un instante. En su comunicado decía, que es más que importante que le llame a mediodía.

—Ya se ha transformado en el poeta...

—Gracias por la información alférez... digo, don Ramón de Santillana —ignoraba si se habría vuelto agresivo de no llamarle por el nombre que decía que tenía cuando cambiaba de personalidad, pero no quería ser él el que lo averiguase.

—No hace falta trato especial. Tratándose del patrón, no me tomaré a mal, que me llame usted Ramón.

—Muy mono e ingenioso, hombre... —una vez más, se preguntó cómo una persona de aspecto tan formal y serio como el capitán podía creerse que era otro.

Se sentaron los cuatro a comer. Mario disfrutó por fin de una comida en condiciones.

—¿Has comprobado que el rumbo se corresponde con las instrucciones recibidas, alférez Moro? —dijo cuando se encontraban ya tomando una copa de licor.

—Sam, Mario. Ya sabes que nos llamamos por nuestros nombres.

—De acuerdo... Sam. ¿De dónde viene ese mote?

—Oh, es de una antiquísima película que vi una vez ¡Imagínate! No era ni en relieve, ni tan siquiera en color. Salía un pianista al que le decían «tócala de nuevo, Sam».

—Pues qué bien —dijo Mario distraído.

Consultó su reloj. Debía darse prisa para llamar al contralmirante García a la hora que había solicitado. Apuró su copa y se levantó. Según salía del comedor, escuchó a Sam decir:

—Por cierto, Mario, cuando vuelvas dejaré que leas mi última novela. Los siglos perdidos.

—¿Pero qué le daban de comer a este hombre de pequeño? ¡Si empezó a escribirla ayer! Aunque sea otra patochada como las anteriores, no sé cómo puede escribir tan rápido. Intentaré hacerme el despistado a ver si evito leerla...

Cuando volvió a reunirse con los demás, su rostro estaba desencajado y mostraba una palidez mayor de lo habitual.

—Las coordenadas hacia las que nos dirigimos se corresponden con un punto de la selva donde se ha estrellado el aerobote del contralmirante Quintana, que acompañaba al profesor Vidal, el eminente astrónomo. Somos la nave más cercana y debemos rescatarles antes de que les devoren las mantis. Hay miles de ellas y apenas pueden contenerlas.

—Lleva toda la mañana, a las mantis resistiendo. Al contralmirante Quintana

rescataremos corriendo.

—¡Basta de rimas estúpidas! —Sintió sobre sí la ofendida y digna mirada de Ramón—. ¿No os dais cuenta de que somos solo cuatro personas y no podemos usar el armamento atómico de la nave porque podríamos terminar también con Quintana y el profesor Vidal?

—Sadritas —se limitó a decir Sam.

—¿Sadritas? ¿Es todo lo que se te ocurre decir en un momento así?

—Sadritas —repitió.

—¡Estoy harto de locuras! ¿No te das cuenta...?

—¡Eso es, Sam! —le interrumpió Jesús, el alférez Gonzalo—. ¡Repliquemos en la Karendon miles de esos repulsivos pulpos y lancémoslos hacia donde se encuentran las mantis! ¡No podrán resistir la tentación de comérselos y morirán como estuvo a punto de ocurrirle a Mario! ¡Eres genial, Sam!

—¿Es eso posible? —preguntó Mario a Ramón, en cuyo criterio confiaba a pesar de su problema de desdoblamiento de personalidad.

—Las mantis, lo que les tiremos comerán, si les damos de titanio el alimento, nada más comerlo enfermarán y morirán en el momento.

—Está bien —volvió a consultar su reloj—. Utilizaremos todas las Karendon de a bordo para replicar sadritas como locos —y añadió para sí mismo—: Como locos... ¿De qué otra manera se iban a hacer las cosas aquí?

Al cabo de un tiempo, habían pasado la vetatom del sadrita un centenar de veces. Reunieron los cien repulsivos ejemplares en una Karendon y obtuvieron otra vetatom de la que iban saliendo cadáveres de hombres de titanio de cien en cien.

Tal y como habían imaginado, las mantis no pudieron resistirse ante un manjar de tan apetitoso aspecto y murieron a los pocos minutos de darse el festín de sadritas.

El contralmirante Quintana y el profesor Vidal fueron rescatados con vida...

* * *

Al cabo de un mes, aprovechando que la tripulación del Tridente disfrutaba de unos días de permiso, el propio almirante Miguel Ángel Áznar Bogani felicitaba personalmente al contralmirante Moreno por el ingenioso rescate que había protagonizado junto a sus hombres. Después de hacerlo, su semblante se tornó serio y añadió:

—Lo que no entiendo es el porqué de sus incesantes peticiones de traslado, ¿no está a gusto con su tripulación?

—Verá, señor... El alférez Moro no hace más que perder el tiempo escribiendo...

—¿Ha leído Exilio en Redención? —le interrumpió el almirante.

—Por supuesto, almirante, ¿quién no?

—¿Hijos de Redención, Amenaza eterna, Las huellas del pasado...?

—Naturalmente. El autor se apellida igual que... ¡no puede ser!

—«Es él, contralmirante, el autor de las últimas novelas de éxito escritas en Valera es él...

»Sobre el capitán San Miguel, además de su proyecto de glosar la historia de la Humanidad en verso, bajo su seudónimo de Ramón de Santillana, es, con la excepción de mi hermano Fidel, la máxima autoridad sobre la cultura bartpur que ha existido jamás en el planetillo».

—¿Y... y el alférez Gonzalo? —Sospechaba que también él era algo más de lo que se había imaginado.

—Siendo tan solo un cadete de la Armada, fue quien se encargó de los llaveros e insignias que lucimos con orgullo prácticamente todos los valeranos, por no hablar del diseño de la camiseta negra de gala de la Armada.

—¿Y bien? ¿Sigue queriendo dejar el Tridente? —preguntó Aznar divertido ante la expresión de asombro de Mario.

—¡Nunca! ¡Seguiremos juntos allí mientras podamos!

—¿Por lo que acabo de contarle?

—No, señor, porque en el fondo ha sido divertido y les he tomado cariño a esos tres locos... ¿Quién sabe? Puede que me hayan contagiado y esté ya tan loco como ellos, pero les echo de menos y tengo ganas de zarpar de nuevo en el Tridente...

FIN

UN ERROR GRAMATICAL

Carlos Quintana Francia

El rojo corazón de Manelik emitía una luminosidad muy apagada, claro indicio de la fatiga que se había apoderado de él. Llevaba muchas horas, demasiadas, concentrado en su tarea, intentando sintetizar el conjunto de informaciones dispersas que como responsable del Servicio de Decodificación estaba recibiendo.

En un principio la tarea de descifrar los mensajes y comunicaciones interceptadas a los animales de piel blanca e interpretarlos, no había sido demasiado difícil. Contaban para ello con la experiencia de cuando, bajo la personalidad del dios Tomok, se comunicaban con ellos, transformando las vibraciones del aire con que hablaban aquellos seres en señales luminosas visibles para ellos.

Cierto era que en aquellos tiempos las bestias, los humanos como ellos mismos se llamaban, vivían muy atrasados y hablaban unos lenguajes bastante elementales y establecer la mínima comunicación necesaria para atemorizarlos y tenerlos dominados, fue bastante fácil. Pero la situación cambió drásticamente con la llegada de unos nuevos humanos procedentes del espacio y dotados de una tecnología mucho más avanzada, más incluso que la suya, la de los verdaderos hombres, los seres de silicio.

Manelik no había vivido aquellos tiempos, tiempos nefastos para los silíceos, en la que sus ejércitos fueron derrotados, sus ciudades arrasadas y los supervivientes de la masacre tuvieron que refugiarse en las innumerables cuevas y grietas que se extendían por la corteza del planeta, en paciente espera de que sus atacantes se confiaran y dejaran de perseguirles con saña.

Esta estrategia dio resultados y finalmente los humanos abandonaron sus acciones militares o al menos las redujeron casi completamente, lo cual permitió a los silíceos irse recuperando poco a poco, hasta estar en condiciones de irrumpir violentamente en la superficie del planeta y derrotar a aquellas bestias, que de modo muy imprudente habían dejado sus ciudades casi desguarnecidas, ya que el grueso de su armada sideral había partido en busca de no sabían exactamente qué objetivos, algo

relacionado con la liberación de sus planetas de origen.

Esta partida fue demasiado precipitada o sus valoraciones de las posibilidades de la humanidad de silicio demasiado optimistas, el caso fue que tras una breve campaña triunfal, los hombres de cristal quedaron únicos dueños del planeta y las bestias reducidas a lo que eran: ganado solo apto para satisfacer algunas determinadas necesidades alimenticias.

Muchas generaciones de silíceos habían transcurrido desde entonces y muy pocos eran los estudiosos que seguían investigando sobre las costumbres de los humanos. Una de las medidas que se habían adoptado después de la guerra, fue imbuir a aquellas bestias la costumbre de cortar la lengua a los recién nacidos, con la idea de restringir sus posibilidades de desarrollo intelectual, ya que de ese modo se dificultaba enormemente la comunicación entre ellos más allá de unas ideas y conceptos elementales.

Y he aquí que hacía pocos años de las profundidades del cosmos habían regresado los descendientes de aquellos humanos superdesarrollados y se produjo el inevitable choque entre ambas razas, dando comienzo a una guerra de desgaste que no llevaba trazas de terminar. Por una parte todos los intentos de los valeranos, como ellos mismos se llamaban, habían sido rechazados por los ejércitos silíceos, pero por otro lado estos tampoco eran capaces de llevar sus tropas hasta las bases humanas, situadas en un lejano planeta y en el extraordinario orbimotor que les había servido de vehículo de regreso.

La estrategia y desarrollo de la guerra no era de la incumbencia de Manelik, que había sido siempre un ser aficionado al estudio de la Arqueología, especializándose precisamente en la civilización de los humanos y habiendo llegado a ocupar importantes puestos académicos.

Y he aquí que poco después del inicio de las hostilidades había sido requerido para responsabilizarse del departamento encargado de traducir las comunicaciones captadas al enemigo.

En un principio pareció una tarea bastante fácil, puesto que los lenguajes que hablaban los humanos eran el castellano y una nueva versión del idioma redentor derivada de los dialectos que inicialmente eran empleados por los indígenas de los tiempos de Tomok, y sobre ambos existía una completa documentación en los archivos.

Pero enseguida empezaron a aparecer varias dificultades. La primera fue la ausencia de un vocabulario completo, lo cual unido a la distinta forma de pensar de ambos pueblos, complicaba el trabajo en cuanto se querían traducir textos complejos o coloquiales. Hubo que recurrir a diccionarios y enciclopedias que se conservaban medio abandonados en algunas bibliotecas y archivos militares y fue esto lo que aconsejó crear el nuevo departamento puesto bajo la dirección de Manelik.

A esta dificultad vinieron a unírseles enseguida otras dos: el empleo de códigos de cifrado en las comunicaciones del ejército valerano y el empezar a utilizar además

unos idiomas distintos, totalmente desconocidos para los silíceos: el thorbod y el nahumita.

No obstante, la tenacidad de Manelik y sus colaboradores fue venciendo todos estos inconvenientes, gracias al interrogatorio de los prisioneros y al material gráfico y sonoro que pudo recogerse en diversos navíos capturados al enemigo, con lo que la situación llegó a una cierta estabilidad, donde el mayor problema seguía consistiendo en la falta de vocabulario y la complejidad de traducir sentimientos y maneras de razonar que eran totalmente distintos entre los humanos y los silíceos.

La labor del departamento de espionaje silíceo se extendía no solo a las comunicaciones militares de los valeranos, sino también a las emisiones de radio y televisión civiles, a través de las cuales trataban de averiguar indirectamente detalles de interés estratégico.

Fue así como averiguaron que un profesor desconocido había descubierto un sistema para transmutar el sol ultravioleta que alumbraba el interior de su planeta en una estrella metálica, adecuada para los humanos pero mortal para los silíceos, lo cual fue oportunamente comunicado a los Altos Mandos del ejército, si bien fue recibido con una gran frialdad y escepticismo, ya que los científicos fueron de la opinión de que aquello era técnicamente imposible. Y consecuentemente el Mando militar llegó a la conclusión de que debía tratarse de una maniobra destinada a elevar la moral de la población, ya que según podía deducirse de algunas noticias y entrevistas, la gente estaba cada vez más harta de aquella guerra sin fin y eran muchos los partidarios de abandonar aquellos planetas y dirigirse hacia los mundos de donde habían llegado originalmente.

Manelik no lo veía tan claro y siguió muy atentamente cuantas noticias recibía sobre aquel tema, insistiendo una y otra vez ante sus superiores, hasta que estos le ordenaron que se olvidara del tema, ya que la opinión general del Estado Mayor era que precisamente aquella abundancia de noticias e informaciones era la mejor prueba de que todo aquello era falso, ya que de ser cierto era evidente que nunca hubiesen dejado que sus planes llegaran a los silíceos, sino que lo hubieran mantenido en el más absoluto secreto.

No obstante, unos meses después las fuerzas enemigas iniciaron una gran maniobra atacante contra el planeta que ellos llamaban Redención, ante lo cual la armada silíceo no tuvo más remedio que salir a su encuentro, entablándose así la mayor batalla de la guerra, con millones de navíos siderales enfrentados, hasta que la superioridad numérica y tecnológica de los humanos le obligó a replegarse y pasar a la defensiva, en la confianza de que las fuerzas terrestres impedirían como siempre que el desembarco tuviese éxito.

Pero ocurrió algo distinto a lo esperado. Una vez consolidada la cabeza de puente, los valeranos no empezaron a efectuar la clásica maniobra de expansión y avance territorial, sino que se limitaron a fortificarse allí e iniciar una extraña labor, perforando lo que parecía iba a ser un túnel gigantesco de quinientos lunos de

diámetro, directo hacia el centro del planeta.

Manelik fue llamado a una reunión con el Estado Mayor, en la cual se intercambiaban las más dispares opiniones, y se le ordenó que extremara su labor de investigación de las comunicaciones humanas interceptadas, tratando de encontrar una explicación lógica a aquella maniobra estratégica.

Pero nada nuevo pudo deducirse, y se desató una nueva batalla de aniquilamiento en torno a la boca del pozo, con resultado incierto, si bien las fuerzas valeranas, situadas entonces en plan defensivo, iban logrando contener los ataques enemigos y la perforación del pozo seguía adelante.

Para acabar de complicar la situación, los invasores efectuaron un segundo desembarco, iniciando una nueva perforación y obligando así a los silíceos a dividir sus fuerzas, al mismo tiempo que les inducían a mantener una importante fuerza de reserva en la duda de si todo aquello era el ataque definitivo o tan solo una maniobra de distracción.

Por los mensajes e informaciones que iba recibiendo, Manelik seguía con la misma idea de que aquel ataque tenía por objetivo la metamorfosis del sol interior, si bien el Estado Mayor seguía dudando de ello, aunque terminaron por tener que considerar en serio sus hipótesis y empezar a pensar en cómo debían reaccionar si finalmente los valeranos conseguían terminar el túnel, y empezaban a hacer entrar sus navíos en el mundo de silicio.

Y nuevamente Manelik fue llamado ante los altos mandos militares y requerido a explicar detalladamente todo cuanto había averiguado.

—Ante todo —dijo a modo de introducción—, debo manifestar que nuestras conclusiones se basan en informaciones que muchas veces pueden ser inexactas e incluso en algunas ocasiones son contradictorias.

—¿Cómo osa iniciar así su informe? —le interrumpió uno de los generales asistentes—. Ha tenido usted tiempo y recursos sobrados para estar en condiciones de presentar unas conclusiones coherentes, ¿no...?

—Ciertamente, general —repuso el profesor—. Pero debo hacer notar que el enemigo está utilizando informaciones deliberadamente falsas, con objeto de desviar nuestro trabajo de sus verdaderas intenciones, a parte, evidentemente, de que los codifican con sofisticados programas informáticos...

Al llegar a este punto y ante el enfurecimiento del brillo del ojo del general, Manelik se apresuró a matizar:

—De todos modos, los técnicos de mi departamento están desarrollando otras herramientas informáticas tan potentes como las suyas, o al poco tiempo de que ellos crean nuevas claves, somos ya capaces de descifrarlas. Además nos dedicamos a interceptar sus emisiones de radio y televisión civiles, sobre las que parece haber muy poca cesura, y de ahí extraemos también informaciones muy valiosas.

—¡Abrevie! ¿Cuáles son sus últimas conclusiones?

El profesor dudaba de si seguir insistiendo sobre el tema de la transmutación

solar, pero ante el ya conocido escepticismo del Estado Mayor y el mal humor evidente del general Tibik que presidía la reunión, optó por saltar ese tema y centrarse en sus últimas averiguaciones.

—Por lo hemos averiguado, están perforando varios túneles totalmente rectilíneos por los que piensan invadir el interior de nuestro planeta. No conocemos sus dimensiones exactas, pero me atreverían a asegurar que el paso de sus buques a través suyo será forzosamente lento, yo diría que de uno en uno o poco más.

—Eso parece lógico —murmuró un almirante—, pero si es así no creo que tengamos dificultad en irlos destruyendo a medida que penetren en nuestro mundo... Imagino que sabemos donde irán a desembocar esos túneles, ¿no...?

—Lo sabemos con bastante exactitud.

—Pues bien —continuó el almirante—. Mi propuesta es que aflojemos nuestra presión sobre sus cabezas de puente y nos concentremos en esperarles a la salida. Si les derrotamos allí, todos sus esfuerzos habrán sido en vano, y con un buen contrataque...

—En principio estoy de acuerdo con esta estrategia —intervino el general Tibik—, pero me cuesta imaginar que esas bestias hayan sido tan estúpidas como para no prever lo que va a ocurrir. ¿No tendrán alguna trampa escondida? —terminó, preguntando a Manelik.

—Estamos recopilando toda la información que podemos y no parece que haya nada más. Hablan de las flotas que van a introducir, básicamente de sus acorazados... Y también de otros buques que no conocemos, a los que llaman «paquetes torpedo» o algo así...

—¿Qué buques son esos...?

—La verdad es que nunca hemos oído hablar de ellos, y si me lo permiten —continuó atrevidamente Manelik—, se trata de un caso que me puede permitir explicarles sobre la marcha cual es nuestro método de trabajo y las dificultades con que nos encontramos.

La propuesta del profesor no parecía ser del agrado del general que presidía la reunión, pero antes de que este pudiese decir nada, otro personaje, situado en uno de los extremos de la mesa, intervino diciendo:

—Prosiga, profesor. Creo que sus explicaciones nos podrían ser muy útiles para evaluar la exactitud de sus informes futuros.

—Pues verán... «Hemos interceptado mensajes cifrados cuya interpretación coincide con detalles de algunos reportajes emitidos por la televisión civil, según los cuales al principio de la invasión van a utilizar masivamente “paquetes”, antes de enviar acorazados.

»Pero tal como he dicho, nuestro conocimiento de su vocabulario es bastante incompleto, sobre todo cuando entramos en detalles coloquiales o excesivamente técnicos. Recurrimos entonces a los diccionarios y enciclopedias que poseemos, aunque desgraciadamente algunos de ellos están bastante anticuados».

—¿Y los interrogatorios de los prisioneros...?

—Evidentemente lo hemos tenido en cuenta y utilizado todo lo posible, pero sigue siendo insuficiente, ya que en la mayoría de los casos los valeranos que hemos podido interrogar son seres de escaso nivel, soldados u oficiales de poca categoría, casi nunca científicos o personajes de una cultura fuera de la estrictamente militar.

Al hacer esta afirmación, Manelik estaba ofendiendo a algunos de los jefes que le estaban interrogando, lo que hizo aparecer el equivalente a una sonrisa humana en el ojo del personaje que había intervenido autorizándole a que se explicase. No obstante, el profesor no fue consciente de ello y continuó:

—El caso es que, como estoy diciendo, este es uno de los casos en que carecemos de información sobre qué tipo de navíos son esos «paquetes». Y para aclararlo hemos recurrido a las enciclopedias humanas, donde hemos podido leer que los «paquetes» son «Líos, bultos o envoltorios de poco peso o volumen / Mazo de cartas / Paquebote».

—¿Y eso qué demonios quiere decir? —interrumpió furioso el general Tibik—. No entiendo nada.

—Eso es precisamente lo que nos suele ocurrir a nosotros —sonrió imperceptiblemente Manelik—. Y es entonces cuando tenemos que recurrir a deducciones y referencias cruzadas. Como es evidente que esos navíos desconocidos, los paquetes, no pueden ser «bultos de pequeño tamaño», ni «mazos de cartas», y aprovecho para comentar que para desechar esta segunda opción tuvimos que investigar qué era eso de «cartas», que resultó ser el conjunto de objetos utilizados por esas bestias para una serie de absurdos juegos de azar... —Y ante la mirada impaciente del general, concluyó apresuradamente—. En definitiva, que llegamos a la deducción final de que debía ser la última acepción: «paquebotes».

—¿Y...? —volvió a interrumpir el general.

—Pues que investigando en otro diccionario, «paquebotes» resultó ser «Barcos de transporte, correspondencia, carga y pasajeros», utilizados por los humanos en antiguos momentos de su historia.

—¡Unos simples transportes, vamos! —exclamó el almirante.

—Efectivamente. Nuestra conclusión definitiva es que los valeranos piensan enviar no solo a sus potentes acorazados, los mayores buques de su armada, sino también una serie de gigantescos transportes que imagino irán abarrotados de torpedos y cuya misión será aprovisionar a los navíos de guerra sobre el terreno, ya que les será imposible volver a la superficie exterior del planeta cuando hayan agotado sus reservas de proyectiles.

—Bueno, eso no tiene demasiada importancia. Nunca podrán contrarrestar nuestra potencia de fuego. Llenaremos los alrededores del punto por donde calculamos que van a aparecer con una gran número de baterías terrestres, al tiempo que nuestra flota patrullará los alrededores para acudir al punto exacto en cuanto esas bestias asomen sus cabezas.

—Estoy de acuerdo con lo que acaba de exponer el general —intervino el silíceo que anteriormente había defendido a Manelik—. Pero lo que sigo sin entender es cual es propósito de esta invasión. Ellos también deben haber hecho sus cálculos y llegado por tanto, a las mismas conclusiones a las que acabamos de llegar nosotros.

—Ya hemos debatido muchas veces este punto, consejero Kohac. Y me gustaría que no se volviera a insistir sobre ello a no ser que tengamos nuevas pruebas evidentes. ¿Qué opina usted, profesor?

Manelik dudó si continuar insistiendo sobre la teoría de la transmutación solar, pero llegó finalmente a la conclusión de que es Estado Mayor tenía muy clara su postura y no había manera de hacérsela cambiar, por lo que decidió seguirles la corriente y darles incluso argumentos a favor de sus ideas.

—«Por lo que yo he podido averiguar estudiando la historia de esos seres, siempre han sido muy propensos a cometer errores garrafales. Son muy viscerales y se dejan llevar por los sentimientos en lugar de la razón...

»Como ejemplo tenemos lo ocurrido cuando después de la guerra en que casi nos derrotaron, partieron a vengar una afrenta ocurrida en sus mundos de origen en vez de quedarse más tiempo aquí y aprovechar la ocasión para rematarnos completamente.

»Quizás en este caso esté ocurriendo algo parecido y todo sea una maniobra para levantar la moral de su pueblo, que por lo que hemos podido averiguar está bastante harto de esta guerra... Sus reacciones son bastante imprevisibles...».

—Bien —concluyó el general Tibik—. A la vista de todo lo expuesto, me reafirmo en continuar con la estrategia actual. Mantendremos una ligera presión continuada en las cabezas de puente que el enemigo ha establecido en la superficie exterior, y reforzaremos nuestras tropas, tanto aéreas como terrestres, en los alrededores de los puntos por donde prevemos que van a irrumpir en nuestro mundo. Hay que preparar una potencia de fuego superior al doble de la que ellos pueden presentarnos. No olvidemos que por más que se esfuercen, sus buques van a tener que entrar de uno en uno o poco más y que por lo tanto nos deberá ser fácil neutralizarlos a medida que lo vayan haciendo.

Y reparando en la expresión dubitativa del profesor Manelik, concluyó:

—Y no se preocupe. Profesor. Aunque intentaran traer esos proyectiles transmutadores de nuestro sol, si es que existen, nunca serán capaces de disponer del número que según sus previsiones serían necesarios. ¡Es totalmente imposible! Los iríamos destruyendo tan pronto como fueran entrando.

Los ojos de los demás silíceos parpadearon en el equivalente a una risa irónica de los humanos, mientras se iban levantando y abandonando la sala, salvo el consejero Kohac, que acercándose a Manelik murmuró:

—«No les haga caso, profesor. Yo tampoco estoy muy tranquilo, pero aunque podamos tener razón en nuestras suposiciones de esa transmutación en la que no creen nuestros científicos, lo que es cierto es que nunca estarán en condiciones de lanzar los misiles. Es imposible que puedan penetrar por ese túnel, por más rectilíneo

y ancho que sea, con la rapidez que sería necesaria para poder defenderse del alud de torpedos que caerán sobre ellos en cuanto asomen la cabeza.

»Según los cálculos del Estado Mayor, el primer túnel no estará terminado hasta dentro de bastante tiempo, así que tanto el Ejército como la Armada estarán sobradamente preparados.

»Además, en cuanto me comuniquen que la invasión esté a punto de empezar, le avisaré y podrá usted venir y contemplar en directo a través de las pantallas de Puesto de Mando como se desarrollan los acontecimientos.

»Y ahora no se preocupe más. Está usted cumpliendo muy bien con su deber. Siga así y no deje de informarme si averiguan algo nuevo e importante».

Así terminó aquella reunión, tras la cual Manelik regresó a sus actividades habituales, coordinando las labores de espionaje electrónico y su posterior interpretación, pero sin que lograsen averiguar nada de especial importancia, ya que los valerosos parecían haber extremado sus precauciones.

En el aspecto militar también parecía haberse llegado a un cierto compás de espera, hasta que en un momento dado, el profesor recibió una llamada de Kohac, convocándole en el Cuartel General de la zona.

Al llegar allí, Manelik lo encontró lleno de actividad, cosa lógica cuando el consejero le comunicó que el motivo de su llamada había sido precisamente que sus sismógrafos y demás aparatos de detección habían comprobado que el enemigo se encontraba ya perforando la tierra firme del Reino de Silicio, a muy poca distancia de su superficie.

Se dirigieron a la Sala de Control y desde allí pudieron también contemplar la boca del pozo, allá en la superficie exterior del planeta.

Las imágenes eran muy confusas, ya que toda la zona estaba cubierta por una espesa capa de polvo en suspensión, pero parecía evidente que los humanos estaban retirando los gigantescos ventiladores y demás materiales que durante aquellos días habían estado introduciendo en el pozo para poder efectuar aquella obra de ingeniería.

La Flota de silicio había lanzado varios ataques con objeto de dificultar la maniobra, pero los efectivos enemigos eran abrumadoramente superiores y los resultados obtenidos habían sido casi nulos, por lo que se había decidido seguir con el plan primitivo y concentrar todos los esfuerzos en la inminente batalla que iba a desarrollarse en la salida del túnel en cuanto este terminase de ser perforado.

Mientras tanto las imágenes de la superficie exterior terminaron de ofrecer vistas de la retirada de material para ser substituidas por monótonas imágenes de llegada de buques y su introducción en el gigantesco agujero.

—Mire, consejero —comentó Manelik—, esos deben ser los «transportes-paquete».

—¿Los transportes-paquete...?

—Sí, consejero. Me refiero a aquel nuevo modelo de buques que parece van a

emplear, los paquetes o paquebotes, aquellos grandes buques de transporte de torpedos que comenté en la reunión con el Estado Mayor...

—Pues no se ven tan grandes. Parecen pequeños navíos del tipo de los discos volantes.

—Efectivamente. Tiene forma cilíndrica y su diámetro debe ser el máximo compatible con que puedan entrar en el túnel, o sea tan solo unos quinientos lunos, como la eslora de nuestros acorazados.

—Cierto, pero su altura es muy pequeña... Sus blindajes deben ser también muy delgados.

—Posiblemente sean tan solo transportes, sin valor en un combate con torpedos autómatas.

Los altos mandos militares debían estar llegando a parecidas conclusiones, ya que el ambiente de la sala era cada vez más optimista, convencidos de que la batalla que estaba a punto de empezar iba a resolverse en una fácil victoria.

Tan solo Manelik, y quizás también Kohac, sentían un vago temor, ya que no acababan de creerse que los valeranos fueran tan imprudentes y temían que tuvieran alguna jugada oculta preparada.

El tiempo fue pasando lentamente, hasta el punto de que los dos silíceos decidieron irse a comer algo, imitando lo que estaban haciendo también muchos de los presentes, incluyendo algunos de los militares directamente responsables de la situación.

Pero finalmente empezaron a destellar una serie de luces de alarma, motivando el apresurado regreso de todo el mundo, unos a ocupar sus puestos de combate y otros a apilonarse en el espacio reservado a los civiles, mientras entre los controladores empezaban a cruzarse mensajes a ritmo cada vez más frenético.

—¡Los sismógrafos denuncian la continuación de las perforaciones!

—El epicentro parece dirigirse a las coordenadas 23-86.

—Empieza a registrarse actividad en la cabecera del segundo pozo.

—¡Flotas 12 y 13 en estado de alerta máxima!

—¡Divisiones blindadas en posición!

Y así durante unos minutos en que parecía que el enemigo estaba cada vez más cerca de la superficie, al tiempo que el punto de salida se apartaba un poco de la ubicación prevista, lo cual obligó a un ligero cambio de posiciones de las tropas silíceas.

De repente se encendió una nueva y brillante luz intermitente, al tiempo que por una de las pantallas se veía una nube de polvo surgiendo perezosamente del suelo, en el que empezó a formarse un agujero cada vez más grande por el que salían disparadas al exterior una serie de extrañas máquinas que iban apartándose a los lados. Momentos después la imagen quedó como congelada y al tiempo que uno de los controladores anunciaba las coordenadas exactas del punto en cuestión y las tropas silíceas iniciaban sus maniobras convergentes hacia aquel lugar, se produjo lo

inesperado.

La boca del túnel había quedado vacía, pero a los breves segundos se convirtió en un volcán de polvo y humo a través del cual empezaron a irrumpir, no los esperados acorazados enemigos, sino aquellos extraños «paquetes» a razón de uno cada pocos segundos. Pero lo más sorprendente fue que en lugar de comportarse como buques normales, a la que habían alcanzado una mínima altitud, estallaban como un castillo de fuegos artificiales, llenando el espacio de... ¡centenares, miles de torpedos autómatas!

Las cabezas de los hombres de cristal empezaron a llenarse de furiosos destellos, predominado los del general Tibik, máximo responsable militar de aquella zona, que interrogaba a los servidores de las consolas:

—¿Qué está ocurriendo? ¡Informad!

—Enseguida... Estamos rebobinando y pasando las escenas a cámara lenta —informó el jefe de los controladores, que casi instantáneamente continuó—. Esos proyectiles no son navíos siderales ni de otro tipo. Parece que se trata de simples estructuras formadas por un ensamblaje de torpedos que se deshacen de repente poniendo toda su carga en el espacio en breves instantes.

—¿Cuántos proyectiles llevan?

—Es difícil de calcular con la poca información de que disponemos en estos momentos, pero yo diría que alrededor de cinco mil...

—¡Cinco mil! ¡Y están estallando de modo casi continuo! Esto sobrepasa ampliamente nuestras previsiones. ¡Rápido! ¡Que vengan la 4.^a y 5.^a flotas! ¡Y que la Infantería y los Blindados intervengan también en la lucha aérea!

Mientras todo esto se sucedía con rapidez vertiginosa, la imaginación de Manelik trabajaba a toda presión. «Paquetes... paquetes...». Así que aquello eran los torpedos-paquetes...

Y de repente recordó una de las definiciones que el diccionario daba a aquella palabra: «Líos, bultos o envoltorios de poco peso o volumen». ¡Maldita fuera la gramática y las diversas acepciones que la mayoría de las palabras de aquel condenado idioma parecían tener! Con lo claro y conciso que era el lenguaje de su raza.

Por culpa de aquella pequeña palabra, un adjetivo como ellos le llamaban, «poco peso o volumen»... Aquel pequeño detalle le había hecho errar completamente en sus cálculos. ¿Cómo podían llamar «de poco peso y de poco volumen» a unos ingenios de quinientos lunos de diámetro y que contenían cinco mil torpedos?

Simultáneamente otro pensamiento se adueñó de su cerebro. ¡Le acusarían de ineptitud o quizás de algo peor! Y conociendo al general era de esperar lo peor. Sobre todo si la batalla terminaba mal y... ¿Y serían también ciertos sus temores sobre la transmutación solar?

Si su cuerpo no hubiera sido de cristal, se hubiera encogido sobre sí mismo, pero no siendo esto posible, se limitó a intentar apartarse del resto de los asistentes,

deslizándose lentamente hacia la salida, aprovechando que el consejero Kohac estaba totalmente pendiente de lo que sucedía en las pantallas y en el resto de la sala.

En esta la situación seguía siendo confusa, con órdenes y contraórdenes cruzándose entre los principales miembros del Estado Mayor, hasta que el general Tibik consiguió hacerse con el control y tratar de canalizar la potencia actual de sus ejércitos, mientras esperaban la llegada de los refuerzos solicitados, que no tardarían en empezar a llegar.

No obstante, los paquetes de torpedos seguían saliendo del pozo ininterrumpidamente y si bien se limitaban a una estrategia defensiva, estaba resultando imposible reunir una cantidad suficiente de torpedos silíceos como para poder pasar a la ofensiva, antes al contrario, eran bastante numerosos los torpedos enemigos que sobrepasaban las líneas adelantadas de los defensores y llegaban hasta los navíos silíceos provocándoles cuantiosas bajas.

—«Necesitamos más refuerzos —terminó por reconocer Tibik—. Poned en marcha la clave A de máxima urgencia.

»Y entretanto que la flota se aleje del pozo, a ver si los torpedos enemigos nos siguen y cuando hayan desguarnecido la boca de entrada, efectuaremos un violento ataque con las nuevas fuerzas que están llegando y les cerraremos la entrada».

Así se hizo, pero la maniobra no dio el resultado deseado, ya que el controlador jefe anunció:

—General, el enemigo está empezando a retener sus torpedos. Siguen manteniéndose a la defensiva...

—¿Cuántos torpedos han logrado introducir hasta el momento?

—Calculamos que llevan ya casi un millar de ensamblajes, o sea, unos cinco millones de torpedos.

—¡Cinco millones...! Y siguen saliendo... ¿Cómo está la situación en la cara exterior?

—Seguimos sin tener buena visibilidad, pero parece ser que ya no están introduciendo más transportes, sino que ahora son acorazados los navíos que están llegando a la boca de entrada.

—¿Pero cuantos deben haber todavía en el túnel?

De momento nadie respondió, hasta que finalmente otro de los controladores apuntó tímidamente.

—Yo he calculado que deben haber unos cinco mil transportes en total...

—¡Cinco mil transportes...! ¿Transportes...? ¿A quién se le ocurrió la idea de que esos buques eran transportes...? ¡Profesor Manelik! ¿Está usted por ahí?

Al verse así requerido, Manelik no tuvo otro remedio que adelantarse del grupo en que había intentado refugiarse, quedando solo en medio de la sala.

—¡Detened a ese hombre! Luego hablaré con él. Su fallo es alta traición... ¿O acaso tiene usted algo que decir en su favor?

—No creo que sea ahora el momento de exigir responsabilidades —interrumpió

violentemente el consejero Kohac—. Hay que frenar esa invasión y lamento tener que apuntar una nueva idea que puede ser trágica: ¿Y si fuera cierto lo de la transmutación solar?

Un denso silencio se adueñó de la sala ante el anuncio de esta posibilidad, con todos los ojos inmovilizando sus parpadeos, hasta que fue el propio general quien se dirigió al asustado Manelik, preguntándole en un tono muy distinto del anterior:

—¿Qué opina usted, profesor?

Este tardó un poco en recobrase y ser capaz de responder:

—Podría ser verdad, pero aún en ese caso mis informes hablaban de que serían necesarios un millar de proyectiles para esa operación, y creo recordar que se trataban de cohetes de medio kilómetro de longitud, por lo que creo que hacerlos llegar al interior de nuestro planeta sería una maniobra muy lenta y complicada, y que aún podemos estar a tiempo de evitarla.

Estas palabras tuvieron la virtud de hacer desaparecer el ataque de furia del general Tibik, que ignorando al profesor, volvió a concentrarse en la dirección de las operaciones militares.

—Gracias, consejero —murmuró Manelik volviéndose hacia Kohac.

—No me lo agradezca. Creo que todos hemos pecado de optimistas y no sé si esto no tendrá unas consecuencias irremediables para nuestro pueblo. ¿Cómo pudo usted o su departamento cometer ese error?

El profesor se apresuró a intentar defenderse y ambos silíceos se enfrascaron en una acalorada discusión, mientras a su alrededor seguía desarrollándose la batalla.

Al principio las fuerzas invasoras seguían siendo dueñas de la situación, pero poco a poco la armada silícea empezó a incrementar su presión y cada vez eran más los proyectiles que rebasaban las barreras defensivas de los valeranos y empezaban a impactar en los alrededores de la boca del túnel, destrozando la maquinaria que allí se había aparcado y seguramente también las cámaras de televisión, radar y otros medios similares que los humanos debían haber distribuido por allí, lo cual se notó por la falta de rapidez y coordinación en las reacciones de los paquetes de torpedos que seguían entrando y acumulándose en espera de ser utilizados.

No obstante, la situación dio un vuelco cuando empezaron a aparecer los grandes acorazados de combate, los cuales si bien no eran capaces de poner en juego tan fabulosas cantidades de torpedos, no había duda de que venían tripulados por seres humanos, ya que enseguida empezó a notarse cómo una mano invisible reagrupaba las fuerzas valeranas y plantaban cara de un modo mucho más eficaz a sus equivalentes de silicio.

Por el túnel estaban entrando también tropas del ejército autómatas, que pasaron a atacar a sus homónimas, evitando así que estas pudiesen llegar a la boca del pozo, como había sido la idea del Mando silícea...

Las cámaras de televisión del Estado Mayor seguían mostrando una imagen dantesca, con todo el horizonte visible cubierto de explosiones atómicas, si bien poco

a poco parecía que los valeranos estaban logrando crear una cierta zona de tranquilidad en uno de los laterales del pozo.

Esta maniobra estaba llenando de extrañeza a los generales silíceos, hasta que se observó una disminución en la entrada de acorazados, que a los pocos minutos fueron sustituidos por unos lentos cohetes de grandes dimensiones que iban entrando lentamente y se posicionaban al lado del túnel, en aquella especie de oasis de tranquilidad relativa, con sus macizas puntas apuntando hacia el sol ultravioleta que alumbraba perpetuamente aquel mundo.

—¡Son los proyectiles que quieren lanzar contra nuestro sol! —chilló el profesor Manelik—. ¡Hay que destruirlos!

—¡Esos proyectiles no existen! —profirió un almirante, que fue a su vez interrumpido por otros altos mandos que manifestaban las más encontradas opiniones.

El general Tibik optó por no hacer caso a nadie y exigió silencio total, ordenando seguidamente que todo el mundo regresara a sus puestos y que los civiles abandonaran la sala, a excepción del profesor Manelik y de Kohac y otro consejero que estaba también presente.

Y así durante lo que parecía una eternidad, la situación fue manteniéndose más o menos estable, con ataques y contraataques por ambas partes, intentando unos hacer llegar sus torpedos a aquella misteriosa concentración de proyectiles cuyo número iba aumentando lentamente, y tratando los otros de evitarlo.

Sin duda los valeranos nunca habrían logrado sus propósitos sin la ayuda de los paquetes y sus ingentes cantidades de torpedos, cuya reserva iba disminuyendo de forma cada vez más acelerada.

—¿Qué esperan esos condenados para lanzar sus proyectiles? —se interrogó a sí mismo el general.

—Imagino que deben necesitar un número mínimo para lanzarlos simultáneamente contra el sol, ¿no es así, profesor?

—En efecto, esa es mi opinión... Un millar, creo.

—Pues si es así estamos salvados —intervino el controlador jefe—. Llevamos ya un rato en que destruimos más proyectiles de esos que los que entran por el túnel o casi, casi. Es decir, que si no disponen ya del número necesario, dudo que puedan llegar a reunirlo nunca. Nuestras fuerzas son cada vez más superiores en número y sus reservas de paquetes se les están terminando.

Un suspiro de alivio recorrió toda la sala, al tiempo que otro de los controladores anunciaba:

—Miren... Ya no entran más proyectiles. Están volviendo a aparecer acorazados...

—¡Estamos salvados! —murmuró quedamente el otro consejero.

—Sí —remachó el general—. Es inútil que ahora traigan refuerzos. A no ser que logren introducir más paquetes, les superaremos ampliamente en número y en poco

tiempo podremos cegar ese maldito túnel.

—¡El enemigo ha disparado sus cohetes! —chilló excitado uno de los controladores.

En efecto, en las pantallas se veían ochocientas y pico de estelas que se separaban del suelo y rodeados por una nube de torpedos autómatas, emprendían veloz vuelo hacia el cenit, donde brillaba impertérito el sol ultravioleta.

En el suelo quedaban otros tantos cohetes, derribados, averiados o simplemente inmóviles, pero el resto se alejaba cada vez más.

—¡Maldición, detengan esos proyectiles! —ordenó furioso el general.

Pero fue inútil y cuando los navíos silíceos reaccionaron, ya habían cogido una considerable ventaja, con su retaguardia defendida furiosamente por los torpedos que habían partido con ellos.

Nuevamente un espeso silencio volvió a adueñarse de la sala, débilmente alumbrada por el brillo de las pantallas de televisión que llenaban sus consolas, retransmitiendo lo que ocurría en el exterior, luminosidad que repentinamente fue incrementada por un violento resplandor nunca visto, que lo llenó todo de sombras espectrales, hasta que finalmente desapareció y las tinieblas invadieron todas las pantallas...

—¿Qué ocurre con esas pantallas? —interrogó angustiado el general—. Allí hay una que sí que funciona...

—En efecto, general —se atrevió a responder Manelik—... Pero es que esa pantalla no funciona con luz ultravioleta, sino con el espectro propio de un sol metálico... ¡Nuestro sol ha sido asesinado!

FIN

UNA ANTIGUA LEYENDA

Ramón San Miguel

Una tenue nubecilla comenzó a tomar forma en medio de la desolación que componía aquel remoto y perdido sistema solar, colapsando sobre sí misma en un proceso que hacía eones no se veía por aquella región del cosmos. Lo que tomó forma podría haberse considerado una nave espacial, de la misma forma que un potente automóvil podría ser considerado en otro momento, un carro tirado por mulas.

A la vista parecía una simple plataforma metálica cuadrada de ochocientos veintitrés metros de lado ¿Por qué esa medida? Que más da. Les placía a sus, podemos llamarlos, tripulantes. Podía vérselos de pie, con grandes cabezas, cuerpos delgados y tenues, más que insustanciales, se podían considerar transustanciales, como si la materia fuera algo que vestir, usar y tirar.

No necesitaban respirar. No les afectaba el vacío. ¿Estaban vivos? Lo habían estado de la forma que entendemos nosotros, pero hacía mucho tiempo que no podían considerarse vivos. Pero tenían voluntad y poder. Y ahora viajaban por el cosmos, sus motivos para hacerlo tan desconocidos para nuestro entendimiento como la esencia que les daba forma.

Ambos contemplaban y analizaban el lugar cósmico donde habían llegado, un sol viejo, tan viejo como podían serlo ellos, y probablemente mucho más. La estrella era una enana blanca casi un cuerpo planetario que no emitía prácticamente nada de luz. A su alrededor, una cohorte de planetas rocosos, mundos sin vida, vacíos, solos.

«¿Qué pasa, Krael?». «¿Por qué hemos parado?» comunicó uno al otro de una forma que no podía ser sino comunión de pensamiento.

«He notado algo aquí». «Algo que merece investigarse» transmitió su compañero. «Procede de uno de esos mundos muertos» señaló con su fantasmal simulacro de dedo.

«Sí, ahora lo noto. Merece que se investigue» corroboró el primero.

Las dos figuras se alzaron sobre la plataforma. La necesitaban para el salto entre

las estrellas, pero era inútil para viajar por el interior de un sistema solar. Para eso se valían solos, por la pura fuerza de su mente.

En un brevísimo periodo de tiempo se hallaron sobrevolando el mundo que les había llamado la atención. En apariencia, nada lo distinguía del resto de rocas que orbitaba el sol, esperando el momento de precipitarse finalmente sobre él, dentro de aún muchos millones de años. Un astro ordinario.

«¿Lo notas?» preguntó la entidad llamada Krael.

«Sí. Es altodensina. Todo este mundo está hecho de altodensina» contestó la otra entidad «Es fantástico, ese material ya no puede ser encontrado en estado natural».

«No, tienes razón. Y hay algo más. El interior de este mundo está hueco».

«¡Eso es! Y eso significa que hemos encontrado algo muy importante ¿Crees que puede ser...?».

«¿El mítico Mundo Errante?». Krael completó el pensamiento de su compañero. «Si, lo creo. Todo parece indicarlo. Mira a tu alrededor».

La superficie del planetillo, rota y agrietada por los miles de meteoritos que le habían golpeado durante el transcurso de los eones, aún mostraba restos de construcciones de origen evidentemente artificial. En una zona en concreto, se podía observar lo que habían sido unas construcciones colosales.

«Observa, Findal, esas estructuras. Son evidentemente algún tipo de antiguo motor de energía. Solo que ya no está en condiciones de funcionar».

«¡Es increíble!» se asombró Findal. No por la tecnología desplegada, la había visto capaz de construir mundos, él mismo había construido algunos. No, se asombraba por el hecho de que aún existiera un vehículo de una época mítica de exploración y aventura entre las estrellas, una reliquia de cuando el Universo y su propia raza eran jóvenes. Y algo de ese sentimiento de aventura aún debía estar activo, pues Findal notó que le estaba afectando a su comportamiento.

«¡Entremos! ¡Es preciso que lo veamos!» comunicó a su compañero, que asintió mentalmente. «¡Hasta es posible que haya alguna entidad viva en su interior!».

«Si, noto que hay algo vivo. Plantas y animales no inteligentes. Y también algo vivo pero no vivo dentro. Un enigma que hay que descifrar. ¡Vamos!».

No existían barreras materiales para el cuerpo de ambos seres, por lo que atravesaron sin ningún problema la delgada corteza de altodensina, emergiendo en un mundo largo tiempo olvidado. Llegaron de día, con un sol radiante justo en el cenit. Por increíble que parezca, era una lámpara artificial, y aún funcionaba.

«Ya no hay duda. Estamos en el Mundo Errante. Somos los primeros en saber de él desde que desapareció en las inmensidades. ¡Hemos entrado en una leyenda que aún perdura entre nosotros!» transmitió Krael. «Espera que se lo comuniquemos a los demás, querrán ponerlo en el Museo».

La imagen de una región del cosmos destinada a preservar objetos naves y mundos valiosos de la antigüedad se les representó en su mente.

«Si, quedará muy bien al lado de la reproducción del Mundo Anular, donde

nuestra raza habitó. Son de la misma época».

A su alrededor una salvaje visión de vida vegetal de formas imposibles se representaba a su vista. La flora y fauna de aquel mundo, libre de interferencia, había evolucionado hacia formas diversas y desconocidas para ellos.

«Está abandonado. Ningún ser inteligente se ha ocupado de este Mundo Errante en muchos siglos. No se ve ni rastro de las ciudades, pero debe existir en algún lado una fuente de energía que permita brillar ese Sol.» comentó Krael.

«Es una lástima, pero podremos reconstruirlo como era en su momento de gloria».

Habían recorrido la superficie interior del planetillo muy rápidamente, sin encontrar nada importante, hasta que algo les llamó la atención.

«Hay cámaras enterradas llenas de objetos». Findal se alejó de su compañero por unos instantes y regresó. «Son cintas enrolladas de aurum, diseñadas para guardar datos. A su lado hay primitivos convertidores de materia/energía. Creo que las cintas pueden guardar datos para materializar objetos. Quizás seres vivos. No soy experto en arqueología, pero pudiera tratarse de aquellas máquinas tan nombradas y que hicieron nuestra vida larga y dichosa durante nuestra existencia material».

«¿Crees que están en condiciones de funcionar?» —preguntó Krael.

«Parecen en buen estado, como si algo las mantuviera dispuestas. ¿Lo intentamos?».

«Espera un poco, no nos precipitemos. Quizás las estropeemos. Cuando este planeta esté en el Museo, nuestros arqueólogos podrán estudiarlo e intentarlo con garantías».

Durante un rato más continuaron con su exploración.

«Mira, allí hay un gran centro de producción de primitiva energía atómica. Sin duda es lo que alimenta la lámpara solar» coligió Krael.

«Sigue siendo increíble que funcione. ¿Y con que combustible?» preguntó Findal. Ambos analizaron mentalmente la estructura. ¡Estaba fisionando altodensina!

«Así que van consumiendo su corteza. Pero hay tanta que aún puede durar muchos miles, quizás millones de años más, al ritmo de energía que produce...».

«Algo se mueve en su interior. Pero no está vivo» indicó Findal.

Ambos lo analizaron con su mente.

«Es solo una máquina. Un robot. Nada importante, excepto que indica que alguien lo ha hecho funcionar».

Una sutil variación del aire a su alrededor llamó de pronto su atención. Algo pasaba, algo inesperado. Delante de ellos una figura se alzaba, tan transparente, tan insustancial como ellos. Era diferente, con la cabeza más pequeña y el cuerpo más recio, y cubierto por lo que reconocieron como ropa, algo que ellos ya no usaban por innecesaria. Pero su naturaleza era sin duda similar a la suya, y les contemplaba con curiosidad.

«Bienvenidos, amigos ¿Quiénes sois?» preguntó. Le entendieron. No hay barrera

idiomática para la intercomuni3n mental.

«Visitantes del Universo exterior» respondi3 solemnemente Krael.

«Eso ya lo s3, es evidente» respondi3 la figura, riendo, algo que Krael y Findal hac3a mucho que no hac3an. «Me presentar3. Me llamaba Adler Ban Aldrik, o Fidel Aznar, como prefer3ais. Me he autonombrado guardi3n de este mundo».

Los viajeros notaron que la verdad era esa. Y supieron en un instante la historia, lo que hab3a ocurrido. Los habitantes de este singular mundo hab3an viajado en 3l por todos los rincones del cosmos, realizado varias traves3as al Universo Antimateria, explorado galaxias cercanas y galaxias remotas. Pero no evolucionaban, permanec3an anclados a su forma de vida por el uso extensivo que hac3an de las m3quinas de conversi3n para prolongar sus vidas, mientras en el resto del cosmos todo cambiaba. En uno de sus viajes hab3an quedado atrapados por accidente en este sistema. No consideraron huir del planetillo, porque... ¿ad3nde iban a ir? Ya no hab3a sitio para ellos, ya no eran necesarios. Estaban cansados de tanto viaje. As3 que toda la gente que habitaba el planetillo se hab3a desmaterializado, algo parecido a como hicieran los ancestros de Fidel eones antes. El propio Fidel, el 3nico que hab3a experimentado evoluci3n en su forma espiritual, hab3a asumido el manto de protector de los «ausentes».

Durante el intercambio de informaci3n mente a mente, tambi3n Fidel supo la situaci3n imperante en el exterior del planetillo, quienes eran sus visitantes, de donde ven3an. Y supo tambi3n que aquellos a los que guardaba no encajaban con el modelo de sociedad que imperaba ahora en el Universo.

«Nos has dejado sin saber que decir, amigo. Todos estos a3os desmaterializados, pastoreados por ti, esperando un acontecimiento que os devolviera a la vida» se lament3 Krael. «Si quieres, podemos devolveros a la existencia» ofreci3.

«Si, podr3ais. Pero no es el momento. Ahora ser3amos anacronismos brutales, in3tiles, en un universo que no tiene sitio para nosotros».

«Pero en nuestro Museo tendr3ais un lugar para permanecer a vuestro aire» replico Krael.

«Tus motivos son nobles, tienes mi agradecimiento por tu piadosa oferta. Pero nuestra existencia no tendr3a m3s prop3sito que el que nos aguardaba aqu3. Despertaremos alg3n d3a, y s3 que ese instante llegar3, cuando seamos necesarios una vez m3s en el Universo y nuestra presencia tenga sentido y prop3sito. Quiz3s cuando sea necesaria una nueva forma de vida que vuelva a recorrer los mundos entre las estrellas y se maraville ante lo que vea, o cuando haya una causa por la que vivir y luchar. Ahora, mientras llega ese momento, os ruego que nos dej3is tranquilos, en nuestro reposo» contest3 Fidel.

«Como quieras. Ni siquiera comunicaremos vuestra presencia, pero nosotros sabremos, y si nos necesit3ais, acudiremos».

«Gracias, nobles viajeros. Os quedamos agradecidos».

Sin m3s, ambas presencias inclinaron su cabeza en ancestral saludo y se

desvanecieron de regreso a su plataforma, para continuar su viaje.

La figura de Fidel descendió hacia el complejo donde se ubicaba el generador atómico, donde esperaba otra figura, esta femenina, y sólida, material.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos tenido visita del exterior. Viajeros. Pero aún no es el momento, Izrail. Debes seguir vigilando y cuidando de todo. Yo debo regresar, mi presencia ya no es necesaria de momento.

Observó como el robot retornaba a sus deberes, y Fidel dirigió una vez más sus pensamientos a los visitantes.

«Han alcanzado un elevado nivel de trascendencia» pensó Fidel para sí, con satisfacción «Pero aún conservan esas ridículas trompetillas en la cara».

Ese pensamiento le hizo sonreír paternalmente. Estuvo sonriendo largo rato, y luego se desvaneció de vuelta a la Dimensión Temporal, donde el resto de los valeranos dormía, esperando, como en la antigua leyenda del Rey Arturo, a que fueran necesitados...

F I N

VÉSPERUS

Enric y Gary

La puerta de cristal del edificio se abrió y tres personas salieron a la amplia avenida por la que circulaba bastante gente.

Hacía buen tiempo, cielo despejado con alguna escasa nube. La Avenida formaba un amplio círculo rodeando una enorme plaza, de un kilómetro de diámetro con tres grandes surtidores colocados formando un triángulo, cada uno de ellos mediante una serie de luces ofrecía el agua con un color distinto.

Cargados con su equipo las tres personas llegaron al centro de la plaza y el que dirigía el grupo dijo:

—Este es un buen lugar para empezar.

Los demás sacaron de sus fundas las cámaras para grabar y tras comprobar la luz y la vista del fondo, la joven que manejaba la cámara principal dijo:

—Hazte un poco a la derecha, se te ve media cara en sombra. Vale, ahí está bien. ¿Preparado?

—Cuando queráis.

—¿Te has aprendido lo que tienes que decir? —preguntó el otro miembro.

—Si ¡Demonios! Llevo todo el día repitiéndolo^[1].

—Pues empecemos cuando quieras.

El que se había colocado delante de las cámaras empezó:

—«Aquí el Canal 7 Interplanetario de la Televisión de Nahum^[2], el canal que les lleva desde la comodidad de sus hogares a recorrer todos los mundos de nuestro Sistema y a conocer sus peculiaridades. Estamos justo en el centro de la Gran Plaza de Nahum, con una preciosa vista del Palacio Imperial detrás de mí. Esperamos a nuestro anfitrión el Almirante Arse que nos acompañará en este documental. Mientras disfruten de las magníficas vistas que les ofrecemos desde la Gran Plaza». ¡Corta! ¿Qué tal ha salido la toma?

—Bien, las vistas son preciosas.

—¿Solo las vistas? ¿Y mi presentación qué?

—¡Pss! Las he visto mejores. —Contestó su compañero con guasa.

—Bueno, creo que aquel es nuestro anfitrión. Toma unas imágenes en círculo desde aquí, que se vean los grandes edificios, mientras le saludo.

Un almirante nahumita se acercó al grupo, tras los saludos de cortesía les dijo:

—Vamos al lugar y les contaré lo sucedido allí mismo, así podrán acompañar la explicación con las imágenes. —Les indicó cortésmente.

Media hora después descendían en un descampado, hierbajos y matorrales lo cubrían todo en varios kilómetros de extensión. En medio se veía una gran pista de cemento que presentaba innumerables pequeñas grietas de las que brotaban toda clase de hierbajos. Mientras las cámaras tomaban imágenes el almirante empezó a relatar.

—Como verán no queda apenas señal de nada, sin embargo, hace 90 años aquí mismo, donde estamos ahora estaba la gran pista de despegue. Como verán está completamente abandonada. Después de aquello nunca más volvió a utilizarse y ahora aves e insectos son los únicos que despegan de aquí.

Las cámaras tomaron imágenes de la abandonada pista, los numerosos hierbajos acentuaban su sensación de abandono. Un pequeño lagarto aprovechaba el buen tiempo para calentarse. Miró desconfiadamente al grupo hasta asegurarse que no corría peligro. Cada grieta en el cemento había sido aprovechada por algún matorral. Todo aquello daba una lastimosa sensación de abandono. Las inclemencias del tiempo habían hecho su aportación aumentando la desolación del lugar.

El almirante Arse siguió explicando:

—Ahí a nuestra izquierda estaba el palco para las máximas autoridades y sus familias y las delegaciones de los otros sistemas planetarios. Ustedes son de ese canal que se dedica a remover cosas de la Historia ¿no?

—Sí, del Canal 7 Interplanetario. Los mejores documentales de todos los planetas del Sistema.

—Ya recuerdo, ustedes también presentan la serie esa sobre las costumbres y tradiciones de cada uno de los planetas de nuestro Sistema.

—Nos alegra que conozca nuestro trabajo.

—La Delegación de Redención estaba más o menos por ahí. Señaló el almirante, a su lado estaba la Delegación Thorbod, la del sistema estelar terrestre y no recuerdo... ah sí, los valeranos estaban a la izquierda. Un centenar de voluntarios nahumitas iban sirviendo refrescos y comida a los delegados y las autoridades. En el centro del palco estaba la familia imperial con el Emperador^[3] en el centro. A la derecha había otro palco para las autoridades menores nahumitas. Precisamente cuando yo llegué el Emperador estaba saludando a los miembros de la Delegación Thorbod. Habían invitado a los Embajadores y Delegaciones de todos los mundos con los que se tenían relaciones diplomáticas. Desde luego querían que aquello fuese algo grande. Aún podrían distinguir si escarbaran entre los matorrales algunas señales.

—¿Y el Vésperus?

—El Vésperus estaba aquí, justo donde estamos nosotros, en la pista. Más adelante había dos kilómetros a cada lado de toldos con asientos para la gente, estaba todo abarrotado. Las mejores orquestas y bandas de música amenizaban a los asistentes. Yo tenía entonces 12 o 13 años, como mi padre era uno de los 25 tripulantes del Vésperus me permitieron estar en el palco de Autoridades de la derecha. Por lo visto «hijo de» no es suficiente mérito para ir al palco de las máximas autoridades y las Delegaciones. Se pretendía hacer coincidir el lanzamiento de Vésperus con la celebración de los 500 años de paz.

—Háblenos del Vésperus ¿Cómo era?

—Tenía la forma de un calamar, la nave en sí era el cuerpo y de ese cuerpo salían ocho cilindros, como los tentáculos del calamar, formaban un círculo y eran paralelos unos de otros.

—¿Y las dimensiones del Vésperus?

—El cuerpo principal era un óvalo de 75 metros de longitud y 40 de anchura, y 15 de altura, todo entero de dedona que relucía en medio de la pista.

—Espere un momento. Oye corta la grabación.

—Ya está. ¿Qué pasa?

—Toma nota y que en los estudios un equipo de imagen recree todo, la pista, los palcos y sobre todo el Vésperus. Quiero que se vea aquí la reproducción virtual de cómo debía ser ese día.

—Anotado. Cuando quieras seguimos.

—Seguimos. Almirante ¿podría definir tecnológicamente al Vésperus?

—Sí, claro. Fue un intento^[4] de viajar más rápido que la luz, los ocho cilindros, si los numeramos empezando por el que estaba arriba del todo, los números 2, 4, 6 y 8 eran motores de luz sólida, el 1 y 5 eran proyectores de taquiones^[5], las partículas que viajan a velocidades muy superiores a la luz y el 3 y 7 contenían plutonio.

—¿Y cómo funcionaba eso?

—Se suponía que los motores de luz sólida, en realidad proyectores de impulso colocarían al Vésperus al borde de la velocidad de la luz, entonces se activarían a la vez los proyectores taquiónicos y se detonaría el plutonio dentro de los tubos, todo lo cual, se suponía propulsaría al Vésperus a velocidades superiores a la luz. Todo el viaje estaba programado en la computadora central, era un viaje totalmente automatizado.

—Pero almirante, si la computadora podía hacer todo el viaje sola ¿para que una tripulación humana?

—Para poder conocer que posibles efectos causaría superar la barrera la luz, un animal no puede contar con todo detalle su experiencia, la tripulación humana, en cambio, podría relatar con la máxima exactitud tanto los efectos físicos como psíquicos. Al mismo tiempo y en previsión de que la tripulación pudiera sufrir algún tipo de indisposición, la nave disponía no solo de la Computadora Central, sino también otras cada una con su propio cometido, y también de varios ordenadores.

—Ah, ya lo comprendemos, querían disponer de varios relatos de todo el viaje además de las pruebas médicas que sin duda les harían. Pero acaba de decirnos que el Vésperus llevaba computadoras y ordenadores. ¿No es lo mismo?

—No exactamente, nosotros denominamos «computadoras^[6]» a los sistemas de gran potencia que controlan funciones complejas de la nave, mucho más potentes que un simple ordenador como los que usan ustedes en su vida diaria, en realidad cuando hablamos de «la computadora de la nave» nos referimos a todo un sistema informatizado e interconectado que controla el rumbo, los motores, la temperatura, etc. Por supuesto que esto es una definición personal, otros lo llaman «Red informatizada de Control» y algunos simplemente «El Trasto».

—Muy curioso, yo nunca había encontrado ninguna diferencia. Almirante, continuemos con el Vésperus.

—Los 25 tripulantes, mi padre incluido fueron tratados como héroes, no había elogio suficientemente bueno para ellos, finalmente embarcaron, fue un momento muy emotivo, muchos lloramos. Mientras se dirigían a la escotilla todas las orquestas empezaron a interpretar a la vez el Himno Nahumita, toda la gente, cerca de cincuenta mil personas se pusieron de pie cantándolo y las delegaciones estaban también de pie mientras los tripulantes iban entrando.

—Ya lo imagino. ¡Corta!

—Ya sé que vas a decir, pondremos el Himno aquí, de fondo sonoro. ¿Seguimos?

—Vale, sigamos. Continúe almirante, por favor.

—Finalmente el Vésperus encendió sus motores y salió disparado como un rayo amarillo. Estaba previsto que se dirigiera al asteroide exterior del sistema nahumita, es un simple pedrusco sin el menor interés, pero como es lo más exterior de todo el sistema se considera nuestra frontera natural.

—Claro. ¿A qué distancia-luz está?

—Varía según su posición respecto al planeta, entre 31 y 45 horas-luz, aquel día estaba a 41. Se trataba de ir hasta allí y volver. Un viaje de dos días de duración.

—Bueno, ahora viene el final. Almirante ¿Quiere seguir? Quizás prefiera no recordar...

—Debo seguir... Mi padre hubiera deseado que se conociera toda la historia. Debo hacerlo por él. Por él y por sus otros 24 compañeros y compañeras.

—Gracias almirante, siga.

—El Vésperus llegó al asteroide, la base militar de allí lo vio llegar, como giraba lentamente en su trayectoria parabólica y tomaba rumbo de regreso, y regresó. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! Añadió el almirante nahumita con un tono emotivo en su voz.

—¿Quiere que paremos? Podemos tomarnos un pequeño descanso.

—No, no. Debemos seguir hasta el final. Retrasarlo no haría más que aumentar el dolor del recuerdo.

El Vésperus regresó y cuando se posó en la pista había tardado 3 horas MENOS que la luz, ¡¡¡había superado la barrera de la luz!!! Todos esperaban que se abriera la

escotilla, todos querían recibir como dioses a los 25 héroes. Pero la escotilla permanecía cerrada. Esperaron minutos, horas y finalmente la abrieron desde fuera y un equipo entró al interior.

Al ver que todos escuchaban con la máxima atención el anciano almirante continuó.

—En el puente de mando encontraron a los 25 tripulantes.

El almirante calló un momento mientras unas lágrimas salían de sus ojos.

—Lo siento almirante. ¡Corta! Nos tomamos un descanso.

El anciano almirante se sentó y le dejaron respetuosamente con sus recuerdos. Pasado un rato el almirante se levantó y se unió al grupo.

—Gracias hijo, ya estoy mejor, como ya habréis supuesto todos estaban muertos, pero eso no era lo peor.

—Nos lo habíamos imaginado. Permítanos en nombre de nuestro Canal y en el nuestro propio expresarle nuestras condolencias. ¿Ha dicho que no fue lo peor? ¿Es que pasó algo más?

—Gracias hijos. En el puente de mando encontraron los restos de la tripulación, no había señales de que pudo sucederles, ni la más mínima herida ni golpe. Solo una infinita mirada de terror en sus caras. Aquellos infelices murieron de miedo. Sus últimas anotaciones en sus ordenadores no aclaraban nada, todas coincidían en un gran optimismo, estaban convencidos que iban a conseguirlo. La anotación más reciente decía algo así como que faltaba menos de un minuto, ya no había nada más.

—Suponemos que nunca se descubrió lo sucedido.

—Nunca se ha sabido, nunca se volvió a intentar tampoco. Aún recuerdo la expresión del rostro de mi padre. Es algo que aun después de 90 años no he podido borrar de mi mente.

—¿Se encuentra bien? Esto debe ser muy duro para usted.

—Sí, estoy bien, es solo que los recuerdos, aunque hayan pasado 90 años aún duelen. Pero estoy convencido de que debe saberse, ustedes tienen que darlo a conocer.

—Lo haremos, se lo aseguro. ¿Desea añadir algo más?

—Luego colocaron los cuerpos en lujosos féretros, con la Gran Medalla de Nahum y les tributaron honores y entierro de héroes, cuando vuelvan a la Gran Plaza de Nahum, entre el surtidor verde y el azul verán losas de dedona en el suelo, ahí están grabados los nombres de aquellos infelices. Aquel fue el primer y último intento por cruzar la barrera de la luz.

La tensión emocional acabó venciendo al almirante y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sin necesidad de decirse nada dejaron de grabar, una muestra de respeto al viejo almirante y a la intimidad de sus lágrimas.

Cuando se emitió el documental un mes después al final una voz en off decía:

«Algún día lograremos superar la barrera de la luz, dentro de cien, mil o un

millón de años, o incluso diez millones, cuando eso suceda, ¡¡¡recordaremos al Vesperus!!!».

FIN

MATERIA DE SUEÑOS

Ramón San Miguel

Voces sonando a su alrededor. Voces preocupadas, ansiosas.

—¡Abrid paso! —gritaba una.

—¡Se está muriendo! —exclamaba otra.

—¡Malditos bichos de silicio! —se lamentaba una tercera, con rabia e impotencia.

Le llevaban rodando, sin duda una camilla en un hospital. ¿Qué había pasado? No recordaba nada. ¿Las voces se referían a él? Sin duda.

—¡Se nos está yendo! ¡Más plasma...!

—¡Aguanta, papa, saldrás de esta...!

Pero las voces se desvanecían. Sonaban tan lejanas... Y ya solo quedaba la oscuridad, rodeándole. No sentía nada, ni dolor, ni angustia, ni la ansiedad. Siempre supo que este momento llegaría.

Pero no esperaba esto. Una figura luminosa, alta, delgada parecía haberse materializado a su lado. Y él se encontraba de pie, vestido con el uniforme negro que había llevado tanto tiempo...

—Hola, Miguel Ángel —dijo la figura.

—¿Quién eres? —preguntó maravillado Miguel Ángel—. ¿Estoy muerto?

—Si. Una de esas criaturas de silicio ha acabado con tu vida.

—¿Y ahora qué? ¿Eres mi guía al más allá?

—No, vengo a darte la bienvenida, y a acompañarte en tu camino. ¿Sabes? Eres alguien muy especial para mí, como lo serán tus descendientes.

—¿Mis descendientes? No comprendo...

—Acompañame, por favor...

La figura hizo un gesto, y la oscuridad se transformó en un pasillo. A ambos lados se veían figuras talladas, representaciones de hombres y mujeres de distintos aspectos, pero todos con el mismo noble porte, con la misma energía en sus rostros... En el primero de ellos Miguel Ángel se reconoció a sí mismo. El siguiente era su hijo

Fidel...

—Tu hijo continuará tu misión. Construirá el más fabuloso vehículo espacial de todos los tiempos, y liberará la Tierra de la Bestia Gris. Tu nieto...

—¡Espera, espera...! ¿Me estás diciendo que todas estas figuras son descendientes míos? ¿Y que realizarán grandes hechos?

—¡Y tan grandes!... Mira, este aplastará un malvado imperio en varias ocasiones, sufrirá grandes penas y terribles traiciones, liderará a la Humanidad en sus horas más tristes, y tendrá una muerte absurda a manos de su hija... Este otro contemplará morir el sol, luchará con enemigos terriblemente extraños y diabólicos... Aquel de allá, el rubio y bajito, descubrirá un extraordinario mundo y la extraordinaria raza que lo creó, y rescatará la Tierra del maligno enemigo... sus hijos... ¡ah, sus hijos! Serán si cabe la mayor leyenda de la historia de la humanidad...

—Entonces ellos son más importantes que yo. ¿Por qué has venido?

—Tú has sido el primero. El origen. Tu familia será protagonista de una gran Saga que se extenderá a lo largo y ancho del espacio y del tiempo, vuestras hazañas perdurarán por los siglos, y constituirán la delicia de generaciones de lectores que disfrutarán con vuestras aventuras y desventuras...

—¿Lectores? ¿De qué me hablas?

—He aquí la mayor revelación que debes saber. No sois reales, excepto en la imaginación, el mundo más fabuloso de todos. Sois materia de sueños y por tanto, no podéis morir, pues cada vez que alguien lea vuestras aventuras, viviréis de nuevo, vosotros y todos aquellos que os acompañan...

Un nuevo gesto, y el pasillo se convirtió en una gran sala. Miguel Ángel vio que estaba llena de gente, la mayoría humana, otros seres muy extraños, algunos ya conocidos por él: Hermosas mujeres vestidas como princesas bárbaras, hombres con escamas y manos palmeadas, hombres grises, soldados enfundados en armaduras de cristal, robots con ruedas en vez de pies, humanos cabezones vestidos a la moda egipcia, grandes saurios, pequeños pulpos, horribles insectos gigantes, hombres planta, y una extraña figura femenina vestida de verde con el cabello blanco y los ojos rojos...

Entre ellos, vio a sus antiguos compañeros de aventuras, Richard Balmer, Steffanson, Tierney, los Ley y...

—¡Bárbara!

—Sí, tu primera esposa. Volvéis y volveréis a estar juntos de nuevo... y, mira, Lola está allí también...

Miguel Ángel se volvió a la luminosa figura...

—¿Por qué me muestras todo esto? ¿Quién eres?

—¿No lo has adivinado? —El halo luminoso cayó ligeramente, revelando un rostro humano cuyos ojos brillaban de emoción—. Soy tu creador, el que ha construido todo el universo futuro al que pertenecéis, el que ha hecho que viváis en la imaginación de muchos, el que os ha hecho inmortales. He venido para unirme a

vosotros aquí, en este lugar, el lugar donde los sueños permanecen. Quiero soñar de nuevo con vosotros, recorrer vuestras aventuras, acompañaros en vuestras peripecias...

Todos los seres de la sala se acercaron a ellos.

—¡Bienvenidos! —exclamaban, jubilosos.

Una luz apareció en una de las paredes, y por ella empezaron a desfilar todos los personajes...

—Ya estamos todos, así que es momento de irnos. Ahora, hijos míos, estaremos juntos para siempre...

Y ambos se desvanecieron, hacia el lugar que conforma la materia de los sueños.

F I N

NOTAS

[1] El director del canal de TV ya ha amonestado al reportero por decir «¡joder!», como veréis en su nueva grabación (el pobre tuvo que repetir la toma y grabarla de nuevo) se limita a decir «¡demonios!». ¡Qué remedio!, le amenazaron con degradarle a presentador de telebasura (donde si se emplea ese vocabulario). <<

[2] Hemos añadido otra pequeña modificación que sin alterar en nada el relato acaba con el problema de los reporteros, simplemente ahora son reporteros de un canal nahumita, con lo cual solucionamos el que el reportaje no habría sido posible verlo en Redención hasta siglos después. <<

[3] Hemos supuesto como fecha el 500 aniversario de la Paz, o sea 500 años después de la derrota del Imperio Milenario, inspirados en la historia japonesa hemos imaginado una evolución similar, pasando Nahum de un imperio expansionista y agresivo a un imperio pacífico, tal como el Japón actual. No se indica en cual de los planetas de Nahum nos encontramos, dejamos a cada uno que imagine que el nuevo gobierno reside en alguno de ellos o que han regenerado la atmósfera y mares de su antigua capital. Suponemos un emperador actual sin poderes, más bien como un símbolo, a imitación de la monarquía española. No afirmamos que los nahumitas en el futuro no vuelvan a las andadas, solo que han logrado vivir en paz 6 siglos (la acción transcurre unos 90 años después, el almirante nos relata algo que pasó 90 años antes, no actual, por lo que los nahumitas han conseguido 590 años de paz, el equipo de televisión da a entender que se dedican a recorrer los planetas nahumitas haciendo reportajes, algo similar al «Discovery» de la tv digital). <<

[4] Se especifica que se trató de UN INTENTO, no de un logro, como se ve más adelante, acabó trágicamente.

(El comentario final, la voz en off indica que algún día podría lograrse el viaje superlumínico, pero que AÚN NO SE HA LOGRADO). <<

[5] Los taquiones no nos los hemos inventado, ya Albert Einstein teorizaba sobre ellos, en la actualidad se conoce únicamente su existencia teórica, matemáticamente su existencia es posible y explicarían algunos fenómenos subatómicos observados. En google hay abundantes estudios y teorías sobre los taquiones. <<

[6] También diferenciamos entre «computadora» y «ordenador» siendo el ordenador algo tan secundario que es normal que no se les mencione en ningún relato, cayendo toda la importancia en las computadoras. <<